

CARLOS BUIZA

**UN MUNDO
SIN LUZ**

Lectulandia

No es necesario presentar a Carlos Buiza a los lectores de lengua castellana. Los resonantes éxitos alcanzados por sus obras en las adaptaciones para la Televisión, primero en Montecarlo con «Asfalto» (galardonado con dos premios: La «Ninfa de Oro» máximo trofeo del certamen, y la «Paloma de PLata» premio especial de la UNDA), y después en Berlín con «Un mundo sin luz» («Plaza de Oro» en el IV Certamen Internacional, y así mismo el Premio de la Juventud), son ya recomendación suficiente. En esta obra se recogen cuatro de las narraciones más representativas del joven escritor español de Ciencia y Ficción, que Nebulae se complace en presentar a sus lectores. Junto a las dos obras galardonadas, o ses «Asfalto», intencionadamente sátira contra la falta de caridad de nuestra época y «Un mundo sin luz», sobrecogedora visión del futuro, redimido por la inicencia de un niño, publicamos «Viaje de Estudios», finísimo relato dentro del más puro estilo de Anticipación, y «Limpiacielos», magnífica narración de Fantasía Científica.

Lectulandia

Carlos Buiza

Un mundo sin luz

Nebulae - Primera Epoca - 134

ePub r1.0

Titivillus 08.05.16



3er. Aniversario



más libros, más libres

Carlos Buiza, 1967

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UN MUNDO SIN LUZ

UN MUNDO SIN LUZ fue el programa que TVE presentó al «IV Festival Internacional de TV» en Berlín, 1967, y cuyo lema «Caminos hacia el futuro» encuadra muy dentro del campo de la ciencia ficción. Dicho programa recibiría dos primeros premios: la «Placa de Oro» y el «Premio Especial del Jurado de la Juventud», que se concede una sola vez cada año. Huelga destacar ahora los méritos que ambos Jurados —el Internacional y el de la Juventud— hicieron valer a la hora de conceder sus premios.

I

CUANDO DESPERTARON AQUEL DÍA LOS TERRESTRES PUDIERON VER QUE EL CIELO SE HABÍA VUELTO VERDE

La había cogido gorda. Los párpados, al abrirse lentamente, le chirriaban como un telón sin engrasar; quiso separar las mandíbulas y hubo de desistir a los tres vanos intentos. Parecía que durante la noche le hubieran untado la boca con pez. Procuró, más tarde, decirse a media voz: *esto te ha pasado por beber como una mula, pero se conformó con pensarlo. Y menos mal que podía pensar, aunque el hacerlo le supusiese agudísimos dolores de cabeza.*

Fue en «El Pescador Sonriente» donde empezó la cosa, creyó recordar. Estaba con «El Cuchillas», «El Pelón», «El Clarete» y algunos más. Después apareció Cleo..., Cleoalgo, o Cleo a secas, daba igual. Ellos bebían vino, tranquilamente; y charlaban, tranquilamente. Y Cleo entró bastante nerviosa a juzgar por el movimiento de sus caderas; bastante agitada, a juzgar por el sube y baja de sus senos; bastante... ¡Cleo!

Estiró un brazo, entre nubes blancas, y halló la cama vacía.

«¡Se ha largao!», pensó; «¡y se m'habrá llevao toa la pasta! ¡La muy...!».

Al fin pudo desprenderse de las sábanas que tenía enredadas a la cabeza. Las nubes blancas desaparecieron y miró la habitación. No sabía dónde estaba. Seguramente en alguno de los cuchitriles del puerto en el que, naturalmente, jamás habrían oído hablar de Cleo. La incierta luz del techo le hizo el efecto de una lámpara de vapor de mercurio. Cerró los ojos. Los abrió de nuevo, incorporándose a medias, y buscó a tientas su zamarra.

Estaba al lado de la cama, sobre una silla. Atropelladamente hurgó en uno de sus bolsillos y al fin pudo extraer la cartera. Sólo entonces decidió abrir, del todo, los ojos. Y se le abrieron más cuando comprobó que todas sus cosas estaban allí: ¡el dinero!, el carnet de conducir y el de la Compañía, las cuchillas de afeitar, la foto de su madre junto a la de una morena sorprendida, al parecer, porque le acababan de escamotear toda la ropa, y otras cosas de menor importancia.

«Perdón, Cleo —se dijo—: eres más honrada de lo que me parecías» (no se atrevió a calificarla de «más moral»).

Entonces prestó atención al ruido que le había estado molestando desde que despertara. Era el grifo del agua, en el cuarto de baño.

Bien; esperaría a que Cleo terminase. Mientras, se iría despejando. Miró la hora antes de cerrar los ojos: las quince y treinta. No estaba mal.

—Despierta, Andrés, que ya es por la tarde.

Cleo estaba a su lado: sonriente, embadurnada de polvos y cosas raras y con cara de buenos amigos.

—A ver si otra noche no estás tan desganado —añadió—. Me has defraudado.

«Desganado...», pensó; «es insaciable». Y añadió en voz alta:

—¡Hola, encanto! ¿Qué hora es?

—Las cuatro. Duermes como un ceporro, ¡qué lata! Y lávate en seguida, que apesta a vino.

—No voy a apestar a rosas, tú. Oye, ¿qué pasó?

—¡Qué pasó, pregunta el angelito! —Cleo se arrellanó a los pies de la cama—. Pos que si no te traigo aquí no dejas a uno sano. Y la poli, al lao... Y todo porque aquél tipo me dijo no sé qué...

—¡No sé qué! —ya iba recordando—. Tu madre no te era simpática, ¿verdad, muñeca?

—¡Qué madre ni qué niño muerto! Armasteis un escándalo por nada. Y tus amigos tampoco son mancos. Rompieron ellos solos más sillas que el terremoto de Chicago ese... o lo que sea.

—Son hombres de pelo en pecho. Marineros, ¿entiendes? Como yo.

—Ya conozco el ganado, ¿pos qué te crees? Y date prisa... ¿Sabes? —dijo recordando algo—: el cielo está verde.

Después de un silencio preguntó Andrés en voz muy baja:

—¿Cómo has dicho?

—¿Estás sordo? ¡Que el cielo está verde... o que es verde! —voceó—; o lo que sea. Bueno, es raro. Porque que yo sepa, el cielo nunca ha estado verde. Por eso me extraña.

Cleo era divina. Decía las cosas importantes con el mayor desenfado, con la simple entonación que emplearía un niño. ¡Mira que decir que el cielo estaba verde!

—Pero ¿cómo verde?

—Verde botella. Asómate.

Andrés se levantó trabajosamente. Anduvo hacia la ventana repitiendo a media voz «verde botella, ¡qué cosas!».

Cuando la abrió, tuvo que cerrar los ojos. Y cuando los abrió de nuevo hubo de reafirmar su duda: el color del cielo no era verde botella. Era verde cochambre; puerco desde el cénit al horizonte. Y al parecer brillaba por sí solo: no se veía el sol. Y todo estaba sucio por el verde: las casas, las calles, la mar... ¡y la piel! ¡Qué horrendo color tenía la piel humana!

Miró a Cleo. Era una bacante de mermelada a su lado, flácida y sonriente.

—Qué, ¿era verde o no era verde?

—*Es todo verde* —contestó Andrés con miedo.

* * *

—Buenos días, señor. Veintidós de enero de tres mil tres. Temperatura cinco grados bajo cero... La guerra civil china alcanza su punto álgido: un millón de

muertos en lo que va de año. También la guerra fronteriza chino-india; y la civil árabe; y la fronteriza sirio-árabe; y la...

—Continúa, Petrus.

—Sí, señor. Permítame el señor, ante todo, unir mi enhorabuena a los cientos de telegramas que en el mismo sentido reposan en la mesa de su despacho: el señor lo ha conseguido; «Plusmoney & Co., Ltd.» está en la ruina. La noticia de la quiebra aparece, en grandes titulares, en todos los diarios... Completamente arruinados.

—Gracias, Petrus, continúa —dijo el conde Smith haciendo crujir una tostada entre sus dientes—. Estaban al caer. Yo había calculado que sería el veinticinco.

El conde Smith se removió entre las sábanas y cogió otra tostada.

Petrus continuó:

—Nuestro campeón Strong ha muerto destrozado en Montecarlo. Su bólido, en una curva, derrapó aparatosamente y se precipitó contra la tribuna principal. Total, noventa muertos... Los españoles continúan empeñados en la reivindicación de Gibraltar. Nuestro primer ministro ha comunicado a la prensa extranjera que es posible se establezcan negociaciones para llegar a un acuerdo... Se ha inventado un nuevo juego de sociedad bautizado por sus iniciales: S.M.C.M.A.C. y se cree que tendrá un gran éxito.

—He de mirarlo, Petrus —interrumpió el conde.

—Tomo nota, señor. ¿Continúo, señor?

—Sí, Petrus.

—Bien, señor: el famoso conjunto «Las Salamandras Plateadas» ha destrozado un teatro en Liverpool. Mientras llegaba la policía sus «fans» consiguieron devorar medio aforo: quinientas butacas. Se registraron quince muertos..., perdón, señor, muertas... Como sabe el señor, los Tribunales no concedieron el divorcio de su quinceavo marido a la actriz Marita Stonestone, por lo cual ella se vio obligada a envenenar a su cónyuge. Con arsénico. Se acaba de fallar el juicio y por considerar el Jurado la concurrencia de crueldad mental y sadismo manifiesto en la persona del difunto, ha sido apreciada la existencia de eximentes incompletas, según el artículo 44 980 del Código Penal, y Marita Stonestone ha sido puesta en libertad provisional, previo pago de una multa de doscientas libras esterlinas y de la fianza establecida al respecto...

—Es suficiente, Petrus. Puedes retirarte.

Salud, dinero y placer. Eso decía el horóscopo del conde Smith, que por primera vez Petrus olvidaba. El conde tampoco lo reclamó: el hundimiento de «Plusmoney & Co. Ltd.» ocupaba todos sus pensamientos.

Haciendo una inclinación de cabeza, Petrus inquirió prudentemente:

—¿Me permite el señor?

—Sí, Petrus.

—No lo dicen los periódicos, señor, pero el cielo es verde.

El conde frenó a medio camino la tostada y con acento levemente irritado

exclamó:

—¡Es absurdo!

—Efectivamente, señor.

—Puedes retirarte.

Con lo que el fiel Petrus se retiró, no sin antes haber plegado cuidadosamente el diario, dejándolo depositado sobre la mesita de noche.

* * *

—Pero, mujer —dijo el señor Phil lentamente—, ¿qué tonterías estás diciendo?

—¡Que sí, que sí, que lo he visto: todo verde!

—¿Has tenido pesadillas?

La señora Phil esperó con paciencia que su marido lograra encender su pipa, cosa que no logró. Las pipas del señor Phil no solían tirar bien, por lo que el intento de operación le llevó varios minutos.

—¡No he tenido pesadillas! —exclamó, al fin, la señora Phil, que casi nunca perdía la paciencia—. Levántate tú y míralo. Y los animales están nerviosos como nunca... También se han dado cuenta.

—Bien, bien —cortó Phil aburrido—. Ya voy. Espérame fuera.

Cuando ella salió del dormitorio, el señor Phil comenzó a vestirse con gran parsimonia: calzoncillos largos, camiseta afelpada, pantalones y camisa de gruesa franela...

«El cielo verde. ¡Pues sí que tiene gracia!», pensó mientras luchaba por introducir sus rellenas piernas en los pantalones, sin abandonar la cama.

Al rato ya estaba dispuesto. Se dirigió entonces al baño y con una toalla húmeda se frotó ligeramente los párpados; en seguida volvió a hacerlo con otra seca.

Después de tan somera ablución, provisto de un peine de hueso negro, se rascó la cabeza y colocó en el lugar que debían estar, a su entender, los cinco o seis cabellos entrecanos, mortecinos, largos, que su cráneo poseía.

Tras cinco minutos más de enconada lucha con su pipa (lucha que, como siempre, perdió) abandonó el cuarto de baño por la puerta que daba al pasillo.

—¡Ana, Ana! —llamó a voces.

Su mujer no aparecía. Parecía habérsela tragado la tierra.

—Ya saldrás —murmuró.

Y salió al porche.

Miró al cielo. Estaba como siempre. Un típico cielo de invierno, gris y frío.

Cerró la puerta de la casa y atravesó un pequeño y raquítico jardín, camino necesario para llegar al inmenso y bien poblado corral. La visita mañanera y cotidiana tenía para él la importancia de un ritual: allí contemplaba a sus animales — puede decirse que de uno en uno— en un recodo minucioso y crítico. Había de todo: cerdos, gallinas, conejos, patos... Las ovejas, cabras, vacas y demás, estaban en el

prado desde el amanecer. Allí pasarían toda la jornada. Los cerdos, por el contrario, serían sacados dentro de algunas horas, las gallinas...

El señor Philip pensaba las mismas cosas todos los días, a las mismas horas, en el mismo lugar más o menos, oyendo el rechinar de la arenilla que era aplastada por el peso de sus cien kilos.

Se respiraba una gran paz en la granja a esta hora de la mañana. Pero Phil era lo suficientemente bestia como para no apreciar la belleza o cualquier cosa más o menos relacionada con el espíritu. El canto de los pájaros salvajes veía puesto su contrapunto en los feos gruñidos de los cerdos y en el monocorde son de las aves de corral. Esto sí: una gallina clueca, un cerdo roncando o los berridos de una vaca pariendo, era música celestial a sus oídos. Por eso no se dio cuenta de que el canto de los pájaros sonaba diferente esta mañana. Quizá un poco más nervioso, quizá un poco más violento.

Tampoco vio a nadie por los alrededores. Y esto sí le extrañó. ¿Dónde estarían? Sin embargo, no se inquietó lo más mínimo.

—Ya aparecerán —dijo a media voz con la dentadura postiza aferrando la embocadura de su pipa.

Una hora y media más tarde estaba sentado en la mesa de su despacho. Y media hora después terminaba de hacer números. El año prometía ser de los mejores y todo iba viento en popa: la leche subía, los huevos subían, la carne subía... todo subía y subía más; y sus vacas daban cada vez mejor leche y mejor carne, sus ovejas más fina lana, sus gallinas ponían huevos cada vez mejores...

—No soy un tío con suerte, soy un tío con vista, qué diablos...

Se había quedado él solito con la granja porque sus dos hermanos no sabían de la misa la mitad. El engaño había sido vulgar, incluso basto, pero no iba a detenerse en simples escrúpulos. Además estaban los dos perfectamente atendidos en el asilo, además el abogado habló de «maniobra legal», no de fraude además gracias a él podía comer mucha gente, y vestirse mucha gente, y qué se yo cuántas cosas más.

Dejó de pensar en sus cosas y en sus hermanos y pensó en Ana.

Tendré que buscarla.

Y salió a buscarla.

Estaba en el Santuario.

El Santuario era una especie de capilla unida a la casa, llena de imágenes antiguas y deterioradas y las paredes abigarradas de estampitas de santos. Allí estaba Ana con los brazos en cruz y una Biblia en cada mano, llorando a moco tendido. Pedía a grandes voces perdón por sus innumerables pecados.

—Pero mujer... —le dijo Phil después de entrar— ¿qué haces aquí?

—Es el castigo... ¡el castigo! —le contestó cuando él estuvo a su lado— El cielo es verde... la tierra es vende... todo es verde... ¡Es una plaga que nos viene del cielo!

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—¡Calla insensato! —la mirada que lanzó asustó seriamente al señor Phil—. ¡No blasfemes! Piensa en el Más Allá... ¿Es que tu corazón no se acongoja?

Tras serias reconvenciones y algunos forcejeos del señor Phil, consiguió levantar a su mujer y sacarla del Santuario. Seguía hecha una Magdalena, un basilisco; y ahora más, pues las dos pesadas biblias le habían producido dolorosas agujetas.

Phil le llevó la corriente.

Después de comer, después de preguntarse seria e inútilmente dónde estarían los demás, apuntó en su agenda:

Llamar por la tarde al médico.

Se arrellanó pesadamente en la mecedora dispuesto a dormir la siesta.

Antes de que la eupéptica digestión cerrara sus ojos, pensó en el estado de su mujer. Era alarmante... Después se durmió.

El cielo estaba, efectivamente, más verde que las ranas, aunque él no lo supiese. El señor Phil, a pesar de sus cincuenta y ocho años, aún no se había enterado de que padecía daltonismo.

* * *

—¡Los rusos!... ¡No, los chinos!... —el Presidente de los Superestados Unidos juntó las cejas y llegó a una tercera conclusión—: ¡Los rusos y los chinos! Se han aliado, eso es. ¡La guerra psicológica! ¡Nos volveremos locos con tanto verde!

—Las comunicaciones recibidas, señor Presidente —adujo su secretario particular, un individuo delgado como un palo— parecen acordes en afirmar que todo el Oriente también está verde.

—¿Cómo? —bramó de nuevo el Presidente.

—Vea, señor —le mostró un carpetón de papeles; algunos cayeron al suelo planeando lentamente desde sus manos—: telegramas e informes por teletipo, sateltipo y cablegrama oficial.

El Presidente tomó una de las hojas, al azar. Procedía de Pekín y su texto decía así:

PRESIDENCIA DE LOS SUPERESTADOS UNIDOS EN LA SUPERCASABLANCA, ETC. ETC.

Todo el cielo de Pekín apareció verde esta madrugada, y debido a la luz que despiden las nubes todas las cosas están como entintadas de este color, ya que el sol, hasta estos momentos, permanece invisible; por lo que no puede saberse si el astro posee idéntico color.

El doctor Chin-Pum, director del observatorio pequinés, ha comunicado a las autoridades que la masa de nubes impiden cualquier clase de

investigación, pues filtran todo tipo de radiaciones lumínicas extraatmosféricas.

El informe ofrecía algunos detalles técnicos, de escasa consistencia, por lo que el Presidente lo dejó a un lado y se limitó a hojear el resto muy por encima.

—¿Qué dicen los observatorios?

—Más o menos, señor Presidente, se definen en parecidos términos a lo expresado por Chin-Pum: Londres, París, Madrid, El Cairo... Todo igual. El profesor Corbetta, de Milán, indicó la posible formación de un nuevo gas colorante en las altas capas de la atmósfera, debido principalmente a la acumulación de radiaciones épsilon... Ya sabe, señor Presidente, las toberas de los cohetes —aunque asintió, el Presidente no sabía—; pero en menos de media hora ha recibido más de veinticinco contrataorías que desvalorizan la suya, y...

—Bien, bien —atajó el Presidente—. Hemos de tomar medidas urgentes.

—La alarma general ya ha sido dada: Las Bases Secretas en Europa, Asia, África, América del Sur y Central y... ejem... por supuesto las nuestras, están alerta. La Flota y todas las Fuerzas se han desplegado y están siguiendo el Plan de Emergencia 30 678 bis. Las 509 Divisiones de Infantería —Infantería de Marina, destacadas en Asia, se hallan dispuestas para la acción al primer aviso, los...

Las rutinarias palabras del secretario particular se deslizaron por los oídos del Presidente y llegó un momento que el rumor mecánico le ayudó a concentrarse. Pensó que eran necesarias unas palabras por TV, evidentemente... ¡y su maldito tic había aparecido de nuevo! En efecto, el labio superior del Presidente se movía como un loco, arriba y abajo, arriba y abajo, dando a su rostro una expresión cómica. Debería hablar con el doctor... con el doctor... ¿cómo se llamaba? En fin, no importaba que de nuevo hubiese olvidado el nombre del doctor. Después se enteraría.

A retazos captó algunas palabras del secretario, a las que, por supuesto, no prestó atención:

—... mil megatones; Indonesia, mil quinientos megatones; Corea del Norte, setecientos megatones; Congo Bolchevique, medio millón de megatones...

«Color verde —pensaba el Presidente—. Posiblemente un desajuste atmosférico que pronto será descubierto, aislado y posteriormente eliminado». ¡No debía cundir el pánico!

—... megatones, megatones, megatones...

«El caso es que a mí me gusta el verde. Además, el verde es el color de la tierra. El verde es vida: oxígeno, bosques, pastizales... Todo, en una palabra; la vida del planeta. Pero ¿por qué *todo* verde? Sí, un desajuste atmosférico».

—... millones de muertos, millones de muertos, millones de muertos, millones de muertos...

Tendría que hablar con Moscú. Rápidamente. ¿Debería llamar o esperaría a que llamasen ellos? Bueno, ya se lo dirían. Pero no iba a haber problemas, qué tontada.

¿A quién podrían reclamar? ¿Al cielo?

—... destrucción, aniquilación... destrucción, aniquilación...

«Ni un paso en falso. Ni uno sólo. La oposición sabría aprovechar cualquier desliz... Y no estaba el horno para bollos, ciertamente... el horno mundial, la situación, al parecer, incumbía a todos; aunque podrían deducirse, dado su especialísimo carácter, consecuencias que le incumbirían a él, directamente. En primer lugar era necesario tranquilidad, sabia tranquilidad exterior e interior... ¿Cómo se llamaba el doctor?...».

—... Destrucción; destrucción de todo el potencial bélico de los países citados... Destrucción; desmantelación de las bases de proyectiles más peligrosas, incluso utilizando la sorpresa... Destrucción; desmilitarización por zonas... Destrucción, destrucción, destrucción...

La presencia de ánimo era fundamental. Y la sutileza político-representativa: no había que olvidarla. De ella dependía la opinión mundial; y de la opinión mundial, en suma, dependía cualquier político que se preciara de serlo.

«Pero la opinión mundial —reflexionó el Presidente—, puede ser doblegada, sometida como un manso corderito: ahora es de noche... Y es de noche si sabe decirse de adecuada forma».

—Lo malo es que ahora es de día. Y el día es verde. Ahí está todo.

—¿Cómo, señor Presidente? —inquirió el secretario, interrumpiendo a la mitad su informe provisional.

—No, nada... Ah, sí, avise al doctor... doctor...

—¿Perkins?

—¡Perkins!, eso es... Bien, avise al doctor Perkins. Mi tic ha vuelto a aparecer.

—Lo siento, señor.

—No se preocupe, gracias.

—De nada.

El zumbador de la puerta interrumpió el diálogo.

—¡Adelante! —gritó el Presidente.

Entró el general Allstrong, ministro del Ataque, el último hallazgo de la Administración militar del país.

—¡Teléfono Rojo, señor!

Las traductoras automático-sincronizadas hicieron llegar hasta el Presidente, fría y despersonalizada, la voz del general Popoff. En Moscú pasaba otro tanto, aunque al Presidente no se le ocurrió pensar en ello.

—Buenos días, señor Presidente.

—Buenos días, general Popoff.

Unos segundos de silencio.

—¿No vas a añadir algo más?

—Perdona, Popoff. Estaba distraído: ¿qué tal la familia?

—¡No me refiero a eso, de sobra lo sabes! Me refiero a lo otro... a lo verde.

—Ya sabes que sé lo mismo que tú. Y ni tú ni yo sabemos que sabemos nada. Es en *toda* la Tierra, y el motivo permanece oculto. Yo pensé en los chinos, pero allí están igual.

—Y con su guerra.

—Y con su guerra.

—¿No me engañas?

—¡Popoff, no seas mal pensado! —se quejó el Presidente—. Dentro de algunas horas he de hablar por TV. He de evitar que cunda el pánico, ya que nadie sabe a qué es debido todo este verde... Personalmente me inclino por un desajuste atmosférico, aunque uno nunca sabe... Pero debemos permanecer tranquilos, y hasta que no hallemos la causa nadie puede hacer otra cosa.

—Para eso te llamaba —cortó Popoff—: nada de bromas, ¿eh?

—Eso, nada de bromas.

El Presidente y Popoff, apenas con unos segundos de diferencia, garabatearon en un papel el cambio del respectivo Plan Táctico de Espera, por el de Superurgenteincrementadísimo; transmitieron a sus respectivos secretarios la nota, y éstos la pasaron a los respectivos ministros del Ataque.

—De acuerdo, Presidente. Veremos qué pasa dentro de unos días. Todos los observatorios, hasta los de Siberia, investigan activamente.

—Igual que aquí.

Después de algunas frases más de despedida, Popoff y el Presidente colgaron los teléfonos.

* * *

Me yamo María y tengo 20 años y estoi aprendiendo a escribir. Éste es mi primer DIARIO. ¡Tenía unas ganas! Miguel es mi marido y tiene 20 años también. Ahora está barriendo las cayeres. Se acaba de ir y vendrá a las 2 ó 2 y media.

Yo voy a unas clases nocturnas y aunque está muy lejos no me importa porque aprendo muy bien a leer y a escribir. Julio es mi profesor y tiene 19 años y estudia Filosofía. Es muy simpático.

Dentro de un momento tengo que ir al mercado. Después a fregar la casa de doña Asunción y después la de dona Engracia. Acabo a las 2. Total que tengo que venir aquí de prisa y corriendo para hacer la comida porque Miguel trabaja de acomodador en un cine y entra a las 3.

Hoy está la gente como loca y está todo el mundo en la calle mirando al cielo. El cielo está verde y todo parece que esté verde también. La radio ha dicho que no hai que asustarse, que no es la guerra ni nada peligroso. Que es de las nubes y que todo se arreglará en seguida. Pero todos están asustados porque piensan que a lo mejor es la guerra o algo peor que la guerra.

Yo no estoy asustada.

Y Miguel tampoco está. Si la radio dice que todo esto no es malo es que todo esto no es malo, si no, no lo iba a decir, dice Miguel.

Ya no puedo seguir más porque tengo que ir al mercado.

Después seguiré escribiendo.

Me está quedando muy bien mi DIARIO y estoy muy contenta.

MARÍA

II

MAS TARDE, EL CIELO SEGUIA VERDE. PERO LA SEGUNDA NOTICIA SE SUPO POCO DESPUÉS...

El despertador retumbó como un cañón de combate. Sin abrir los ojos, Marta apretó el botoncito que detenía el mecanismo. Y el despertador se detuvo. Respiró profundamente un par de veces y se arrebujó en la cama.

No le había oído levantarse, una hora antes. Hoy su marido saldría de viaje y estaría tres días fuera, por lo que se alegró de pasar tres noches sola. Él era muy especial por las noches, sobre todo últimamente; y especialísimo fiscalizador de las costumbres nocturnas de ella. Así iban las cosas: seis hijos en seis años... y los que vinieran. Y todo porque su ultraconservadora... no, su retrógrada conciencia veía con espanto —con auténtico espanto— la toma de cualquier tipo de precaución.

Cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento, decía, y todo se arreglaba. Lo malo es que las cosas no se colocaban en su tiempo ni los famosos nabos aparecían por parte alguna.

—Te está estropeando. Hazlo sin que se entere —le decía su madre—. Pareces tonta, Marta, ¿no ves que os un dictador?

Y mamá le entregaba una nueva caja de pastillas.

Pero no era un tirano. Era un sabueso de la peor especie. Las olía. Ni una vez pudo engañarle. Se paraba a la mitad, y aunque sin luz no podía verse, Marta suponía que las narices de él se movían como las de los sabuesos cuando rastreaban una pista.

—Has tomado pastillas, Marta. Dame el tubo.

Y ella le daba el tubo. Y todo se acababa hasta la noche siguiente, o hasta la otra o la otra. Entonces todo iba bien, como sobre ruedas. ¡Pero ella *quería hacerlo!*

—Sólo para traer al mundo pequeños monstruos... ¡Ya estoy harta!

Encendió la luz de la mesita de noche, bostezó un par de veces, saltó de la cama y salió de la habitación.

Dormían todos en el piso de arriba. Faltaban veinte minutos para que el autobús del colegio pasara a recogerlos, y hasta las siete de la tarde solamente debería luchar con los tres pequeños. A partir de esta hora, cotidianamente, la batalla era campal.

—¡Sois peor que caníbales! —les increpaba a menudo.

No aprendía que sus insultos provocaban el regocijo de los niños. Habían comprendido que una madre chillona era una madre sin autoridad.

Llegó al piso bajo, aún medio dormida, y entró en la habitación. Después de encender la luz tardó varios minutos en darse cuenta de que los niños no estaban allí: sus camas aparecían solitarias, con las sábanas impecables, como si no hubieran sido usadas, y no se percibía ninguna clase de ruido.

Nunca se habían levantado hasta que ella los llamaba, a excepción de los domingos; además sus ropas continuaban sobre las sillas, tiradas de cualquier manera,

y además...

Comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Dónde estáis? —chilló.

¿Se habrían escondido? Ya lo hicieron en una ocasión, dentro del armario, desde donde le arrojaron una bota cuando entró y le dieron un susto de muerte. Ahora *no* estaban en el armario.

Desde que vio las camas vacías, supo que los niños no estaban en casa.

Le respondió una voz cansada, ronca y monótona.

—Primero su nombre y domicilio, por favor.

Marta se los dio atropelladamente. Después volvió a oír la cansada voz del policía:

—Y... ¿dijo que eran seis?

—Sí, seis. Y han desaparecido... ¡desaparecido! ¿Se entera? No hay ni una nota, ni nada de nada. Los dos pequeños no saben andar, los... los han raptado...

—Sí, señora, como a los demás. Y por favor, señora, no me chille. He estado toda la noche pegado al teléfono.

No sabía de qué le hablaban. El policía parecía tonto... Y todo era muy extraño. Era como si ya esperase la noticia del rapto.

Después de toser, el policía le aclaró sus dudas.

—Ha ocurrido en toda la ciudad, señora. Hasta el momento hemos recibido más de quinientas llamadas... personas en la misma situación que usted. Todos los niños de la ciudad han desaparecido sin razón aparente. Parece —tosió de nuevo—, parece, digo, cosa de magia. Si es un secuestro, se trata desde luego del más original de la historia.

Marta colgó el teléfono cortando las palabras del aburrido policía. Se puso a pensar...

No fueron los niños de la ciudad quienes desaparecieron: de diez años para abajo no quedó uno en toda la Tierra.

La población infantil se había evaporado misteriosamente.

III

... LA TERCERA, A SU VEZ, UNOS DÍAS MÁS TARDE

—Bolimbamba acosín yío yío!

El joven guerrero Tria Polu (que puede traducirse por Punta Verde), inclinado ante el jefe Tria Boin (Punta Roja) repitió el mensaje por segunda vez:

—¡Bolimbamba acosín yío yío!

El sitio de Tria Boin se hallaba rodeado por los Consejeros de Tribu, los cuales escuchaban a Tria Polu con la incredulidad pintada en sus semblantes... Bien: con la curiosidad grabada en la parte de sus rostros que las pinturas de colorines dejaban entrever.

Hubo de repetirlo una tercera vez, en esta ocasión acompañando sus palabras con nerviosos saltos y palmoteos perentorios y señalando, entre palmada y palmada, la parte alta del río.

—Bolumbamba acosín yío yío!

—Col bolumbamba acosín yío yío? —preguntó aún incrédulo Tria Boin.

—Bumi bolumbamba acosín yío yío! Puben, puben!!

Ante la rotunda afirmación de Tria Polu, los Consejeros de Tribu y Tria Boin decidieron qué tal vez las palabras del joven guerrero no fueran tan necias como aparentaban.

—Bombe aposibum Tria Polu amebi Tria Poten —ordenó Tria Boin.

Tria Polu y Tria Poten (Punta Dorada) salieron a la carrera en dirección a la parte alta del río, mientras el resto de la tribu Tria se dispuso a esperar el regreso de sus dos jóvenes guerreros entonando cantos sincopados.

Allí estaba: un cono metálico de más de trescientos metros de altura, a cinco kilómetros del nacimiento del río. En su punta más alta existía una esfera que desde el suelo podía aparentar pequeñas dimensiones, pero que debía tener sus buenos veinte metros de diámetro. Estaba hecho el misterioso objeto de un metal desconocido en la Tierra, como después se verá, durísimo y poseedor de las más fantásticas propiedades.

Aún despedía calor, humedad por toda la superficie; en su base, la tierra estaba requemada y los hierbajos formaban en torno a ella un perfecto círculo de ramitas negras y tostadas. Era lo insólito materializado en aquel silvestre paraje: mar, río, selva y titánico objeto; todo ello rodeado del color verde que se había adueñado de la Tierra.

Tria Polu y Tria Poten, ocultos entre la maleza, observaban el cono, atónitos, extasiados; los ojos no les cabían en las órbitas, y no se acercaron, prudentemente, a menos de doscientos metros. Porque el objeto, aunque de apariencia tranquilizadora, Obum acasi o obinte. Es decir: Ayer no estaba; hoy sí.

Fueron dos maravillas tan próximas la una de la otra que la conducta de la tribu Tria había de parecer lógica incluso a los etnólogos: primero el color verde; un poco después el cono de metal. Relacionaron simplemente el uno con el otro; dedujeron la procedencia del segundo tras el anuncio del primero. Y cuando toda la tribu Tria contempló la maravilla surgida de la nada, a una voz del hechicero de turno toda la tribu danzó, ofreció sacrificios, cantó y adoró a su nuevo dios.

IV

EL ASUNTO FUE COMPLICÁNDOSE POR MOMENTOS. PERO A LA VEZ SE ACLARABA MÁS Y MÁS

La primera alarma fue la recibida por el piloto Foster, comandante de las Fuerzas Aéreas de SuperUSA. Sobrevolaba a baja altura —un kilómetro y pico— el Océano Pacífico, concretamente las Islas Polinésicas, y más concretamente aún la habitada por la tribu de los Tria. Sobrevolaba indebidamente, ya que su obligación por el momento consistía en tomar tierra en las Aleutianas, a bastante distancia de allí. Sin embargo, dando un pequeño rodeo, se internó en estos parajes con la sana intención de añorarlos morbosamente. Antes eran paradisiacos, desde arriba o desde abajo. Ahora se habían convertido en asquerosamente verdisíacos, según acostumbraba a decir el comandante Foster, lamentando la situación. No existía ningún contraste en el monótono verde y todo hasta el horizonte, y todo hasta el mar, conspiraba en contra del buen gusto, en contra de la estética y de la variedad. Era un continuo ataque para la vista humana; y más, contemplando el panorama a vista de pájaro.

Foster era un llorón; por eso estaba allí: para llorar el cromatismo perdido, aunque recordado con avidez patéticamente desgarradora.

Gracias a esta subrepticia escapada divisó la isla de la tribu Tria y en ella distinguió un color que ya daba por perdido: el amarillo. Ciertamente no componía un cuadro de singular belleza emparejado con el verde circundante; mas suponía cierta variedad. De pésimo gusto, eso sí; pero variedad al fin y al cabo.

Transcurrido el momentáneo sobresalto decidió que, al estar allí faltando a su obligación, su obligación consistía en investigar. Así, lanzó el Supersabre que pilotaba sobre la isla, en un horrisono picado que aproximó el pedazo de tierra hasta parecer rozar el morro de su aparato. Tan impetuosa e impremeditada fue la maniobra que, quizá por homeopatía, aquel morro se convirtió en chatarra tras el formidable morrazo, y el comandante Foster tuvo el tiempo justo para saltar en paracaídas, salvando así su vida de una muerte segura.

El Supersabre se estrelló contra la isla, muy cerca del cono amarillento, sobresaltando a los pacíficos guerreros Tria que dormían su cotidiana siesta.

Foster cayó en el mar y hubo de nadar lo suyo con toda la rapidez de que fue capaz; el bote salvavidas se había perdido en el salto y por allí podían merodear tiburones. Arribó a la playa y quedó tendido sobre la arena lamentando su mala suerte.

—Moyum opi opipatum acasi —dijo Tria Boin.

—Motumi popim. Popim popo! —dijo el hechicero.

—Opobi paruse mingüe? Oposite coquenchi —dijo Tria Polu, que a partir de su descubrimiento gozaba de ciertas consideraciones entre los Consejeros de Tribu.

—Amochi apopem tem por... Balingüe! —decidió Tria Boin.

Y junto con diez jóvenes guerreros se dirigió a la playa.

Cuando llegaron, vieron las ropas de Foster secándose al sol. O, por mejor decir, al calor de la arena (ya que el sol continuaba invisible). Fueron advertidos de la cercana presencia del piloto por dos balazos de pistola que se estrellaron a pocos metros de la vanguardia del grupo.

Si conocían o no las armas de fuego aquellos absurdos salvajes era algo que Foster no dudó, pues desaparecieron en un tiempo increíblemente corto. Con precaución asomó la cabeza por la parte derecha del tronco tras el cual se escondía. Tampoco los vio por allí.

«Mi acción —pensó serenamente—, ha debido ser precipitada».

Podría jurar que no divisó ninguna lanza ni arma ofensiva en poder de los salvajes. Claro, que desde la distancia a que se encontraban...

Se vio sorprendidísimo cuando los fuertes brazos de Tria Polu le aprisionaron por la espalda y cuando; utilizando un palo certeramente dirigido, Tria Boin le desarmó de un golpe. La pistola cayó al suelo y Tria Boin se la entregó a uno de los jóvenes guerreros, Tria Busi (Punta Caoba), al tiempo que le gritaba una orden:

—Mosenti poum are!

Y el joven Tria Busi se acercó a la orilla del mar y la arrojó al agua con fuerza.

—Potime ankebu genar asku? —interrogó Boin.

Foster quiso responder por señas que no entendía nada. No pudo accionar de ninguna manera: la presa de Pulu continuaba siendo muy firme.

—Potime alquia Tria? Potime, potime?

Foster, tontamente, enrojeció. No por estar desnudo. Le desconcertó en extremo cuando Tria Boin, al hablar, señalaba con el palo una y otra vez, precisamente el lugar preciso de su cuerpo que imprescindiblemente debería llevar más cubierto.

—No... mmm... gran señor. Yo vengo de arriba. Pertenezco a las Fuerzas Aéreas de los Superestadosunidos... —calló al ver el rostro del iracundo Boin tan cerca del suyo—. De arriba... ¿sabe? Del aparato que se estrelló... ¡De arriba, de arriba! —chilló Foster señalando al cielo con la cabeza.

—Bomite? —gruñó Boin señalando con la suya el mismo lugar.

—¡Sí, gran mmm... mago! ¡Bomite, bomite!

Tria Boin dióse la vuelta y se alejó unos metros. Conferenció, formando corro, con algunos componentes de la tribu.

Foster pudo apreciar entonces cuán feos eran estos salvajes: piel tostada y casi negra, dientes excesivamente largos, pelo lacio y larguísimo, rostros embadurnados de pinturas chillonas...

—Oye, amigo, puedes aflojar un poco; no pienso escapar.

Tria Polu le respondió con un gruñido que claramente indicaba silencio.

Comenzaba a desesperar cuando Tria Boin, por fin, terminó su conferencia y se

dirigió a él con paso rápido.

—Osem Kareg Atusi moli. To bomite aso.

Es decir: «eres un dios pequeño. Puesto que procedes de las alturas».

Acto seguido, a una orden suya, Tria Polu retiró sus brazos, uniéndose a los demás.

Y, todos a una, le adoraron.

* * *

Llevaba tres meses en compañía de los salvajes y había pensado en múltiples ocasiones poner remedio a la situación. El remedio parecía imposible: la tribu le adoraba. La única forma de poder abandonar la isla habría sido la ayuda exterior, porque los Tria desconocían la navegación.

Eso creía Foster. No se daba cuenta que los salvajes odiaban cualquier cosa que no fuese su isla; e ignoraba igualmente que antes, hacía muchos miles de años, formaron una raza que se extendió como un manto por los tranquilos mares oceánicos.

Ahora componían el último reducto de la especie, sobreviviendo, por esos misterios de la historia, al progreso y a la civilización exteriores. Se hallaban encerrados voluntariamente. Sólo cien años antes la tribu poseía barcos de pesca, de combate y de recreo. Pero las salidas les habían resultado fatales a partir del momento en el que, según comprendieron, okante makú porgami yiua; es decir: *algo* ha cambiado afuera. El cambio este era muy cierto; cada vez que un Tria abandonaba la isla, jamás regresaba, y aquellos que salían a la busca de los perdidos, se perdían también. Bueno, hubo una excepción, sólo una: la del joven guerrero Tria Kusi (Punta Negra) que volvió cuando contaba cien años para morir entre sus compañeros de raza. Pero Tria Kusi vestía las ropas de los otros y hasta había olvidado el musical dialecto Tria. Así, murió sin poder comunicarse con sus biznietos.

La isla en cuestión estaba situada entre el grupo de islas polinésicas más carente de interés: he aquí una posible explicación en torno a la supervivencia de la raza. El pedazo de tierra carecía de importancia comercial, estratégica y turística; sus medios eran paupérrimos: escasa pesca, prácticamente despoblada de animales, tierras estériles... Era la antiheroína de sus congéneres topográficas. Fue tan olvidada que paradójicamente en este mundo donde existe un dueño para cada cosa (cuando no varios para la misma), ella no pertenecía a nadie... por ahora. Y a nadie realmente. Porque los Tria, si llegaba una improbable hora de la verdad, contarían menos que un cero a la izquierda.

La vida de la tribu transcurría monótona, plácida, despreocupada. No eran muy numerosos: demográficamente el aumento de la población les habría resultado fatal; la muerte por inanición, tan menguados eran sus recursos naturales.

Por eso aprendieron a controlar sus nacimientos, desde que destruyeran su

pequeña flota, con precisión asombrosa.

Pudo ser otra de las razones de supervivencia.

Actualmente, desde la desaparición de los niños, doscientos siete Tria moraban en la isla. Doscientos siete Tria y el comandante Foster, Kareg Atusi, dios pequeño.

Es cierto eso de que «hay cariños que matan». El amor de los Tria estaba consumiendo a Foster: comidas, bebidas, fiestas en su honor, rústicas pero sinceras comodidades eran ofrecidas al piloto solícitamente.

Y nuestro hombre había adelgazado más de quince kilos en menos de tres meses. Él lo achacaba, principalmente, al estado de ansiedad en el que constantemente vivía; de continuo mirando al cielo, mirando al mar oteando el horizonte, con una casi desaparecida esperanza en que ocurriera lo imposible.

Ni un solo avión, ni un simple velero en todo este tiempo. Sus bombas de humo reposaban tranquilamente en la cabaña desde que las dejara allí.

Cuidaba su salud al máximo y procuraba con celo no cometer excesos. El *tiken* (aguardiente Tria) lo probaba en raras ocasiones, y las mujeres o jovencitas que a menudo se ofrecían a él, o le eran ofrecidas, se vieron rechazadas sistemáticamente. Sólo hubo una excepción. Pero de aquella noche de pesadilla, de amor liberado, fue culpable el *tiken*, no Foster. Por eso lo racionaba severamente.

Y el cono... ¡Si tuviese un simple microscopio, un simple ácido, lo que fuese!...

Durante los primeros días había descubierto todo lo que podía descubrirse con la ayuda de los pobres medios a su alcance. Las conclusiones a las que pudo llegar fueron las más extrañas, incomprensibles, incógnitas y esotéricas. Y no hicieron sino reavivar sus ansias de escapar al mundo civilizado.

El primer día, a las dos o tres horas de su llegada, los amables Tria condujeron a Foster —sobre una especie de angarillas— junto al cono. Alrededor de ambos, primero arrodajados, después danzando, adoraron sistemáticamente al uno y al otro. Foster pudo examinar directamente el metal desconocido, el resplandor amarillento y la alta temperatura que el conjunto poseía. Dedujo su origen artificial y la artificial ubicación en el lugar que ocupaba.

En el segundo día, vestido ya con sus ropas de piloto, comprobó desagradablemente el alto magnetismo del metal: se quedó pegado a la brillante superficie y hubo de darse gran prisa en desprenderse de su cazadora de vuelo para no morir achicharrado; la cazadora primero se tostó y después ardió lentamente. Esperaba Foster que las bombas de humo no hicieran explosión, porque no tuvo más remedio que dejarlas picadas al magnético cono. Todo ello con gran regocijo de los Tria, que vieron confirmado su ancestral adagio «Kareg Mobu bum Kareg Atusi», o sea, «El dios grande llama al dios pequeño».

Las bombas resistieron.

Algunos días después, el calor y el magnetismo habían desaparecido —probablemente eran causa y efecto— Foster pudo recoger las bombas del suelo y pudo asimismo examinar el objeto a sus anchas, aunque sin nuevos resultados.

Mucho más tarde pudo entender algo de la endiablada jerga Tria y se enteró de que «obun acasi obinte»: ayer no estaba; hoy, sí. O los indígenas estaban completamente chiflados, o eran unos redomados embusteros.

Pero el interior de Foster le gritaba que los Tria podían decir verdad.

Relacionó las tres cosas, inevitablemente: color verde en la Tierra, niños desaparecidos (que los Tria habían tomado de la forma más natural como un intercambio divino con el cono) y objeto metálico. Cómo se encadenaban entre sí era algo que no podía saber por muchas elucubraciones que hiciera (e hizo gala de muchas).

No podía saber nada más hasta que no saliese de la isla.

El quinceavo día del cuarto mes, en el transcurso de una fiesta en su honor, Foster hizo arder las cinco bombas de humo que poseía. Los Tria huyeron hacia el bosque, hacia el río, hacia la playa, como en estampida. Suponían que algo había marchado mal en la fiesta y que Kareg Atusi manifestaba su ira.

Los pilotos del turbohelicóptero que remolineaba en las alturas, más familiarizados con humos de colores (aunque ahora pareciesen todos verdes) que con pequeños dioses irritados, captaron la señal, descendieron, y rescataron al comandante Foster..., entre los llantos Tria, que vieron de esta forma castigada su indescifrable falta de previsión.

Foster llegó a los Superestadosunidos al día siguiente, y contó lo que había visto y vivido.

A los dos días, la isla Tria fue una especie de Troya del siglo xxxi.

V

ALGUNAS COSAS DE IMPORTANCIA HABIAN OCURRIDO DURANTE ESTE TIEMPO

—Buenos días, señor. Dos de junio de tres mil tres. La temperatura es de once grados... Permítame el señor, ante todo, transmitirle mi enhorabuena y que ésta sea añadida a los doscientos treinta y cuatro telegramas que en el mismo sentido reposan en la mesa del señor: «Mastermoney & Mastermoney» ha quebrado. Permítame el señor, asimismo, que admire la agudeza del señor así como su inigualable, insuperable e increíble sentido financiero.

—Gracias, fiel Petrus. Continúa —el conde Smith masticó una crujiente tostada con delectación, sonriendo levemente.

—Se ha demostrado, señor —leyó Petrus—: hombres y mujeres estériles en todo el mundo. Proporción, cien por cien. Jamás volverá a procrearse si no se encuentra un remedio; y en los laboratorios no saben nada. Como era de esperar no han encontrado un motivo, aunque lo relacionan con la aparición del color verde y con la misteriosa desaparición de la población infantil que, por cierto, señor, los niños que van naciendo... *desaparecen* a los pocos segundos de ver la luz.

—Absurdo.

Efectivamente, señor.

—Continúa.

—Las autoridades británicas han autorizado nuevamente el jugar en público al S.M.C.M.A.C.... «Si Me Coges Me Acuesto Contigo», como sabe el señor. No habiendo peligro de procrear desaparece la prohibición de... mmm... jugar. Salas de fiestas, cabarets, etcétera, se hallan otra vez concurridísimos. Los abortadores profesionales se han visto definitivamente chasqueados y dicha profesión está llamada a extinguirse... En la Cámara de los Comunes se aprobó ayer el Anteconstraproyecto para establecer negociaciones con los españoles sobre Gibraltar... Nuestro Gobierno da los últimos toques al Plan Anti-M. Parece ser que dentro de pocos días el «cohete Antimagnético» será un hecho, y que nuestros pilotos lograrán atravesar al fin la capa de nubes magnéticas que rodean al planeta, causa muy probable de todos los fenómenos que ocurren en el globo... Un misterioso objeto metálico ha sido descubierto por el comandante Foster, de las Fuerzas Aéreas de los Superestadosunidos. Tuvo lugar el mismo, en la Tria, isla polinésica. El citado piloto pasó más de tres meses conviviendo con los aborígenes Tria. Según sus declaraciones, el misterioso objeto poseía cuando fue descubierto un fuerte magnetismo y una elevada temperatura que en pocos días desaparecieron...

—¡Absurdo!

—Efectivamente, señor. ¿Continúo, señor?

—Continúa, Petrus.

—Bien, señor: la ola de suicidios aumenta. Las bandas de asesinos juveniles aumenta (veintinueve personas descuartizadas en Londres durante el día de ayer). Las drogas a base de lisérgico se proliferan. La «Secta del Antisexo Verde» cuenta ya con ciento diez mil neófitos y más de un millón de iniciados (en su última reunión murieron más de quinientas personas). Diversos comentaristas especulan pesimistamente sobre el peligro de una guerra atómica, dado el estado de tensión que atraviesan todos los países...

El conde Smith masticaba pausadamente las tostadas y apenas ponía atención en las noticias que le transmitía el fiel Petrus. Su único pensamiento era fúnebre: la desaparecida «Mastermoney & Mastermoney» y las perspectivas de nuevos hundimientos.

—... Salud, dinero y placer dice, como siempre, su horóscopo, señor. ¿Nada más, señor?

—Nada más, Petrus. Puedes retirarte.

—Como mande el señor.

Petrus se inclinó reverencialmente, depositó los periódicos sobre la mesita de noche y se retiró.

* * *

—A pesar de todo... de todo, me gusta. No es muy hermoso, pero me gusta.

—Es verde.

—Puede ser esperanza. Por eso me gusta.

—Por eso debe de ser bonito aunque no lo parezca. La esperanza es grande.

—Sin ella, ¿qué iba a ser de nosotros? ¿De ti y de mí y de los demás?

—Nada. Moriríamos.

—Sí, Miguel.

—Pero esta Tierra se está muriendo. Ya no hay niños. Los que nacen, desaparecen. Ya no habrá más niños. *Nosotros* los hemos echado. Quedamos los que quedamos, menos cada vez. Tú y yo jamás tendremos un hijo.

—Sí.

—¿Qué haremos, di?

—Nada se puede hacer. Esperar... algo. Llegará día, estoy segura. Aunque no sea aquí, aunque sean ellos, los niños, quienes lo arreglen.

—¿Porque él lo dijo?

—Porque él lo prometió... Él... Sus palabras era sinceras. Él era un hombre bueno.

—No sabemos si era un hombre.

—Sí, era un hombre.

—Pero quedan pocos hombres buenos.

—No digas eso —María apretó su cuerpo contra el de su marido y le besó en la

mejilla. Después se arropó con las sábanas y se apretó más—. ¿Quién sería?

—No lo sé. Un hombre.

—No de *aquí*.

—No.

—Y vino a vernos a nosotros. Dijo que éramos algo que creía no existía ya en la Tierra. No sé qué querría decir...

—¿Te fijaste en sus ojos? Estaban hechos de... de...

—Cielo.

—No.

—Amor.

—No era sólo amor... Paz. Sus ojos estaban hechos de paz. Y su voz sonaba como una música de órgano de iglesia.

—Nos dijo unas cosas...

—Bellas.

—Y terribles. La Purga Necesaria. Así lo llamó todo.

—Ellos estarán mejor, ¿no crees?

—Seguro, Miguel. Pero nosotros no tuvimos ningún hijo. Ello me entristece.

—Nos dijo que podríamos ir... a la Tierra de verdad, si queríamos.

—Y nos quedamos aquí. ¡Cuánto lo pensamos!, ¿te acuerdas?

—Habríamos sido unos cobardes. Desde aquí podremos ayudar.

—Con la canción y el jeroglífico. Hasta ahora no sabemos de qué se trata.

—Ya no falta mucho, María. Nos dijo en septiembre y ahora es junio.

—Tengo curiosidad.

—Pronto lo sabremos. ¿Dormimos?

—Sí. Hasta mañana, Miguel.

—Hasta mañana.

* * *

Él lo había descubierto.

Él solamente.

Desde pequeño estuvo entre animales y los conocía. Los había estudiado, los había contemplado, los había mimado...

Y ahora encontraba su máxima recompensa. Se la tenía merecida, no en vano trabajó como un chino desde que se hiciera cargo de la granja.

Estaba pensando qué línea de conducta escoger. Dos caminos aparecían claros, delimitados, indudables o comunicarlo al mundo entero, o aprovecharse él sólo del descubrimiento.

Tres días seguidos sin apenas dormir, sin apenas comer, atormentaban y retorcían el humano corazón del señor Phil; tres días que fueron como tres pesadillas unidas entre sí.

Ana, cuya característica más apreciada por Phil era la carencia absoluta de ideas, le ofreció la tonta solución que tanto había buscado. Porque después de enterarse de que no era divina la causa del verde, Ana olvidó sus flagelos y sus biblias y dejó de lamentar la incierta suerte de sus cuñados. De nuevo entró en la granja la normalidad y la mujer se incorporó a su ocupación favorita: el no hacer nada.

Por eso Phil dio un salto sobre el sillón de su despacho cuando oyó las palabras de su mujer:

—Aprovéchate primero y después comunícalo.

¡Claro! Ésa era la solución, la más acertada, la más provechosa.

La que pondría en práctica.

Fue gracias a su recién descubierto daltonismo y gracias a la bombilla de infrarrojos que accidentalmente se estropeó en las incubadoras. Por la tarde, repasando su agenda, tropezó con la nota que en ella había estampado antes de comer:

Reparar infrarrojo incubadora 34.

Y sin muchas ganas, pero con gran sentido del deber, elevó su pesado cuerpo y se dirigió al almacén.

Allí eligió una bombilla y con ella en la mano llegó hasta la incubadora número 34. Dentro —un cubo de 2x2x2—, alegremente, se movían un centenar de pollitos de pocos días que, curiosos, repararon en Phil. Uno de ellos, seguramente más curioso que los demás, no pudo apartarse de la puerta a su debido tiempo cuando la manaza de Phil la hizo abrirse del todo, y terminó sus días con un pitido agónico.

Sus hermanos de raza no le concedieron mayor atención.

Phil lanzó una blasfemia como oración fúnebre.

Lentamente, con más cuidado, desenroscó la bombilla inservible, la echó a un lado, y enroscó la nueva.

La bombilla se encendió y Phil aguardó.

Ultimamente eran de peor calidad. Se fundían a menudo después de brillar algunos segundos, Por eso esperó. Y gracias a su previsión o desconfianza vio ante él obrarse el milagro: el pollito muerto dio un salto. El pollito muerto —que ya no lo estaba— trisco entre sus hermanos con gran alegría, como si comprendiera su inmensa suerte.

Phil, por su parte, estuvo al borde del colapso. Las venas se le hincharon, la cara se le puso más roja que una granada y saludó el retorno a la vida de la pequeña gallinácea con un par de blasfemias... Porque el animal no mostraba en todo su cuerpo trazas del más mínimo rasguño: la sangre y la herida habían desaparecido.

El señor Phil no ponía en duda el hecho cierto de la anterior muerte. Estaba claro que la puerta metálica lo había degollado. Y tampoco podía dudar de la presente vida, porque el futuro gallo protestaba sonoramente entre las investigadoras manazas de

Phil.

Aisló al pollito y cogió otro.

Fuera de la jaula, de un simple papirotazo, terminó con sus días. Acercó el oído a su cuerpo muerto: el corazón no latía.

Lo introdujo de nuevo en la incubadora.

—¡Cielos!... —la expresión, desde luego, le salió involuntaria.

Cogió otro pollo y, por eso de ahorrar el tiempo, estrelló su cráneo contra el filo de la puerta.

El pollito quedó tieso.

Lo introdujo de nuevo en la incubadora habiendo tomado la precaución de apagar la nueva bombilla de infrarrojos.

El pollito siguió muerto.

Apretó la bombilla: el pollito revivió.

Phil se puso a temblar como un flan de cien kilos.

La bombilla era como las demás. La única diferencia —que fue puesta en claro por Ana— consistía en el color de su vidrio: verde. Un defecto de fábrica, inexplicable o lo que se quiera, pero que a él le supondría muchas ventajas.

A los cinco o seis días, Phil sabía muchas más cosas sobre las bombillas verdes y sobre sus muy curiosos efectos. Preservaban la vida de los animales —o se la devolvían como a los pollitos—, y en caso de enfermedad sanaban instantáneamente tras permanecer algunos segundos bajo cualquier tipo de luz verde artificial, incluso la débil luz de una linterna.

Podía ser considerado como una maravilla, como algo increíble. Pero el señor Phil, como el resto de los humanos, se había acostumbrado a no espantarse por las cosas increíbles, al tiempo que rápidamente las admitía.

Las notas de Phil fueron muy claras:

Si mis animales no mueren, mis riquezas aumentarán. No habré de hacer sustituciones, no habré de emparejarlos, no tendré que gastar un céntimo en su manutención.

Poseyendo bombillas verdes preservo a mis animales de muerte (la vieja «Pita», tuberculosa perdida, está dando más leche ahora que en el resto de su anterior vida).

Dentro de algunos años habré ahorrado una considerable suma de dinero. Seré multimillonario. Tendré la granja más importante del mundo. Tendré una gran fortuna. Tendré todo lo que quiera y más de lo que quiera.

Una vez conseguido, comunicaré mi descubrimiento a las autoridades. Como si lo acabara de descubrir. Me darán una medalla. Y dinero. Seré famoso en el mundo entero.

Me hice una raspadura en el dedo. Las bombillas verdes no actúan en el

organismo humano (también probé con Ana, sin resultados). No importa. Si los animales resucitan (y resucitan) me inflaré de ganancias. Tendré más billetes que...

Tachó Phil las últimas palabras al advertir que ya había hecho repetida alusión a las cosas y al dinero que podía tener.

Dejó de escribir y decidió que ya era hora de acostarse.

Antes de ir a su habitación llamó en la puerta de Ana y le deseó las buenas noches.

—Eres un lince, querido. ¡Un sabio! —oyó exclamar a través de la puerta.

Soñó.

Hacía años que no soñaba. Soñó en un imperio de granjas llenas de cerdos gigantes, de vacas gigantes, de gallinas gigantes... Las recorría en helicóptero... las sumisas gentes se agachaban a su paso... él era el rey del mundo...

Soñó tanto y tanto, que a la mañana siguiente, cuando leyó los periódicos, se pegó un tiro en la boca.

Y del señor Phil nunca más se supo.

Nunca jamás.

* * *

—Buenos días, señor. Diez de agosto de tres mil tres. La temperatura es de quince grados. Los grande titulares anuncian hoy: «Personas estériles y finitas animales estériles e infinitos». Es como una letanía en toda la prensa, si me permite el señor. Se trata del último *descubrimiento*: gracias a cualquier tipo de luz verde artificial los animales sanan de sus heridas curan de sus enfermedades y misteriosamente siguen viviendo. El hecho ha sido descubierto en diversas partes del mundo y todas las comprobaciones confirman la teoría: los animales no conocerán la muerte, o casi, pues una vaca descuartizada en un matadero sigue descuartizada a pesar de la luz verde... Todos los últimos acontecimientos —tierra verde, niños, esterilidad, animales y cono— parecen hallarse íntimamente relacionados. Es la opinión de todas las naciones. La isla Tria ha saltado de nuevo al primer plano de la actualidad. La relación —permítame el señor repetir lo que leo—, es evidente con los fenómenos anteriores, desde el metal durísimo y desconocido en la Tierra, hasta la súbita e inexplicable aparición del; objeto parecen confirmarlo...

—¡Absurdo!

—Coincido con la opinión del señor.

—Puedes retirarte, Petrus.

—Como mande el señor.

* * *

La noticia no pudo permanecer oculta por más esfuerzos que se hicieron. A las pocas horas de ser conocida por el Presidente de los Superestadosunidos, el general Popoff, vía Teléfono Rojo, se comunicó con la Supercasablanca y tachó a su Presidente de subversivo y aprovechado. (En realidad fue tachado de más tosas, pero las computadoras-traductoras no tenían programados en sus circuitos semejantes imprecaciones).

Un poco más tarde, el pomposo primer ministro del R.U. hacía otro tanto con el Presidente y Popoff.

Y Francia, Alemania, España, Bélgica, Italia...

Más tarde, todas las naciones se mostraron más o menos de acuerdo en poner el asunto en manos de la OND^[1], y la OND nombró una comisión que estuvo integrada por subcomisiones de S-USA, R. U., Francia, España, Italia, China, Alemania...

La isla Tria, como ya dijimos, no pertenecía a nadie. Una república sudamericana de reciente reconstitución fue la primera en reclamarla. Hacía menos de mil años había enviado a Tria un destacamento etnológico que recopiló parte del folklore polinésico... Desgraciadamente, la parte informativa que hacía referencia a Tria, se perdió en el penúltimo incendio del Museo Nacional (que fue incendiado cuatro veces en las tres últimas revoluciones).

Las noticias que directa o indirectamente llegaban a Europa y América, procedentes de Tria, tenían en sí mismas suficiente y exótico encanto como para establecer una moda Tria que fue conocida, admirada y sofisticada en todo el mundo civilizado. El *tiken* o aguardiente de Tria se escanciaba, a precios fabulosos, en los más finos locales; en las reuniones de sociedad era del mejor gusto danzar al estilo Tria, y en las mismas se implantaron resueltamente los atuendos y aderezos de la isla.

Gracias al descubrimiento del significado *Tria* las mujeres comenzaron a lucir públicamente en sus pezones, caperucitas de diferentes colores (el adorno masculino, por fortuna, continuó siendo exclusiva de los hombres Tria), y los nombres propios (femeninos) eran precedidos del afijo Tria, e incluso el mismo nombre sustituido, siempre de acuerdo con el color de las caperucitas.

Las llamadas de propiedad lanzadas por la República sudamericana no fueron escuchadas por nadie, como era de esperar, y con la Comisión Investigadora del Cono (CIC) también se olvidaron por el momento los gritos S-USA, los berridos URSS, y los susurros de crótalo R.U.

En el veinteavo día después de la arribada de Foster a los Superestadosunidos, habían desembarcado en Tria tal contingente de hombres y material (investigador y bélico), que los pacíficos y asustados indígenas se preguntaban seriamente el por qué no desaparecían todos y todo engullidos por las aguas.

En el día veintinueve se hallaron las sierras circulares.

Hay que decir al respecto que la CIC, por más esfuerzos desplegados, no consiguió ablandar ni una mínima parte del metal: un ingenio mecánico tras otro

saltaba hecho pedazos, se desdentaba o se consumía en una inútil y ensordecedora explosión «mo mem kike mako pum pum», es decir, mucho ruido y pocas nueces.

Y en toda Europa se cantó la fábula, naturalmente acompañada por síncopas Tria:

En casa del cerrajero entró la serpiente un día...

Pero los necios cantantes jamás repararon en la sabia moraleja.

Los Tria fueron desplazados de la manera más arbitraria. Su poblado, tan cercano al Cono, arrasado en un segundo por pesadas aplanadoras, y cada vez que uno de ellos se aventuraba cerca de las alambradas, recibía en sus desnudas posaderas la cálida dentellada de un Doberman, una hormigueante descarga eléctrica o un balazo.

Aprendieron en seguida quién era el más fuerte y cuáles sus razones.

Pero...

—Bobula apotasim ofi —dijo Tria Boin.

—Apotasim ofi srkk srkk —dijo el hechicero.

—Opi srkk srkk? —dijo el nuevo Consejero de Tribu, Tria Polu.

Los indígenas habían hallado las doce pequeñas sierras circulares en la playa. Fue obra del joven guerrero Tria Pim (Punta Encarnada), y cuando comunicó su hallazgo, los pacíficos, sinceros y honrados Tria no sabían qué forma elegir para devolverlas a sus legítimos dueños.

—Oponte Tria Pomim bsimbe acorsin po! —ordenó Boin.

Tria Pomim (Punta Púrpura) se negó en redondo. Por nada se acercaría a las alambradas.

—Oponte?... Jebi, jebó, jebi!

Después de recibir treinta azotes y sufrir la más grande humillación que un joven guerrero Tria puede sufrir (convertirse en Tria Popo: Punta Lavada), comenzó el potente, monótono, insufrible canto:

—Kareg Atusi! Kareg Atusi! Kareg Atusi!...

Foster llegó hasta ellos con cara de pocos amigos, al cabo de tres horas.

—¿Qué te pasa, Tria Boin? ¿Os habéis vuelto locos?

Y les increpó.

—Oponte!... Oponte bobumbi srkk srkk! —exclamó el jefe al tiempo que le mostraba la docena de sierras.

—Ah, vaya... —dijo Foster agradeciendo el detalle—. Algún distraído las habrá dejado caer.

Y se fue.

La tribu entera dio gracias al Kareg Mobu por haber permitido que viesen de nuevo al Kareg Atusi.

Las doce pequeñas sierras circulares no eran de nadie. Así lo reconocieron las diversas Subcomisiones.

Y resultaron ser muchísimo más duras que el duro metal del Cono.

Se trató de otro hallazgo que conmovió al mundo.

Las doce pequeñas sierras circulares de procedencia, pues, desconocida, se acoplaban extraña y perfectamente en las taladradoras eléctricas BRT, «made in S-USA». El pivote de giro y la hendidura en la sierra coincidían con rigor matemático.

Foster resolvió el problema de «por dónde empezar».

—Por arriba. Si lo hacemos por la base el Cono acabará por caer al suelo. Es mejor por arriba utilizando una armadura tubular y aserrando poco a poco, sin precipitaciones. Las sierras cortan el metal como si fuese gelatina...

La esfera superior, de veinte metros, fue de momento respetada (los expertos de la CIC temían que llegara a desprenderse) y comenzó a cortarse el metal a partir de la base de la esfera superior.

A los quince días el jeroglífico se hallaba totalmente al descubierto.

VI

TOMARON CONTACTO CON UNA CIVILIZACIÓN EXTRATERRESTRE... PERO VEAMOSLO POCO A POCO

—Tengo miedo, Miguel.

—No seas tonta.

—No puedo remediarlo. Todo es grande... inmenso. Ya apareció el jeroglífico y nosotros no sabemos qué hacer.

—Aún falta tiempo. Él dijo que lo sabríamos antes de que volviese a visitarnos. Estamos sólo a principios de septiembre.

—¡Y qué calor hace! Más que en todo el verano. Parece que el mundo va a reventar.

—Sí, hace calor. Demasiado. Se duerme mal.

—Anoche soñé que toda la Tierra... *ésta*, ardía. No quedaba nadie con vida. Todos muertos.

—¡Qué alegre!

—Lo pasé muy mal, no te burles. Cuando desperté, tardé un buen rato en darme cuenta de que tú seguías a mi lado y de que había sido un sueño. Miguel...

—¿Sí?

—¿Serán los niños felices?

—Ya sabes que sí.

—¿Y la canción?

—Ya vendrá.

—Tengo miedo de no saber... aunque si él nos dijo que podríamos ayudar... Ayer vi a Julio, ¿sabes?, se va a no sé qué sitio en el que ha muerto mucha gente. Temen que haya peste... No sé... el verde, y los niños, y los hijos, y todo... Si la gente se aterroriza es por culpa de ellos.

—La gente tiene la culpa. La gente se mata o se suicida. Ellos no han matado a nadie y han salvado a los niños.

—No puedo pensar en claro.

—Procura dormir.

—No sé si podré con este calor. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

* * *

Dos egiptólogos enloquecieron después de pasarse cuarenta y ocho horas intentando descifrar el jeroglífico. Hubieron de ser rápidamente evacuados de Tria, entre gritos y alaridos, y repitiendo intermitentemente la conocida frase: «¿Y las llaves?...».

La conocida frase, en treinta y dos idiomas, había aparecido casi en la cúspide del Cono, debajo de la esfera, como prolongando el enrevesado jeroglífico. La esperanza de que el objeto fuese una nave del espacio desapareció a las pocas horas de investigación.

Los componentes de la CIC, todos, estaban desquiciados. La confusión y el delirio reinaban en Tria y únicamente los indígenas tomaban el asunto con sabio estoicismo y, casi todas las noches, entonaban a media voz el Kareg Mobu, Kareg Mobu opum biesi akante: el dios, el dios Grande se vengará; *Los Otros* se irán.

Y hasta cierto punto tenían toda la razón de una sabia profecía.

Alrededor del Cono, junto a su brillante superficie, se había montado una maraña de andamiaje tubular que permitió a los hombres de la CIC investigar cómodamente los desconocidos caracteres.

Los gobiernos nacionales de las respectivas Subcomisiones, se dieron buena prisa en mandar a Tria a sus mejores siquiátras cuando recibieron telegramas redactados, más o menos, en los mismos términos:

Cono y caracteres grabados de procedencia extraterrestre.

Pero los siquiátras hubieron de volverse con las manos vacías pues, aunque nerviosos y excitados, los subcomisionados observaban perfecto equilibrio mental.

¿Dónde están las llaves?

La inscripción, en treinta y dos idiomas, que precedía al jeroglífico, fue reproducida en todos los periódicos de la Tierra. Todo el mundo la conoció. Todo el mundo se preguntó por su significado.

Algo más fue hallado el quince de septiembre a las siete de la mañana: la esfera de veinte metros de diámetro que coronaba la cabeza del Cono, se abrió; y al parecer por sí sola. Envolvía, según pudo comprobarse, una caja también metálica, en forma de cubo, provista de tres inmensas cerraduras. Desgraciadamente el metal del que estaba compuesta era bastante más duro que el metal de las doce pequeñas sierras circulares, y hasta que no se desdentaron cinco o seis, los de la CIC no comprendieron que aquella caja nunca podría ser abierta mediante las técnicas conocidas hasta la fecha... A no ser, claro está, que encontrasen las llaves

* * *

La carta que María y Miguel dirigieron a: Comandante Foster (CIC), Isla Tria, Polinesia, Oceanía, tardó siete días en llegar a su poder, es decir, el veintidós de septiembre.

El veintitrés fue reproducida en todos los periódicos.

Decía así:

«Querido señor Foster:

Creemos saber qué quiere decir “¿Dónde están las llaves?”.

Es una antigua canción infantil que no se canta hace más de mil años. Por eso se la copiamos a continuación. Para que usted y toda la CIC puedan conocerla.

Como no sabemos solfeo, la música no podemos decírsela.

La letra es:

¿Dónde están las llaves Matarile-rile-rile?

¿Dónde están las llaves Matarile-rile-rón? ¡Chin-pon!

En el fondo del mar Materile-rile-rile,

En el fondo del mar Matarile-rile-rón.

¡Chin pon!

Nada más.

Adiós, señor Foster».

La carta llevaba las firmas de Miguel y María.

(Hasta que Kan-Chi, en la China Roja, no se convenció de que el director del observatorio pekinés, Chin-Pum, y el Chin-pón de la canción no se relacionaban sino por la casualidad, el citado astrónomo no fue puesto en libertad —vigilada—. Pero ya había perdido la nariz y las dos orejas).

El mar de Tria, alejados los tiburones con el repelente adecuado, se convirtió en un hervidero de hombres-rana, que buscaron, sin resultados, las desconocidas llaves.

Y fueron los Tria, otra vez, quienes las encontraron en el río mientras tomaban un baño ritual (río y mar, en la jerga Tria, son sinónimos).

—Polimba apotingüe mabu mabu Kareg Atusi —le dijo Tria Boin a Foster cuando se las entregó. Que j quiere decir: «Nosotros las encontramos y yo te las entrego, dios pequeño».

Las tres llaves eran muy grandes. Estaban labradas irregularmente, aunque en conjunto poseían gran belleza. El metal era de parecidas características al de la esfera y, a pesar de sus tamaños, resultaban increíblemente livianas. Foster y los subcomisionados de la URSS y R.U. las introdujeron al tiempo, cada uno la suya, silenciosamente, solemnemente.

Las llaves penetraron en sus cerraduras.

Alrededor del Cono existía la mayor expectación. Incluso a los Tria se les permitió asistir al acto, dada su importancia, pues nadie dudó que allí dentro encontrarían las respuestas que todo el orbe esperaba.

Las respuestas... Mejor: La respuesta, hizo enronquecer de furor al Presidente S-USA, produjo una congestión cerebral al general Popoff, y el *premier* murmuró algo increíble en un *premier* británico, ya que fue *totalmente* sincero al decir:

—Es humillante.

Dentro de la caja había un simple papel, un vulgar papel terrestre, blanco y

crujiente. En él estaba escrita La Respuesta.

No os merecéis los niños.

No os merecéis la Tierra. Es demasiado bella.

Por eso la pintamos de verde. Y no cambiará jamás.

—¡Es indecoroso! —bramó Foster.

—¡Es ignominioso! —berreó Brown.

—¡Es calenturiento! —chilló Dubois.

—¡Es indignante! —gritó Schultz.

—¡Es abominable! —mugió Titoff .

—Es la leche —dijo López.

VII

Y TODO TERMINÓ ANTES DE FINALIZAR SEPTIEMBRE

—¡Le he visto, Miguel, le he visto!

María entró a la carrera en la pequeña habitación. Las palabras le salían entrecortadas.

—¡Te digo que le he visto! ¡No hace ni un minuto!

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? ¡A él!

—¿Dónde?

—Abajo, en el bar... bueno, en la tele. Está hablando a toda la Tierra, a todo el mundo. Se le ve en todas las pantallas de todos los lugares... Y si cambias de canal, sigue viéndosele; y si desenchufas la tele, sigue viéndosele...

—¿Y qué dice?

—Que mañana hablará a nuestros gobernantes... a todos. En la OND. Dice que les explicará lo que ha pasado y por qué ha pasado... No iba a decírnoslo a nosotros. Somos dos cualquiera...

¿Quién dijo que seáis dos cualquiera, María?

La voz sonó en la puerta de entrada. María dio un respingo y ella y Miguel miraron. Él estaba allí. Él...

* * *

No admitía descripción. Era un hombre corriente, pero desde su porte, hasta la perfección que guardaban sus proporciones, daba al conjunto un aire de otra parte. Nadie vio, hasta entonces, rasgos tan nobles como los de aquel rostro; nadie pudo entender la mirada de aquellos ojos. Como dijera María no hacía mucho, estaban hechos de paz.

Pero la paz no era nada para la Tierra.

—Por eso estoy aquí. Para explicaros.

El delegado de la URSS lanzó una amenaza.

Él no la oyó.

Sus ropas eran brillantes... lustrosas... Sus ropas brillaban como con luz propia, no reflejada. Dentro de ellas se debería estar muy a gusto.

Sonrió cuando las amenazas se proliferaron en la gran sala de reuniones de la OND. Parecía entre divertido y comprensivo... Estaba observando, en estos momentos, cómo un grupo de agentes vestidos de paisano se acercaba poco a poco a la tribuna que ocupaba, y supo desde el principio cuáles eran sus intenciones. Pero no les culpaba. Habían recibido órdenes:

—Rodeadlo. Y cuando estéis seguros, le echáis mano. Si se resiste, le hundís la

cabeza. Y si veis que se os escapa, lo freís a balazos.

Y los agentes de paisano cada vez estaban más cerca, y él reía interiormente porque comprendía cuán grande era la miseria del hombre.

Otros pensamientos ocupaban diferentes partes de su perfecto cerebro. Eran sentimientos de profunda pena, real, insuperable, agotadora; sentimientos por la triste suerte de una raza marchita y ya muerta; sentimientos que sólo un interior fuerte como el suyo podía soportar.

Los agentes, cuando estuvieron cerca de su tribuna, puestos de acuerdo, se abalanzaron en montón sobre él; golpeando los puños, rechinando los dientes, hendiendo el aire con sus porras de arena. Y se golpearon inútilmente entre ellos mismos, porque él ya no estaba allí.

Estaba de nuevo en la sucia habitación, bebiendo una copa de coñac barato que María le ofreció.

—¿Qué hacen?

—Berrear —contestó—. Tienen la mente más negra del Universo. ¿Cómo podré hacerles comprender?...

—No lo sé... señor —respondió Miguel, respetuoso, admirado, incrédulo de verle a su lado—. No lo sé.

—No me llames señor. Soy como tú; tú eres como yo. Somos iguales. No hay que decir señor. A nadie.

—Bien...

—Kmbvcxzi.

—Me es difícil repetir eso.

—Llámame Xzi, simplemente.

—Sí.

—Podría utilizar los circuitos de TV, como hice ayer. Pero me parece inadecuado —Xzi dio el último sorbo a la copa—. Iré allá de nuevo... No os vayáis, por favor.

—No nos moveremos, Xzi. Hasta luego.

—Hasta luego, Miguel.

* * *

—Queridos hombres de la Tierra, ¿vamos o no vamos a entendernos?

Una ráfaga de ametralladora rubricó sus palabras.

Estaba sentado en la gran lámpara central de la gran sala de reuniones de la OND.

Los balazos destrozaron el purísimo cristal y marcaron feos desconchones en la escayola.

—Por favor... —la voz sonaba como una caja de música... como los tubos de un órgano, y cada cual la oyó en su propio idioma, directamente, sin utilizar las traductoras.

—¡Asesino! —gritó el Presidente de S-USA.

—¡Raptor! —gritó el sustituto del general Popoff.

—¡Marciano! —gritó un delegado.

Tardaron en darse cuenta que Xzi ya no estaba en el techo. Los agitados y chillones delegados se avergonzaron, porque sus insultos iban dirigidos al aire.

Después de algunos minutos, volvió a aparecer en la tribuna que ocupara al principio. Sólo entonces los delegados de las naciones de la Tierra comenzaron a admitir que luchaban contra alguien al que no podían coger, ni herir, ni irritar. Una calma relativa se adueñó de la Asamblea.

A la media hora, el mensaje de Xzi fue escuchado en aquella reunión de prohombres.

Los rumores fueron apagándose hasta desaparecer. Las palabras de Xzi eran oídas claras y fuertes.

—Me llamo Mnbvcxzi y mi planeta ocupa el quinto lugar dentro de un sistema muy lejano al vuestro. No voy a hablar de todas las particularidades de mi mundo, porque no acabaríamos nunca. Somos, ciertamente, los responsables del color verde, desaparición de niños, esterilidad... Decidimos intervenir, precisamente *ahora*, porque ya os quedan muy pocos momentos de vida. ¿No es así?

Xzi miró fijamente, uno a uno, a cada representante de cada país. Y su mirada tuvo una increíble fuerza coactiva: cada uno de ellos reconoció, por unos segundos nada más, la calamidad que Xzi y los suyos habían evitado hacía sólo unos meses. Una guerra total. Ahora, durante esos segundos sinceros, no tuvieron inconveniente en reconocer, aunque fuera interiormente, que a no ser por la súbita aparición del color verde en el cielo, ellos habrían pulsado los botones de la autodestrucción.

—Por eso decidimos intervenir: no ibais a durar ni un mes más. El aviso de tal intervención fue esa serie de «maravillas» que últimamente se han manifestado... Todas ellas fueron funcionales. Todas menos el «raptor» de los niños. Os privamos de ellos y de la Tierra, porque ni a los unos ni a la otra os los merecéis. Con la aparición del verde estuvisteis ocupados y la guerra fue evitada.

—¡Y por qué los niños! —demandó un delegado.

—Porque sois unas malas bestias. El hecho de hacer esa pregunta es altamente significativo.

—¿Siempre estará verde la Tierra? —preguntaron en alguna parte.

—Esto no es la Tierra —contestó Xzi—, sino un planeta gemelo que nosotros construimos, una reproducción a todo detalle. Aquí os trasladamos, a este feo mundo verde. Aquí moriréis. Las nubes magnéticas impiden la salida al espacio, lo habéis comprobado.

—¿Y nuestros hijos? —inquirió una voz desde el fondo de la Sala.

—Están en la Tierra. En la Tierra de siempre. Ellos no eligieron nacer en el mundo prostituido que vosotros les entregabais. Tendrán *su* propio mundo, su propio futuro despejado de guerras, de hambre, de violencias y de muerte. Elegirán su porvenir. Escribirán el más radiante capítulo de vuestra historia, lejos de vosotros.

Aquí estáis acabados. Ha habido muchos momentos que pudisteis, y no quisisteis, aprovechar.

No hubo ninguna pregunta.

—Ellos serán potentes y repoblarán la Tierra. Hasta entonces nosotros cuidaremos de que no mueran, y según vayan creciendo conocerán lo que ha pasado. Su elección, entonces, será libre: una nueva Tierra en paz, o una Tierra como la vuestra... Pero no creo —Xzi sonrió— que conociendo la historia de sus padres, elijan el segundo camino. Aprenderán qué bella es la paz, la paz que olvidasteis desde que fuisteis creados.

Silencio.

—Aquí los animales asegurarán vuestra alimentación, bien sabéis qué fácil es curarlos. Habrá mucho tiempo para pensar, para meditar en la historia que ya es pasado, la historia que habéis escrito con sangre. Podéis también preguntaros si hemos obrado con justicia o con arbitrariedad. Podréis pensar durante las veinticuatro horas del día.

Silencio. La gran sala de la OND parecía una tumba.

—Pero estad seguros que ellos serán más felices sin vuestra compañía, mucho más felices.

—¡Cochino embustero! —el delegado que lanzó el grito se vio muy sorprendido al notar que nadie le apoyaba.

—Por favor, señor Xzi —murmuró respetuosamente un delegado próximo a la tribuna—, ¿puedo hacer una pregunta?

—No me llames señor. Soy como tú; tú eres como yo. Somos iguales. No hay que decir señor. A nadie. Haz tu pregunta.

—¿Podremos verlos... sólo verlos... una vez más?

Cuando Xzi contestó, nadie dejó de advertir la profunda tristeza que acompañaba a sus musicales palabras.

—Lo siento, amigo; ya es imposible.

—Lo... lo comprendo —dijo el delegado.

Y a nadie le extrañó que el delegado llorase después de hablar.

Una paz increíble existía en la Asamblea.

—Durante todo el tiempo que os hemos observado —continuó Xzi—, siempre conservábamos la esperanza de un cambio que os redimiera. De que alguna vez terminaría la miseria, la corrupción, el odio; de que llegarais a ser amigos en lugar de políticos y de que algo *humano* nacería, por fin, en vuestro interior. ¿Sabéis en cuántas ocasiones pudisteis conseguirlo?

Nadie dijo nada.

—En ninguna. Deformasteis sistemáticamente los valores, los símbolos, las prerrogativas de los seres inteligentes. Estabais muertos para vosotros mismos. *Ellos sabrán que es verdad...*

—¿Puedo preguntar? —interrumpió un delegado.

—Sí.

—¿Vive vuestra raza de acuerdo con algún código?

—Mi respuesta es: vive de acuerdo con el Código del Universo.

—¿Y qué es?

—Para comprenderlo tendríais que haber sabido usar el código de convivencia entre vosotros, en la Tierra.

—Pero si no estamos en la Tierra, si habéis convertido en un saco de arena el vientre de nuestras mujeres, ¿cómo comprenderemos?

—Ya no comprenderéis. Nuestra intervención ha sido definitiva, lo sabíamos antes de venir. Y esperamos hasta el último segundo.

—¿Entonces?

—Estáis condenados. Vuestros hijos hablarán por vosotros. En ellos estará vuestro futuro... y nuestra confianza.

Una puerta lateral, muy cercana a la tribuna ocupada por Xzi, comenzó a abrirse despacio. Nadie, excepto él, lo advirtió.

—Es una pregunta inconsecuente —dijo otro delegado—, pero ¿cuándo te irás?

—Ahora mismo.

La granada atómica explotó en el lugar donde se encontraba Xzi una fracción de segundo antes. El estrado, la tribuna y el muro adjunto desaparecieron. Temblaron todas las paredes del gigantesco edificio. Y el griterío, el desorden, y la mezcla de lenguas volvió a reinar en el interior de la gran sala.

* * *

—Ha sido inútil. No han querido comprender. Tú mismo lo dijiste no hace mucho, Miguel: la raza parece estar maldita —Xzi paladeó el coñac de garrafón—. Dijiste verdad.

—¿Ha llegado la hora?

—Ha llegado la hora.

—Y no volveremos a verte, ¿verdad?

—Cierto, María. A no ser que me acompañéis. Estáis a tiempo.

Miguel y María se miraron. No necesitaron ponerse de acuerdo con palabras. Miguel respondió por los dos.

—No, Xzi, nos quedamos. Nuestro lugar es éste.

—No discutiré.

—Dime, Xzi —preguntó de nuevo María—, ¿cómo es vuestro mundo?

—Mi mundo... —sus labios sonrieron—. Mi mundo no existe.

—Pero tú has dicho...

—Ha sido una forma de hablar. Explicar todo habría sido complicado e inútil.

—Entonces, ¿dónde vives? —preguntó Miguel.

—En el espacio.

—Pero tu cuerpo...

—Olvida mi cuerpo. No tengo cuerpo. Lo que ves ahora es la forma que he elegido para mostrarme a vosotros.

—Dijiste que tenías más de cincuenta mil años, ¿cuál es tu edad?

—Un billón.

—¿Un billón de años?

—Sí.

Ellos admitieron el hecho con naturalidad.

—Entonces —Xzi se levantó— adiós. Tengo que hacer una última cosa.

Salió por la ventana. Miguel y María se asomaron y vieron el cielo eternamente verde. En la ventana se había posado una mariposa blanca que se echó a volar cuando ellos la miraron.

—Ella podrá volver —dijo Miguel.

—¿Ella?

—Sí. La Primavera, la luz del Sol, la alegría. Nosotros no lo veremos, pero estoy seguro que volverán.

* * *

—Openti agabum epork —dijo Tria Boin.

—Husite abte bobem —dijo el hechicero.

—Amab ibum akokem —dijo Tria Polu.

—Ife gündi abotimbe —dijo Xzi.

La jerga continuó durante horas.

Era por la tarde. En la isla se respiraba una paz inmensa. El último vestigio de la CIC había desaparecido el día anterior. Todo se hallaba lastimosamente abandonado. Alrededor del Cono quedaban aún las huellas del paso de la CIC: árboles tronchados, hierros torcidos, chapas dobladas, porquería y detritus.

—Obenti masumbi akalen —se lamentó Boin recorriendo el panorama con un giro de su emplumada cabeza.

—Jibu acame porkkem —asintió Polu.

—Oporkke masa? —inquirió Xzi—. Abatim!

Y el Cono desapareció.

Por la noche, antes de que la enmohecida luminosidad verde se apagara, entre una bellísima música de órgano, doscientos siete Tria desnudos, con Xzi a la cabeza, abandonaron la isla Tria.

Levitaron hacia el Oeste, en fila india, majestuosamente.

En seguida desaparecieron en las alturas. Justamente cuando atravesaban las nubes magnéticas.

Nunca volvió a saberse de ellos.

Nunca jamás.

FIN

LIMPIACIELOS

I

LA COLONIA

José despertó y pensó en los ojos de Mashia.

Desde la cama la oyó preparar el desayuno. No quería abrir los ojos, se estaba muy bien así; el sueño no le había abandonado y aunque sabía que ya no dormiría más, no los abrió. Trataba de averiguar qué estaba haciendo Mashia: ahora se la oía en la cocina, moviendo cacharros, encendiendo la lumbre. El grifo del agua sonó y después dejó de oírse. Era el agua para el café.

En Marte el café no sabía como en la Tierra. Bueno, en Marte nada sabía como en la Tierra: las cosas perdían sabor y aroma; el café, por ejemplo, parecía agua caliente con un lejano regusto de café. Y los vegetales igual. Incluso el tabaco era más amargo.

Los productos de la Tierra que podían cultivarse en Marte eran escasos y las exiguas cosechas se recolectaban a costa de grandes sacrificios por lo que, después de inútiles intentos por mejorarlas, los cultivos fueron abandonados. Interesaban más los productos marcianos; por eso hicieron bien en seguir el ejemplo de los demás y después de un año de dura prueba aceptaban con naturalidad cualquier cosa de las producidas propiamente en las áridas tierras marcianas: patatas ácidas, *fissen*, col abierta, requesones...

De la Tierra llegaban con cierta periodicidad cohetes-robots con píldoras y alimentos concentrados. Jamás se acostumbrarían a ellos. Ni él ni los doscientos terrestres que ocupaban la desperdigada Colonia. Por eso mantenían y cultivaban pequeños huertos al lado de cada vivienda y aunque no consiguiesen sino miserias siempre serían «alimentos reales», como acostumbraba a decir Mashia, mejor que píldoras y concentrados.

Una cacerola o un vaso rebotó inesperadamente en el suelo de la cocina hasta que se detuvo en algún lugar; José, sobresaltado, abrió los ojos. Oyó que lo cogían y lo ponían de nuevo en su estante, acompañado por un ronroneo de Mashia.

Se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Se pondría la «segunda piel» y a la hora de marchar sólo tendría que embutirse el Traje, ahorrándose tiempo y molestias. Y no es que el tiempo le preocupase: aunque el aviso había llegado veinticuatro horas antes y él estaba de guardia, los cadáveres en el espacio no se corrompen.

Al lado del dormitorio estaba el cuarto de baño, una reducida habitación con un lavabo, un retrete y una ducha. José llenó el lavabo con agua y metió la cabeza durante un minuto, la misma operación de cada día. Sin grandes esfuerzos pudo haber estado más tiempo con la cabeza en el agua, en Marte es fácil, y José tenía a gala su gran capacidad de resistencia. Pero el minuto fue suficiente: el sueño había desaparecido y él se encontraba despejado.

Pasó por su cara una toalla de colorines y antes de irse a la cocina para desayunar,

salió fuera y se quedó de espaldas a la puerta.

Estaba amaneciendo.

«Es tonto —pensó—, pero me gusta ver amanecer. Y total es como si se encendiese una lámpara».

Nadie le escribiría nunca ningún poema; el amanecer marciano es como una eclosión de luz que dura un segundo: un segundo antes no es; uno después, sí. La imagen de una lámpara que se enciende es bastante expresiva. Si acaso, cuando ya se han visto tantos amaneceres como José, pueden descubrirse otros detalles; por ejemplo, que la luz en los primeros momentos parece blanca, aunque no lo sea: son los ojos que engañan, acostumbrados a la oscuridad del sueño. La luz es fuerte, sí, pero siempre roja.

Las débiles brumas que se han formado durante la noche helada se disipan en un momento. Los días que hay suerte permanecen pegadas al horizonte el tiempo justo para dejarse ver desapareciendo acto seguido, y un defecto de refracción, una «miopía planetaria», hace ondular los montes de arena sobre los que se aposentaban.

Entonces el calor comienza a notarse, al minuto escaso. Y sube y sube y sube durante todo el día. Cuando el sol está en el cénit las venas se dislocan, el cerebro se enturbia, los pulmones quieren estallar y el corazón comienza a pararse.

A los dos o tres minutos «el temblor» da principio.

Es un fenómeno cuyo estudio requeriría muchas horas, todas las horas que no le han concedido. A José, las primeras veces, le hacía gracia. Aún recuerda la primera, cuando tenía quince años: salió al desierto corriendo como un loco, dando gritos, mientras su esqueleto comenzaba a moverse y a moverse, por sí solo, animado por espasmódicos temblores. Duró menos de un minuto. Cuando terminó se dio cuenta que durante todo el tiempo había estado cantando a voces desafinadamente, la Danza Macabra de Saint-Saéns. Sus padres le riñeron y detestaron su mal gusto, por lo que jamás volvió a repetir la escena.

En la actualidad «el temblor» suponía ciertas molestias, que por su corta duración y por su carácter cotidiano todos estaban acostumbrados. Y hasta algunos decían que si desapareciese, Marte ya no sería Marte. Pero José pensaba en una molestia menos a soportar.

La posibilidad de conseguir esta desaparición ya no existía; habría podido investigarse el problema mucho antes, cuando laboratorios terrestres se erguían por toda la Colonia. Pero apareció la «peste marciana» y los laboratorios y los brillantes edificios metálicos y todos los costosos instrumentos fueron empaquetados y devueltos a la Tierra. En Marte se quedaron solamente los apestados, los antecesores lejanos de Mashia y José.

Después de que el sol hubo salido se tumbó en el suelo, cerca de la puerta. Habían comprobado que de esta forma los efectos eran menores: contracciones musculares imperceptibles y temblor óseo prácticamente nulo.

José comprobó la hora en el potente reloj acorazado que ceñiría a la muñequera del Traje y decidió que debía darse prisa. No era agradable sentir el húmedo sudor que pronto recorrería su cuerpo deslizándose por debajo de la impermeable «segunda piel».

Entró en la cocina y dio los buenos días a Mashia.

—Hola, querido. El desayuno te espera desde hace un rato. Tendré que volver a calentarte el café... y date prisa —le dio una cariñosa palmada en las posaderas—, queda poco tiempo.

—Estuve fuera mirando al sol —se disculpó mientras tomaba asiento junto a la mesa de madera—. Ya sabes que es uno de mis vicios.

—Uno de los que menos comprendo. El «espectáculo», según tú lo calificas, carece de belleza... Y ni siquiera puedes recrearte en lo feo, no te da tiempo. Quisiera saber la verdadera razón, porque presumo que tendrás alguna, ¿no? —hizo la pregunta guiñándole un ojo.

—Desconfiada... Me gusta simplemente, sin motivo. Y tiene cierta belleza, no lo dudes, mujer de poca fe.

—Bueno, bueno —atajó Mashia retirando de nuevo el café del hornillo—; come y calla. Después te quejarás de calor, como siempre, y lamentarás no haberte levantado a tu hora.

—Como siempre.

—Sí —Mashia rió; su risa no iba de acuerdo con su edad: parecía la risa de una niña muy joven—. Hoy tienes rábanos. Rábanos marcianos, se entiende. Son muy buenos; como antecedente a una dieta de concentrados y píldoras preparan el estómago; o, al menos, eso dicen.

—Sí. Están amargos pero saben bien —hizo crujir entre sus dientes un rábano marchito, de color amarillento—. ¡Hum! Están mejor que la otra vez.

—Gracias. Mi trabajo costó. Por cierto, has de traer del Almacén una batería para... En fin, ya sabes.

Dejó de masticar lo que tenía en la boca. Nunca hablaban de las baterías. Nunca. Pero Mashia tenía que hacérselo saber. *Debía* hacérselo saber. Él, a veces, olvidaba la fecha de la última sustitución. Ultimamente perdía memoria.

—Me estoy haciendo viejo, Mashia —lamentó—. Mi memoria no es la de antes.

—No digas tonterías. Aún pareces un niño.

—Gracias. Pero también debes comprender que no es así.

—No importa, José. Ser viejo no importa. Es mejor ser viejo. A veces pienso que siempre deberíamos haberlo sido, desde el principio.

—Lo dices con tristeza, Mashia, ¿no te das cuenta? Nadie quiere ser viejo.

—Porque se teme a la muerte. Si naciéramos viejos y viviésemos sesenta o setenta o cien años más, seríamos felices.

—Cuando dices estas cosas tus ojos se parecen al cielo de la Tierra un segundo

antes del amanecer. Yo solamente pude verlo una vez; pero lo recuerdo como si fuera ahora. Y tus ojos me gustan porque son tus ojos y porque son así: azul, oscuros.

—Ya me lo has dicho.

—Te lo he dicho un millón de veces y volveré a decírtelo otro millón de veces. El color de tus ojos me da ánimos para seguir luchando. Cuando estoy allá arriba me olvido de todo, pero no de tus ojos. Decirlo es una tontería: ese pensamiento jamás me abandona; inconscientemente pienso en ellos, cuando sueño pienso en ellos y cuando despierto es lo primero que veo. Te cambian de color cuando dices ciertas cosas; cuando hablas de la muerte, como ahora.

—Lo malo es que gozo siempre de buen humor. Hablamos muy poco de la muerte.

—Tal vez porque nos aguarda a cada paso. No se habla mucho de las cosas cotidianas.

—Bueno, bueno —Mashia dio una palmada al aire—, nos estamos poniendo fúnebres. Y no está bien. Tú, a tus rábanos; yo voy a preparar lo poco que falta. Date prisa.

—En seguida termino.

Mashia abandonó la cocina y salió al desierto. Junto a la vivienda existía un pequeño cobertizo lleno de cajones, estantes y alacenas. En ellos se guardaban todos los materiales que podían permanecer a la intemperie sin deteriorarse; los otros eran recogidos en el Almacén de la Colonia, donde cada familia poseía un lugar reservado. Tanto uno como otro se mimaban como un tesoro, al igual que las viviendas. En Marte no había madera y ellos carecían de materiales adecuados para intentar nuevas construcciones; todo se aprovechaba: los embalajes de las cajas que contenían las pildoras, los accesorios de la Nave cuando —muy de tarde en tarde— se descomponían, y sobre todo los materiales que desde la Tierra enviaban para embalar los cadáveres.

Davis, el vecino más próximo a ellos, que vivía a menos de un kilómetro, había descubierto la forma de hacer una especie de argamasa con la arena que existía cerca de los polos... En una ocasión hubo de realizar con la Nave un aterrizaje forzoso por aquellas latitudes y se entretuvo en formar y cocer el barro. Pero cuando sus problemas de edificación parecían ya resueltos, o al menos contaban con una importante ayuda para la conservación de todo, descubrieron amargamente la efímera vida del material recién descubierto: a las diez noches de soportar la bajísima temperatura, se agrietaba y se tornaba quebradizo como el vidrio.

Mashia, en el cobertizo, llenó una pequeña maleta con frascos de alimentos, eligiéndolos cuidadosamente; también metió tres paquetes de cigarrillos, dos linternas y se echó al hombro la pesada cámara fotográfica.

De nuevo en casa añadió los dos libros que su marido le entregó.

—Vaya, otra vez repites: Cervantes y Kuprin.

—Buena compañía. Y se complementan en cierto modo —emprendieron el

camino hacia la nave—. Aunque los dos fueron unos soñadores.

—Como tú.

—¿Como yo? —No podía negar que soñaba más a menudo de lo necesario; pero el espíritu práctico que por fuerza había adquirido en Marte ocultaba a veces sus sueños—. Si tú lo dices... Me gustaría haber sido Caballero Andante. A medida espacial, naturalmente. Lo pensaba de pequeño y lo sigo pensando ahora; más que nada por la aventura de lo desconocido..., el «desfacedor de entuertos» no tiene cabida en nuestro mundo desde hace miles de años.

—¿Ni su amor?

—El amor tampoco. Ya sabes qué han hecho en la Tierra con el amor. La espacial Dulcinea se ha ido antes de poder nacer: habría sido anatematizada.

—También ha muerto.

—¡No ha muerto! Como todo lo anterior, espera su momento. Nada ha muerto; solamente descansa. La hora de la reencarnación puede estar muy lejos... pero llegará algún día.

—Que nosotros no conoceremos.

José no contestó. Habían llegado a la Nave.

Era un mastodonte de más de cien metros. El fuselaje aparecía lastimosamente abollado en diversos lugares y la pintura roja-luminosa daba al conjunto una apariencia de fanteche. Pero la pintura era necesaria. Era la nave de los limpiacielos. Cualquiera que la viese a menos de cincuenta kilómetros saldría huyendo en dirección contraria. Para eso estaba la pintura, para avisar.

—Bien, señora, aquí nos despedimos —exclamó José rodeándola por la cintura.

—Sí. Ten cuidado.

—Mujer, ni que fuese la primera vez —sonrió—. Éste será corto: las coordenadas indican un lugar próximo; yo calculo que dos días. Dos y medio si se presenta mucho trabajo. Bien, hasta luego.

—Hasta luego.

Se besaron en los labios. Fue un beso corto, de amistad, de «ir al trabajo».

José gateó por la escalerilla colgante. Antes de cerrar la puerta se despidió con la mano.

Mashia, dando pasos cortos y rápidos, se ocultó tras el muro de cemento, en forma de U, que habían construido a cincuenta metros de la cancha. Por el grueso cristal, con las manos en los oídos, se dispuso a observar el despegue de la nave.

Cuando José no estaba de guardia y alguno de sus compañeros debía efectuar una salida, siempre cuidaban de avisarle. Era otra de sus manías: contemplar cómo medio millar de toneladas remontaban las alturas y abandonaba el planeta.

El despegue era impresionante y triste. Un estallido de ignición puede percibirse con claridad a más de trescientos kilómetros; el lento recorrido de los primeros metros era como si un mundo se alejara de otro y como si el planeta, con dedos invisibles, quisiese retener al mundo más pequeño, que demostraba su necesidad de

partir, no su deseo. Después, arriba, una lágrima de cristal en el cielo rojo lanzaba un postrer alarido de impotencia, aunque apenas se oía, prometiendo volver... volver en seguida.

A cincuenta kilómetros Marte era la bola roja del billar; el Miedo y el Terror las otras dos, disminuidas y desproporcionadas. Por eso el Miedo no podría realizar jamás la imposible carambola que ocupaba sus días y sus noches desde el principio de los tiempos. Y seguiría así hasta la Eternidad.

José, vistiendo únicamente la «segunda piel», se libró de las correas de aceleración y bajó de la litera de un salto, hasta el cuadro de control. Fijó la aceleración y transcribió al panel las coordenadas espaciales que mandarían desde la Tierra. Después apretó el botón para conocer el tiempo justo, si no aparecía algún imprevisto, que invertiría en el vuelo. Los números verdes aparecieron en un dial entrelargo: 25 h. 49 m.

Cincuenta horas, más o menos, de viaje; y cinco o seis de trabajo. Había calculado bien el tiempo, aunque Mashia, si demoraba su regreso por cualquier razón, no se intranquilizaría. Estaba acostumbrada a los retrasos.

Soportaría como todas las veces anteriores el monótono viaje siguiendo el habitual ritmo mecánico de siempre: pensamientos, lecturas repetidas y, de vez en cuando, correcciones de rumbo: el automatismo de la Nave era admirable, pero distaba de ser perfecto.

Tampoco olvidaría sus dosis de comprimidos porque en el espacio —a él le parecía extraño— se perdía el apetito, y las dosis concentradas eran necesarias de todo punto. El trabajo a desarrollar desgastaba y cansaba y si no se iba bien preparado los mareos por debilidad aparecerían inoportunamente.

Un poco más tarde estaba con las estrellas. No se encontraban más próximas pero sí más cercanas: habían despertado definitivamente, cesaron sus parpadeos y miraron a José; José miró a las estrellas como tantas y tantas veces y quiso recibir su mensaje. Pero la llamada era oculta, esotérica y José no comprendía. Sin embargo, hablaban sin engaño, incluso con sencillez.

—Soy un limpiacielos. ¿Cómo se van a fijar en mí?

Estaba equivocado. Las estrellas se fijaron en él y le hablaron, le hablaron, y él no comprendía.

Cuando estuvo más cerca del punto de llegada volvió traslúcidos los dos círculos transparentes que le permitían ver el exterior. Su ruta coincidía con el rumbo hacia la Tierra y, ahora que se encontraba en oposición con Marte, él sabía que podría contemplarla con todo detalle, que brillaría como una esmeralda tachonada de increíbles facetas y que al mirarla viviría una gran aventura. Pero no la miró, no quiso mirarla, prefirió no enloquecer. Era lo que haría cualquier limpiacielos. Recordaba que su padre le había contado el terror que podía sentirse al contemplar la Tierra casi

al alcance de la mano y sabiendo que siempre estaría allí, lejos, inalcanzable.

Dio una vuelta en la colchoneta. Tenía calor. Allí dentro siempre hacía calor; se amodorraba y no podía pensar con claridad.

Debería dormir, descansar, para estar a punto cuando llegase.

Antes que todo se volviese negro murmuró una oración, una forma especialísima de oración, porque José no sabía nada de Dios.

Treinta minutos antes del momento previsto, el zumbador automático se dejó oír y José comenzó a preparar el equipo necesario.

Junto a la cabina había sido habilitado un enorme compartimiento que contenía todo el equipo: garfios magnéticos, boyas magnéticas, pequeños turborreactores de giro circular, sierras, sopletes... El almacén ocupaba la mayor parte de la panza de la Nave que con la cámara de motores y la reducida cabina formaban sus tres únicas dependencias.

Cuando hubo ordenado y preparado todo el material iluminó la pantalla del radioradar e investigó el espacio. La línea en movimiento le indicó la magnitud del accidente.

—Esta vez no ha sido gran cosa —dijo a media voz—. Una o dos naves nada más. Seguramente otra orgía.

Faltaban aún cien mil kilómetros y aunque el radar no detectaba con exactitud el área ocupada por los fragmentos, la costumbre suplía a menudo la falta de datos. Esta vez, por lo que había visto en el radar, iba a haber poco trabajo.

Cien kilómetros antes del punto sonó la alarma del detector magnético. José conectó las pantallas visoras y pudo localizar en seguida el objeto a menos de ciento cincuenta metros a la derecha. Era relativamente pequeño y con un garfio sería suficiente.

Apretó un botón y de un costado de la Nave salió disparado un hilo de acero que se dirigió en línea recta a su objetivo. Iba provisto en su extremo de una cabeza electromagnética, la cual entró en funcionamiento al tomar contacto con el objeto; José replegó el cable y, cuando estuvo cerca, comprobó que había atrapado un cono de nariz y que por su tamaño, la nave a que perteneció no podía ser de grandes proporciones.

Y así era, en efecto. La Nave cortó sus retrocohetes de frenaje y quedó parada en el lugar de la tragedia. Se trataba de un choque entre dos «trineos», modelos ultrarrápidos, de recreo, demasiado pequeños para grandes distancias pero doblemente más veloces que la pesada Nave.

Uno de ellos había embestido contra el otro a la altura de la cabina de mandos y lo había partido en dos; a su vez descubría una fisura longitudinal que recorría su fuselaje de arriba abajo, aunque parecía más entero. Chapas y resto se hallaban flotando libremente, alejándose en todas direcciones. Desde la Nave no se distinguía

ningún cadáver y si no resultaron pulverizados por el choque, estarían dentro de los destrozados «trineos».

Salió al espacio, dentro del enorme y anticuado Traje. José acostumbraba a salir a menudo y pasearse por la Nave, de arriba abajo, lentamente, para después descansar tumbado en el vacío. Una salida de rutina, como ahora, carecía del menor atractivo para él y ponía especial cuidado en efectuar el trabajo lo más de prisa posible.

Desde fuera abrió la puerta del depósito de materiales y comenzó a sacar todo lo necesario. Antes que nada puso en funcionamiento el «turbo», turbocohete magnético, que se alejó a mediana velocidad dando comienzo a su automático recorrido; era un mecanismo-robot que regresaría dentro de una hora trayendo a remolque los pequeños restos metálicos diseminados por el espacio después del accidente; situó alrededor de los «trineos» potentes reflectores conectados a la Nave, que iluminaron brillantemente la escena. Después extrajo todo el resto del material: sopletes, sierras, palancas, un haz de andamiaje tubular, varios carretes de hilos de acero y, en la puerta del depósito, instaló la grúa eléctrica que le permitiría separar y remolcar a los dos «trineos».

Examinó detenidamente el impacto. Iba a tardar más tiempo del previsto: tendría que fundir gran parte del fuselaje para poder separarlos y los sopletes, en grandes superficies, como en este caso, trabajaban muy lentamente.

En las toberas de la Nave había fijado, magnéticamente, uno de los alambres que poseía el cinturón del Traje; el otro fue colocado en el exterior de los «trineos».

Pudo encontrar un resquicio que le permitiera efectuar una inspección más completa; era muy pequeño pero una simple palanca —una barra de acero colgada a la cintura— fue suficiente para hacerlo mayor. Separó una chapa y la arrojó al espacio. El «turbo» se encargaría de recogerla.

Los cadáveres que encontró estaban medio desnudos y dos de ellos eran irreconocibles. El resto, cinco en total, estaban bastante enteros. Los puso todos juntos y los rodeó con un cable, haciendo un fardo; el extremo del cable fue fijado en el exterior, junto al agujero que había abierto. Los seis cadáveres quedaron flotando en el vacío, separándose de las pequeñas naves hasta que el cable se tensó y con un tirón los hizo detenerse.

Tal vez dentro habría más cadáveres. Penetró de nuevo en el interior utilizando la linterna manual: hasta que no desincrustase los dos «trineos» los grandes reflectores iban a servir de poco.

El haz de rayos le devolvió un luz plateada desde la cámara de presión, tan fuerte, que no podía tratarse de un simple reflejo en el metal ni en los cristales de cualquier escotilla. Avanzó, agarrándose a la maraña de hierros triturados, hasta que estuvo frente a la reducida cámara. Allí vio el traje de presión, seguramente un reciente modelo, suspendido y moviéndose lentamente.

«Si está en buenas condiciones», pensó, «lo llevaré a la Colonia. Tendremos dos Trajes y podremos salir al espacio dos limpiacielos».

Por el resquicio que la desgajada puerta le permitía, introdujo los brazos y palpó el traje, aproximándolo hasta él. Dentro estaba la muchacha. Cuando la linterna iluminó la escafandra y José vio su rostro hubo de admitir que se hallaba con vida, el primer caso en toda la historia de los limpiacielos: su intervención, tras el aviso enviado desde la Tierra, tenía lugar cuando solamente existían cadáveres.

En el espacio la peste marciana no puede contagiarse, como es natural. Pero instintivamente soltó el traje cuando comprobó que contenía a alguien con vida.

No pudo pensar con claridad durante los siguientes minutos. Hallar un superviviente era un hecho increíble, sin precedente, por eso tardó en reaccionar. Pensó después, precipitadamente, que debía hacer algo por aquella muchacha: si se hallaba inconsciente lo más probable es que estuviese malherida.

Utilizó un soplete y arrancó la puerta de la cámara, desprendiéndola del único gozne que la unía con el armazón; efectuó el trabajo rápidamente, pero con gran nerviosismo. Empujó la puerta hacia el exterior y quedó pegada a uno de los cascos, magnetizados débilmente por los enganches de los garfios.

La sacó con cuidado. José y la muchacha flotaron en el vacío.

Era necesario separarla del traje y solamente había una forma de hacerlo para evitar el contagio: vaciar la Nave de oxígeno. Todo el interior, en pocos segundos, quedaría esterilizado. Después la volvería a llenar y, con el Traje puesto, desprendería del suyo a la muchacha.

No parecía tener más de dieciséis años; rubia, con el pelo muy corto y la piel muy blanca. Estaba desnuda dentro del traje, pues no necesitaba «segunda piel» como el primitivo modelo que utilizaban los limpiacielos. Su desnudez impresionó a José sin ninguna razón aparente. Tal vez fue su juventud, tan extraña en aquel lugar, tal vez el fémur fracturado o la sangre pegada en la frente.

José la había tumbado en la litera de la Nave y sobre una caja alineó lo que constituía el reducido botiquín: jeringuillas y agujas hipodérmicas, calmantes, vendas y algodón, un frasco de alcohol y algunos pequeños tubos de comprimidos que difícilmente llegarían a utilizarse en esta ocasión. Todo había sido expuesto al vacío exterior, a excepción del alcohol, por lo que José no lo empleó para la desinfección de la herida. El bacilo podría encontrar en el líquido un absurdo medio de supervivencia y José no quiso correr el menor riesgo.

Trabajar dentro del Traje era incómodo, y tratar de reducir una fractura parecía imposible. Pero lo intentaría.

La frente hinchada no presentaba problemas. Seguramente fue un golpe contra las protecciones interiores de la escafandra, un golpe terrible que produjo la herida. Despegó la costra negra que la sangre había formado y limpió la herida, superficialmente, con algodón. Después, sujetando el cuerpo de la muchacha con los correajes de aceleración, comenzó a reducir la fractura.

La muchacha se removió en la colchoneta murmurando palabras incomprensibles. Parecía que pronto recobraría el conocimiento.

Antes de ponerle el traje de vacío, José le inyectó una regular dosis de morfina. Después se dirigió a la cámara de presión de la Nave. Allí pudo enjugarse, por fin, el sudor del rostro que le molestó durante toda la operación.

Se sentó junto a la colchoneta y se dispuso a esperar.

—¿Y Vik, y Sant, y Lorell?

—Ya se lo he dicho: todos han muerto. Sólo usted se ha salvado, aunque no me explico la razón. De la Tierra nos transmitieron la *tarjeta* acostumbrada: los números de las coordenadas y ya está. Creerían que no había nadie con vida después del accidente. Es lo que ocurre cuando nos envían mensajes; no para rescatar, sino para recoger. ¿Le duele la pierna?

—No..., no demasiado. Me molesta sólo. Y la cabeza también.

—Le he puesto morfina. Creo que podrá aguantar hasta que vengán a recogerla. Entre tanto puede permanecer en la colchoneta. He sacado el aire de aquí —hizo un giro con la mano señalando la cabina— Le ayudará cuando deba caminar.

—¿Usted no va a la Tierra? —la voz de la muchacha era infantil, un poco gangosa, inmadura todavía.

—No, yo... Creí que se había dado cuenta. Mi nombre es José. Soy un limpiacielos.

Ella no contestó; pero José observó sus dedos que se cerraron con fuerza en las correas de la colchoneta.

—¡Tendrías que haberme dejado morir, cerdo!

La respuesta le dejó helado. No habló hasta pasados unos segundos.

—No debe hablar así. He tomado todas las precauciones. No le pasará nada.

—¿Cómo puedo estar segura? —chilló—. ¿He de fiarme de un limpiacielos?

—No puede hacer otra cosa hasta que vengán a recogerla. Tardarán poco.

—¿Les has hablado?

—No puedo hablar con nadie: la Nave carece de radio y en la Tierra no quieren hablar con nosotros. Jamás nos enviarán una.

—¿Entonces?

—He puesto en funcionamiento la alarma automática de su «trineo». Cuando tuvieron el choque fue ella quien lanzó el SOS a la Tierra. Desde allí nos enviaron las coordenadas... Un SOS de urgencia siempre ha supuesto la carencia de supervivientes. Éste es el primer caso.

La muchacha, al hablar, parecía más calmada.

—¿Estás seguro de no haberme apestado?

—Ya se lo he dicho: vacié la nave y volví a llenarla. Sólo entonces le quité el traje, y con el mío puesto le entablillé la pierna.

—Eso está bien. Creí que un limpiacielos no podía pensar. —José percibió su risa

contenida—. Ya tengo *algo* para contar. Dime, ¿cómo eres? El cristal de tu escafandra es bastante opaco.

—Soy un hombre.

—¿Un hombre cómo?

—Viejo.

—¿Cuántos años?

—Unos sesenta.

—¿Es que no lo sabes?

—No estoy seguro.

—¿Te digo una cosa? Siempre creí que los limpiacielos no hablaban.

—¿Por qué?

—Bueno, en las películas no hablan.

—No sé a qué películas te refieres.

—¿A cuáles van a ser? A las de la Tierra... Hay muchas películas dedicadas a vosotros. Películas de psicoterror, claro. Sensitivas casi todas, y algunas fotoexcitantes. Yo siempre paso miedo... Siempre. Después tengo que ver cualquier cortometraje orgásmico, para el equilibrio emocional, ¿comprendes?

—No.

—Bueno, es igual. Ahora, sabes, no siento miedo... es muy chocante..., mucho, porque esto debe ser la Nave.

—Sí.

—¿Puedo verla por fuera?

—No sería conveniente para su pierna.

—¡Qué frustración! Pero es igual. Hasta que vengan soy tu prisionera... ¡emoción, tengo *algo* para contar! Más de una va a pasar envidia. ¿Puedes conectar alguna pantalla para que la vea desde aquí?

José, sin responder, se levantó. Colocó en sus ganchos un pequeño televisor, sobre la cabecera de la colchoneta y apretó el botón que ponía en funcionamiento el circuito cerrado.

En la pantalla apareció el espacio lleno de estrellas y la gran mancha roja de la Nave.

—¡Sí, es la Nave! —exclamó la muchacha—. ¡La Nave roja de los limpiacielos! —maniobró los mandos y en la pantalla fueron apareciendo las diferentes secciones—. Está abollada por todas partes... Es igual que en las películas, exactamente igual. ¡Infiernos! ¿Os coméis entre vosotros?

—No sé qué dices.

—Sí: antropofagia. En las películas os devoráis y devoráis a cualquier infeliz que cae en vuestras manos..., en Marte, naturalmente. Aquí sois de otra manera por lo que veo.

—¿Eso dicen en la Tierra?

—Claro, ¿no lo sabías? Sois los Monstruos del Sistema Solar —dijo con voz

alegre—. Marty, una de las que están fuera, sólo puede ver la mitad de la proyección: sus nervios no aguantan. Bueno, ahora ya no verá ninguna más.

—Dígame, ¿no le importa que haya muerto?

—¿Importar? ¿Por qué? Estábamos en una *orgía etérea*. Todos sabíamos qué podía pasarnos. ¿Por qué?

José bajó la cabeza y miró al suelo.

—Por nada —contestó.

—¿Es cierto que la Colonia existe hace quinientos años?

—Sí, desde la primera expedición a Marte, desde que apareció la peste. Hemos sobrevivido en un mundo semimuerto gracias a muchos sacrificios. —José no supo si su intención era la de inspirar lástima a la muchacha o la de impresionarla; tal vez no fuera ni una cosa ni otra, pero siguió hablando—: Pienso a menudo en los Pioneros, en los Héroeos que descendieron en Marte... ¿Dónde están?

—No sé.

—Olvidados, como tantas y tantas cosas. Pertenecen a la Historia que se olvida...

—¿Qué cosas estás diciendo? Eres un charlatán.

—Déjeme hablar, por favor. Lo necesito. Además, le diré cosas... Tendrá *algo* que contar. —Sin esperar consentimiento, siguió hablando—: Todos nosotros, en la Colonia, hemos pensado en las causas; allí tenemos mucho tiempo para pensar... y creemos que fue natural hasta cierto punto: un *schock* emocional emplea cualquier recurso para ocultarse. Y la Tierra hubo de ocultar, como fuese, el fracaso de no encontrar otros mundos.

—No me dices *algo* que yo pueda contar. ¿Por qué no te callas?

—Espere. Le explicaré: hace quinientos años aterrizó en Marte la primera expedición terrestre. Era la última posibilidad de colonizar y habitar un nuevo mundo desde el descubrimiento en Venus de nubes cianhídricas. En el resto de los planetas, por supuesto, nadie se fijó... y aquí, en Marte, apareció la peste. Estaban condenados a la Tierra, a la «prisión del planeta» como dijeron al principio.

—Por la peste.

—Sí. Era mortal y sin remedio. Fue descubierta en la Tierra, donde se manifestó casi al principio, y tardó muy poco en descubrirse de dónde procedía. Lo bautizaron como era de esperar: *bacillum marti*, desconcertante y juguetón. En una gota de agua marciana, en un granito de arena había miles y miles de ellos. Todo Marte rebosaba de bacilos catalépticos. Para despertar necesitaban un poco más de oxígeno, sólo un poco más... y en la Tierra hay tanto como para despertar a todos los bacilos de Marte.

—Nunca oí nada semejante.

—Es natural; habéis sabido olvidar. —Hizo una pausa, miró el reloj y continuó—: Al principio, cuando los primeros apestados, se confiaba plenamente en hallar un suero, una vacuna que evitaría el contagio... Pero los hombres nada pudieron hacer. El *bacillum marti* pertenecía a un mundo extraño, fuera de los límites de la comprensión humana, más allá de sus fronteras naturales. Después de Venus, este

golpe hundió a la Tierra. Pudo averiguarse, eso sí, el rápido mejoramiento de los apestados si respiraban aire con poco oxígeno; por eso fueron reintegrados a Marte: allí el bacilo volvió a su modorra de siglos y los pulmones del enfermo, si no estaban escoriados hasta el punto fatal, volvían a funcionar normalmente, el color entintaba de nuevo sus mejillas y los terribles dolores desaparecían.

—Es interesante ahora —exclamó alborozada—. Es *algo* que yo podré contar. Sigue.

—Bien. El caso fue que un apestado ya nunca volvería a la Tierra porque una epidemia sin remedio supondría el fin del mundo. Por eso fueron abandonados en Marte. Su patrimonio consistió en la Nave, diez o doce casas metálicas, brillantes, antitérmicas y una reducidísima serie de utensilios y vituallas. Se llevaron todo lo demás.

—¿Todo?

—Todo. Enviaron, después, algunos cohetes-robot con materiales imprescindibles para la supervivencia y la Colonia se convirtió en una Colonia de héroes. El mundo los aclamó, los admiró y los lloró. A los pocos meses se estropeó una bobina esencial en el trasmisor y desde la Tierra no la repusieron. Así comenzó el olvido. Era triste y penoso, pero los colonos deberían morir. En Júpiter y Saturno se habían descubierto riquísimos yacimientos de materiales fisionables que podían ser extraídos con un esfuerzo inicial considerable, pero que una vez realizado aseguraría una continua fuente de suministros. Las bases a instalar sobre Amaltea y Titán reclamaron la atención y el esfuerzo del hombre, y mantener una colonia en Marte era de todo punto imposible.

—¡Infiernos, me gusta! —gritó—. ¡Tendré *algo* que contar!

—Los alimentos estaban a punto de terminar cuando la nave que se dirigía a Júpiter fue visible desde la superficie marciana. Aquellos hombres la miraron durante tres noches seguidas y sus ojos expresaron una agonía indescifrable; no por su muerte, que vendría pronto, sino por su mundo perdido. También ellos habían olvidado —y esto les ayudó mucho— el único intento que hicieron para volver a la Tierra. Poseían la Nave, volverían por encima de todo y se establecerían en cualquier desierto, sobre un mar de hielo, donde fuese, pero regresarían al hogar. Enviaron una *tarjeta* a la Tierra y desde allí respondieron con un corto mensaje: «No vengan. Destruiremos la Nave en cuanto esté a nuestro alcance».

—¡Infiernos, siento emoción! ¡Sigue, sigue!

La muchacha se había incorporado y miraba atentamente la escafandra de José queriendo descubrir algún detalle de su rostro.

—La nave que iba hacia Júpiter hizo explosión antes de que dejasen de verla. Pareció un parpadeo de estrella, más intenso quizá, y después se apagó. Los de la Colonia salieron rápidamente en su ayuda. Poseían entonces cuatro trajes de vacío y partieron de Marte los cuatro hombres más calificados.

»Cuando llegaron, los restos de la explosión se hallaban diseminados cubriendo

un área de más de cinco mil kilómetros y tardaron más de veinte días en reunir los fúnebres residuos, aunque gran parte del material y varios cuerpos nunca fueron encontrados. Volvieron proa a Marte y establecieron una macabra órbita en torno al planeta con los cadáveres mutilados y el material destrozado. Era cuanto podían hacer. El resto no era de su incumbencia.

Mandaron una *tarjeta* y poco después aparecieron los limpiacielos.

—¡No entiendo, viejo! —exclamó, nerviosa—. ¡Explica mejor! ¡Me gusta tu historia!

—Al parecer en la Tierra poseían un competente equipo de estadística que programaba sus trabajos con vistas al futuro. El espacio, dentro de poco tiempo, se hallaría más concurrido; no mucho, pero sí lo suficiente para someter las diversas rutas a una cierta reglamentación.

—¿Qué más? Estoy impaciente. ¡Date prisa!

—Si me interrumpe a cada frase no lograré explicarlo.

—Está bien, viejo —dijo con acento de fastidio—. Me callo.

—Quería decirle que en la Tierra supieron prever: el accidente casual que destrozó la nave de Júpiter podría repetirse alguna vez más. Pero era obvio que otro tipo de accidente no tardaría en surgir. Como las carreteras, los caminos del espacio estaban a punto de conocer su momento. Debería ocurrir así, aunque sólo fuese por razones psicológicas: los hombres al saberse «encerrados» en la Tierra buscarían una forma de evasión en el espacio, las naves de turismo comenzarían a fabricarse en serie y la tranquilidad que antes existía en estas regiones no iba a tardar en verse turbada. Ésta fue la principal razón de los limpiacielos. Iba a ser muy engorroso enviar desde la Tierra expediciones de rescate cada vez que un accidente tuviera lugar y es bien cierto que «los alrededores» de Marte estarían particularmente concurridos.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha rápidamente.

—Por las rutas hacia Júpiter y Saturno en primer lugar; y sobre todo porque es el planeta más cercano a la Tierra... con posibilidades de diversión. Desde el espacio, Venus permanece oculto; la superficie marciana puede verse desde lejos y ciertamente no deja de tener belleza. Y después estuvimos nosotros, un nuevo atractivo.

—Algo basto, pero vale. A mí nunca se me habría ocurrido. Desde ahora vendré más a menudo.

—Como quiera. A nosotros nos es igual.

—¿Y cómo subsistieron después del estallido de la nave de Júpiter?

—Se lo estaba diciendo: entre la Tierra y la Colonia tuvo lugar un acuerdo tácito. Ellos nos mandan combustible para la Nave, alimentos concentrados y algunas semillas que no consiguen germinar. De vez en cuando, medicinas; nosotros les limpiamos el cielo de cadáveres en cuanto recibimos un aviso por medio de las *tarjetas*. Ya le he dicho que no tenemos transmisor, ni aquí ni en la Colonia.

—¿Y no mandan nada más?

—Nada más. Y gracias a estos envíos podemos subsistir. Si dejaran de hacerlo...
—la conclusión era evidente, pero José la eludió—. Comemos alimentos marcianos, naturalmente. Pero carecen del valor nutritivo suficiente para hacerlos exclusivos.

La muchacha, con cuidado, cambió de postura y se acostó sobre la pared vertical junto a la colchoneta. José pudo verle el rostro con más detalle, radiante y atento, y los ojos muy abiertos.

—Nadie podrá contar *tanto* como yo. ¡Me emociono!

—No la entiendo. Dígame alguna cosa sobre *contar*. Ya tengo la boca seca — chasqueó la lengua—. He hablado mucho y la he informado bien.

—Es verdad, limpiacielos. Me has informado y yo tengo mucho para *contar* cuando llegue. Por eso me emociono. Voy a causar sensación... ¡Es toda una aventura! En la Tierra, ¿sabes viejo?, ya no se cuentan cosas... cosas que apetezcan ser oídas. Todas carecen de interés y, por su puesto, de emoción. Para contar *algo* que pueda ser escuchado, hay que sudar.

—¿Quiere decir que no hay noticias?

—Noticias sí que hay... pero son las de siempre. Y para oír ya están los fonoexcitadores, con ellos es suficiente: nadie produce más emoción que un fonoexcitador. Las palabras están de más y nadie quiere oírlas. Y si quieres ver y oír, con las películas te hartas, sobre todo con las de psicoterror y las orgásmicas. Me gustan las dos. Y juntas, el doble... se complementan, porque primero te retuerces de dolor y después te retuerces de placer... ¿Te interesa lo que te digo? ¿Te emociona?

—Sí. Continúe, por favor. ¿Qué más cosas hay?

—¿Cosas?...

—Me refiero a cosas nuevas. Yo vivo en la Colonia, no lo olvide.

—Bueno, lo más moderno son las *orgías etéreas*... Antes nos parecía maravilloso llegar aquí arriba y danzar en el espacio o bailar sin gravedad o emborracharnos en grupos. Después vinieron los trajes dobles... pero duraron poco: te aburrías con el chico, y era una lata ir hasta el «trineo» y meterte con otro, si tenías ganas, o inflarte de drogas. Al día siguiente te dolía terriblemente la cabeza. Pero las *orgías etéreas* van a durar, ya verás.

—¿Y qué son?

—Pues eso: todo lo anterior elevado al cubo. Abajo tomas la dosis de *droga etérea*; subes aquí y empieza a hacer efecto, fuera o dentro, da lo mismo. Te conviertes en el dios de los espacios: todo es tuyo, todo lo que ves. Y puedes hacer y sentir lo que quieras y más de lo que quieras... Cuando el imbécil de Vik nos embistió yo iba a descender en Betelgeuse... ¡Figúrate, veinticuatro millones de soles! Cuando desperté y me vi aquí, lo *etéreo* ya había pasado. Pero en cuanto esto se me cure —señaló la pierna— volveré de nuevo. Es sublime y no duele la cabeza al día siguiente.

—¿Quieres decir que esta droga puede trasladarte donde quieras?

—Eso es. Y eres quien quieras. Y el placer dura más que con cualquier otra. Pero

hay que subir al espacio, en la Tierra es como si nada.

La muchacha cambió de posición en la pared.

—¿Falta mucho, limpiacielos?

—No. Tardarán poco. El S.O.S. repetido les habrá hecho ponerse en camino en cuanto lo recibieron. Dígame, ¿sigue siendo azul el amanecer? —el acento de temor por una negativa era evidente; pero ella no lo advirtió.

—¿Azul?

—Sí. Azul oscuro, como los ojos de Mashia.

—¿Qué hablas?

—Yo, una vez estuve en la Tierra. Vi un amanecer. Los ojos de Mashia son como el amanecer en la Tierra.

—Deliras, viejo. Cuando amanece, o estás durmiendo o estás bajo tierra, ¿no lo sabes?

—Pero ¿por qué?

—No sé por qué chillas, no estoy sorda. Tu pregunta es imbécil: ¿no sabes que las ciudades son subterráneas? En la corteza sólo existen las unidades detectoras, astronómicas, plataformas espaciales y todas esas cosas, pero la gente normal está debajo. Por eso no sé si amanece azul o verde. De todas formas, ¿qué más da?

Un zumbido persistente cortó la respuesta de José: en el panel de mando las luces detectoras advertían la proximidad de algún objeto. Abandonó la cabina y salió al espacio por la puerta de la cámara de presión, que se encontraba abierta.

Era el «turbo» trayendo a remolque gran cantidad de piezas metálicas, trozos de chapa, polvo de hierro y demás restos pertenecientes a los «trineos».

«Esta vez —se dijo— os cedo el trabajo».

Dejó que el «turbo» reposara sobre la Nave y regresó a la cabina. La muchacha había vuelto a la colchoneta y observaba la pantalla del pequeño televisor.

—Es un «turbo» muy antiguo, ¿no?

—De hace ciento sesenta años —contestó José, de nuevo a su lado—; pero trabaja bien.

La muchacha volvió a la pared. Comenzaba a impacientarse.

—Si mandan un «robot» no tardará en llegar. La vuelta será más lenta conmigo dentro, pero ahora...

La Nave no estaba capacitada para detectar el rapidísimo vuelo de un cohete-robot: por eso se sorprendieron al oír los pitidos de aviso dirigidos al receptor de los cascos y que confirmaron proféticamente las últimas palabras de la muchacha.

En un segundo estaba junto a la puerta de salida, detrás de José, mirando al «robot». Se había detenido a diez metros escasos de ellos, entre los «trineos» y la Nave. Era un cohete de regulares proporciones, negro brillante, y altamente perfeccionado. Estaban diseñados para desplazarse únicamente en el espacio consiguiendo, cuando iban vacíos, impresionantes aceleraciones y frenajes.

El pitido de aviso fue sustituido por las palabras grabadas en cintas magnéticas.

—Limpiacielos, ¿hay supervivientes? Recibimos el S.O.S.

—Sí —contestó José desde la puerta—. Un superviviente.

—Esperamos que no lo hayas contagiado. Tráelo hasta aquí y lárgate, limpiacielos, ¡lárgate en seguida! —la voz era chillona, desagradable—. Nosotros recogeremos todo esto.

La muchacha empujó a José con el brazo.

—Aparta, viejo. ¡Hasta el infierno!

Con un salto medido, limpio, exacto, llegó hasta el cohete que había comenzado a abrir una puerta lateral para recibirla. Cuando entró, la puerta volvió a cerrarse.

José desconectó el «turbo» y amontonó los restos junto a los «trineos»; recogió los reflectores, cables, sierras y sopletes y los introdujo en el depósito de la Nave.

Oyó la voz de la muchacha.

—¿No oíste, viejo? ¡Lárgate al infierno!

Terminó en seguida.

Sentado frente a los mandos, más a gusto sin el traje, encendió los cohetes y puso rumbo a Marte.

* * *

Bajó las escalerillas de la Nave cuando el sol apenas calentaba y la temperatura comenzaba a decrecer con brusquedad. Mashia le esperaba fuera de la cancha. Notó al abrazarla que su cuerpo temblaba débilmente.

La próxima vez, pensó, he de exagerar el tiempo: es mejor llegar antes que después, aunque ella esté acostumbrada.

Mashia, a pesar de los muchos retrasos, no estaba acostumbrada; por eso, cuando oía la Nave, su cuerpo, se estremecía y con el temblor, como en escalofríos, desaparecían los ocultos temores acumulados durante la espera.

—Está Davis.

José no contestó y los dos anduvieron hacia la casa. En los quince o veinte minutos de trayecto no hablaron nada, como todas las veces. Era mejor después, poco a poco, mañana o pasado. Así tenían cosas de qué hablar y era una tontería si las agotaban ahora. Esta vez había sido *diferente*; tendrían tema para hablar, todos, durante mucho tiempo.

Sentado junto a la mesa de la cocina estaba Davis, que se levantó al oír la puerta. Era delgado, como todos los hombres de la Colonia; alto, los ojos oblicuos y el pelo negro.

—Hola, José. Bienvenido a casa. ¿Mucho trabajo?

—Sí y no —contestó—. Estoy más cansado que nunca. Ahora os contaré, voy a cambiarme.

Por el tono, tanto Mashia como Davis supieron que algo fuera de lo normal había ocurrido.

José, desde su habitación, les habló a voces.

—¿Cuántas veces has subido, Davis?

La respuesta tardó en llegarle.

—No sé... Unas cien, o tal vez más. ¿Por qué lo preguntas?

—Después lo sabrás. Dime, ¿cuántas veces habremos subido entre todos desde hace veinte años?

Nadie respondió. Cuando José se hubo mudado y entró en la cocina, Davis y Mashia se miraban extrañados.

—Caliéntanos café —le dijo a su mujer—. Y no te preocupes, no me pasa nada.

—¿Entonces? —preguntó Davis.

—Entonces dime cuántas veces.

—No lo sé, nunca lo había pensado... Pero —añadió confundido— guardamos todas las *tarjetas*; si las contamos...

—No es necesario —atajó—. Contéstame solamente a esto: ¿cuántos supervivientes? .

La respuesta fue rápida esta vez.

—¡Qué tonterías dices! Cuando llega una *tarjeta* es porque no existen supervivientes. *Nunca*. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Sabes lo que más me gustó? —exclamó sonriendo—. Poder hablar con alguien allá arriba. Jamás lo había hecho. Y es agradable.

Tardaron en darse cuenta del sentido que daba a sus palabras. Por fin Davis, con sus pequeños ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Quieres decir que?...

—Sí.

—¿... Quedó alguien?

—¡Sí!

—Pero la *tarjeta*...

—El SOS funcionó después de la colisión, como suele ocurrir siempre. La chica estaba en la cámara, no sé si entrando o saliendo, con el traje de vacío puesto. Resultó con un fémur fracturado y una herida en la cabeza... Le curé ambas cosas; utilicé de nuevo la alarma automática de los «trineos» y un cohete-robot vino a recogerla. Pero entretanto hablé con ella.

Davis y Mashia tardaron un rato en darse cuenta que José no bromeaba. Él, despacio,apuró en dos sorbos el resto del café y se sirvió otra taza.

Enseguida, las preguntas llegaron en avalancha. Davis, puesto en pie, accionaba nerviosamente sus largos brazos, que parecían dotados de vida propia; la pequeña cocina se convirtió en un maremagnum, todos hablando a un tiempo, y ninguno enterándose de nada.

Cuando la situación se calmó un poco, José advirtió a Davis sobre la hora.

—Sí... sí, tengo que irme —dijo arrimando la silla a la pared—; pero mañana... mañana temprano, estaré aquí de nuevo —cuando estaba al lado de la puerta, se

volvió—. ¿Qué te dijo? ¿Qué le preguntaste?

José, levantándose, señaló el exterior con la barbilla.

—No querrás convertirte en un témpano, ¿verdad?

Davis le miró tontamente, sin decir nada; con la puerta a medio abrir repitió su advertencia.

—Ya sabes: temprano. Y si tienes sueño, te lo aguantas.

Antes de cerrarla, le oyeron murmurar algo incomprendible.

—¿Te has fijado? Seguro que no pega ojo en toda la noche.

—Ni yo tampoco. A mí no me echarás tan cortésmente... supongo —dijo Mashia de buen humor—. Un su precipitación no advirtió que contaba con una hora más para el regreso.

—¡Toca madera! —en la Colonia conocían y utilizaban la frase, aunque en Marte no existía nada que estuviese fabricado de madera—. Si se da cuenta es capaz de volver.

Dejó la taza en el fregadero y se puso un cigarrillo en los labios; Mashia le ofreció fuego.

—Estoy cansado —dijo después de unas rutinarias bocanadas—; hace no sé cuántas horas que no duermo pensando en lo que ha ocurrido. Un poco antes de aterrizar llegué a creer que todo había sido nada más que un sueño... Pero no, claro que no. En alguna parte de la Nave podré encontrar todavía pedazos de algodón con sangre... o alguna otra cosa. Tal vez nos manden de la Tierra una *tarjeta* en relación con esto.

—Te creo, José. No me dirás todo esto para...

—No... es por mí solamente. Ya sabes qué le pasó a González, «el mejicano».

—Sí. Lo recuerdo: salió fuera en pleno delirio, desnudo, gritando que *ellos* estaban aquí.

—... Y murió helado. Pero él *creía* que estaban en el desierto, junto a la Colonia.

Se retiraron a descansar sin que ninguno de los dos lo indicara. José apagó las luces de la cocina y Mashia las del pequeño pasillo. Entraron en el dormitorio y cerraron la puerta.

—No es lo mismo que lo de González —dijo Mashia después de encender una débil lámpara sobre la cabecera—. Su padre murió de forma parecida, y su abuelo... A lo mejor hasta el primer «mejicano» de Marte padecía esta clase de trastorno.

—A lo mejor.

Comenzaron a desnudarse. José terminó enseguida; dejó la «segunda piel» a los pies de la cama —la habitación estaba vacía de muebles, aparte de la cama—, y, en calzoncillos se metió entre las sábanas.

Mashia estaba sentada dándole la espalda, esperando.

José le desprendió la blusa. Mashia no tenía sostén porque carecía de pechos; la piel, en este lugar, presentaba dos marcas circulares llenas de arrugas, con la piel tirante y de un color poco agradable. En su espalda había tres botoncitos metálicos

que José graduó de la forma conveniente.

—Ya está —le dijo.

Mashia se acostó junto a él.

—Debes descansar lo mejor que puedas. Davis no dejará de estar aquí en cuanto amanezca y mañana no podrás echarle.

Mashia y José miraban al techo de metal opaco.

—Me preocupo por nada, ya lo sé. Pero es tan Increíble...

—No pienses hasta mañana. Mañana me contarás todo.

José apagó la luz pulsando el interruptor, a la cabecera de la cama. Las ventanas estaban cerradas; todo estaba oscuro, todo en silencio.

—Veo la situación ahora, sin luces. Parece que estoy allí. Me dijo...

—¿Qué te dijo? —la curiosidad de Mashia pudo más que sus deseos.

—Cosas tristes. La Tierra ha cambiado.

—¿La Tierra?

—*Ellos. Ellos* son la Tierra. Pero son los que han cambiado a otra cosa distinta... apenas si hablan y viven debajo del suelo y cuando alguien se muere nadie le llora... Tampoco saben que el cielo es azul.

Durante un largo rato la cansada respiración de José inundó la habitación. Cuando habló, sus palabras eran más confusas.

—No sé explicarme bien, no puedo transmitir todo lo que siento, *oh mi señora dulcinea del Espacio, extremo de toda fermosura, fin y remate de la discreción...* Mashia... *luminaria de las tres caras...* ¿Qué pasa en la Tierra? Todo ha cambiado... Y nosotros, ¿qué hacemos aquí? ¿A quién importamos? ¿Quién nos cuida?... Nadie...

—José...

—... Pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño...

—José...

—¿Qué quieres?

—Duerme.

—Sí...

Tuvo pesadillas. No las había tenido desde que mataron a Mashia. Y de nuevo soñó con su muerte...

Había aterrizado. Todos en la Colonia la oyeron; y miraron el cielo rojo hasta que la nave descendió envuelta en humo. Creyeron que iba a explotar, pero la nave apagó sus cohetes y no pasó nada. Dentro estaban ellos, hombres de la Tierra. La Colonia en pleno miraba al desierto esperando verlos, aunque sólo fuera a uno. Cuando pasasen los años contarían a sus hijos que le habían visto... Por eso miraron a la nave tenazmente, durante todo el día.

¿Habría ocurrido algún percance? La nave no abría sus escotillas, la nave parecía muerta. Estaba clavada en el Desierto y el chorro ardiente de sus toberas

había quemado la arena, que ahora estaba negra, formando un círculo de azabache a su alrededor.

El sol se puso y todos tuvieron que retirarse a sus casas.

Al día siguiente algo había cambiado. Durante la noche ellos salieron, porque en el círculo de arena se notaban las huellas de sus pisadas y aquí y allá, cerca de la nave, había trozos de metal y algunas piezas inservibles. Todo indicaba que por la noche trabajaron en alguna clase de avería.

¿Por qué durante la noche? ¿Por qué no se iban? ¿Qué esperaban?

Los hombres de la Colonia se reunieron en el almacén cuando eran las tres de la tarde, cuando el sol de Marte cae de plano sobre él desierto, cuando las gargantas parecen reventar irremisiblemente.

Se reunieron en el almacén y hablaron sobre qué estaba pasando.

Todos los rostros estaban tristes aún antes de empezar sabían inconscientemente o sin atreverse a manifestarlo el por qué del silencio de ellos.

Después de una hora de interrogarse como tontos hubieron de mostrar en voz alta sus temores: los hombres de la Tierra tenían miedo de ellos, de los colonos, de los apestados; temían al bacillum marti más que a un millón de infiernos.

Un poco antes, cuando el cohete descendía, una sensación extraña había recorrido su interior; ahora fue sustituida por otra. George, descendiente remoto de una familia canadiense, tuvo fuerzas para resumirlo en dos palabras:

—Nos odian.

Unos negaron; otros estuvieron de acuerdo con George; algunos pocos no supieron a qué carta quedarse.

Pero estas palabras, tan dramáticas en otro lugar o en otra época, habían perdido su antigua fuerza o, al menos, reaccionaron con cierta frialdad al conocer este odio y acataron los designios de ellos con sincera e indiscutible naturalidad.

Al poco rato, algunas mujeres que no habían participado en la improvisada reunión, llegaron corriendo desde el desierto diciendo a grandes voces que los hombres de la Tierra estaban bajando a la superficie. La asamblea se disolvió instantáneamente y el almacén quedó desierto...

Y corrieron hacia el lugar para poder verlos de cerca.

—¡No vayas, Mashia... no vayas! —jadeó y se removió entre las sábanas—. ¡No, Mashia!... Por favor...

Duerme, José. Estás muy cansado.

... Alrededor de la nave, formando círculo, estaban ellos, veinte o más, muy quietos, codo con codo y de espaldas a los soportes de aterrizaje. Otros hombres trabajaban en las toberas, sobre un andamiaje tubular que habían montado, y todos llevaban puestos sus brillantes trajes de vacío.

—¡Mashia, no!

... Mashia corría delante y sus pies levantaban una columnita de polvo rojizo que tardaba algún tiempo en volver a inmovilizarse sobre el desierto; José, a cincuenta

metros de ella, le daba fuertes voces que Mashia no oía.

Estaba ya muy cerca de la nave; podía distinguir el reflejo del sol en las escafandras y en los brillantes metales del cohete. Los alargados instrumentos que los hombres aferraban también despedían reflejos y, dos de ellos, cuando Mashia corrió varios metros más, relampaguearon. Sintió dolor en el pecho y en la cabeza y cayó al suelo como si una pared invisible se hubiese interpuesto en su camino.

José lanzó un grito desgarrador a sus espaldas... Nuevamente relampaguearon los instrumentos de los hombres y él sintió un calor insoportable en el hombro. Se tambaleó; se tiró al suelo, instintivamente, y allí estuvo sin mover un músculo, respirando imperceptiblemente, viendo como la sangre se confundía con la roja arena del desierto.

Mucho después la nave despegó.

Los hombres, mujeres y niños habían retrocedido y se mantuvieron ocultos en el almacén.

—Mashia... ¿por qué no me hiciste caso?

—Duerme, José; estás muy cansado.

Al día siguiente, sin embargo, ni Davis pudo acudir a su cita ni tuvo lugar ninguna clase de reunión.

El *assiúm* marciano suele incubarse durante las frías noches y desata su furia una hora antes del amanecer, sin ninguna clase de aviso que pueda poner en guardia a la Colonia. Cuando estalla, una tempestad de polvo amarillo se extiende y cubre extensas áreas, haciendo imposible la salida al desierto e impidiendo que las células solares de las casas reciban la luz.

Es inconstante y variable como casi todo lo relacionado con Marte: su duración puede abarcar desde menos de un día hasta varios meses. El último que padecieron en la Colonia fue el peor que se recordaba, con sus cuatro meses de duración. En este tiempo la luz del sol había dejado de nutrir las células y las reservas de energía eléctrica, en algunas casas, se agotaron; el balance fue de quince muertos, viejos y niños principalmente. Los demás, cuando el *assiúm* desapareció, tenían la piel pegada a los huesos.

Los trastornos internos que sufre el planeta parecen ligados con las tempestades de polvo: el agua, que desde gran profundidad extraen las bombas, se agota; pueden percibirse claramente temblores subterráneos, más inquietantes que peligrosos, los pequeños huertos se ven arrasados y, después, la arena del desierto permanece estéril por más de un mes.

No se logró averiguar la procedencia del polvo amarillo ni sabían dónde era depositado cuando la tormenta desaparecía: una rareza más que había sido admitida por todos con la mayor naturalidad.

En la Tierra conocían estas tempestades porque ni una sola vez se recibió una *tarjeta* cuando las nubes de arenas cubrían la Colonia. Durante este tiempo era

necesario permanecer encerrados en las casas y esperar que el *assiúm* terminara.

—La pintura de la Nave se va a resentir como dure más de una semana —José cerró el *Gambrinus*^[2] y se rascó el cuello—. Debimos haberle dado una pasada hace tiempo.

Mashia abrió los ojos; estaba sentada frente a él, en la cocina, y al parecer se había quedado dormida.

—¿Cómo has dicho?

—Nada... la pintura de la Nave —se levantó a comprobar la carga de las baterías y golpeó con el dedo el cristal del contador—. Nos queda menos de un tercio. Y siempre que nos encerramos pienso que esta aguja se atasca y marca de menos... Pero siempre me equivoco.

—El último no nos congeló de milagro. Éste quizá dure menos.

—Es posible. Lo normal parecen ser un par de semanas, día más día menos. Si es así tenemos corriente de sobra.

Se sentó de nuevo en la silla, apoyando los codos sobre la mesa.

—No he descansado bien esta noche —continuó—; tenía razón la otra vez: estoy viejo.

—¡Qué cosas dices! —rechazó la afirmación de José enfáticamente—. Muchos quisieran estar como tú.

—Es posible. Sin embargo lo noto... Estoy cansado, triste, rendido... —un embate furioso golpeó contra el metal de la casa; las paredes reprodujeron en sonidos apagados el choque de un billón de granos de arena—. No soy como esto, Mashia, como las casas... Los hombres se agotan, el metal, si es bueno, permanece. Presiento el final.

—No sigas hablando, José —ella estaba seria—. No creas que pongo una venda en mis ojos y me oculto de la realidad, no es eso... Pero a ti te pasa todo lo contrario: hace menos de un mes no habrías hablado así.

—Pero ha pagado un mes y han pasado muchas cosas.

—¿Muchas? —la pregunta admitía una sola respuesta.

—No, es verdad, sólo una cosa. Pero es suficiente. Creo que me ha hecho envejecer mil años.

Ninguno de los dos habló durante un rato.

José se levantó y apagó una de las luces y la cocina quedó casi en penumbra, distinguiéndose apenas los contornos del fregadero y del pequeño armario empotrado; él y Mashia eran dos sombras sin facciones alrededor de la mesa.

—No consume apenas una sola luz, ¿verdad?... ¡Qué tonta, los dos lo sabemos! Era por decir algo. Tú no quieres hablar de aquello, ¿no es así?

—Sería peor. El *assiúm* me ha venido bien en cierta forma: ni Davis, ni reunión en el Almacén, ni nada de nada. Cuando pase, si dura varios días, será diferente... Eso espero —añadió en un suspiro.

—¿Qué les dirás?

—No lo sé. Ya veremos. Te he dicho que dentro de unos días veré mejor las cosas. Anoche tuve pesadillas y dormí mal. También fue por culpa de ella. No puedo... no puedo pensar en las cosas que me dijo, ¡no puedo! ¡Maldita sea! ¿Por qué hemos nacido?... ¿Por qué?

Dio un golpe sobre la mesa y sintió un agudo dolor en los huesos de la mano; el golpe se confundió con su respiración agitada y con una nueva oleada de arena que cimbreado las paredes.

—José...

La voz de Mashia era muy dulce; pero no pudo añadir ninguna palabra más. Un silencio pesado, molesto, cayó como un manto.

Oyeron muchas veces el golpear de la arena, el viento infernal, la tierra que temblaba. Durante todo este tiempo cada uno estuvo en sus pensamientos; puede que Mashia se adormilara en alguna ocasión aunque no era necesario: José había cambiado sus baterías no hacía muchas horas, y, de todas formas, si no regulaba los botones de su espalda, de poco le valdría el sueño.

Más tarde se fueron a la cama, después de ceñar unas pocas raíces de *fissen* que Mashia guardaba en la alacena.

Toda la noche se oyó la tormenta de polvo fuera de la casa; a José le impidió conciliar profundamente el sueño y tuvo lugar para pensar ampliamente sobre su idea, sobre la reencarnación del hombre.

Cuando por fin se durmió sus ojos estaban húmedos.

II

LA NAVE DE ORO

Había transcurrido medio año marciano (casi un año en la Tierra), desde que se celebrara la histórica reunión en el almacén, después del encuentro de José con la muchacha.

La tempestad de arena duró solamente cuatro días y, al quinto, tuvo lugar la Asamblea extraordinaria, la más importante desde hacía cincuenta años. Se prorrogó durante tres días seguidos y la asistencia de colonos fue total; incluso los niños se hacían cargo de la solemnidad del momento y se miraban con gravedad entre ellos, sin llegar ciertamente a comprender la trascendencia de todo cuanto se decía.

El mensaje inicial que José les comunicó, resumido en un pequeño discurso, había sido madurado durante los cuatro días de encierro. Sobre él, las preguntas fueron innumerables y se volvió a llorar el mundo perdido, el mundo imposible e ignorado.

Una vez más hubo de repetir *cómo* era la Tierra.

... Habían pasado más de veinte años desde que José la viera por primera y única vez, pero su recuerdo permanecía imborrable. Fue Max Aab, el hijo de Un Gran Señor, como decía José, quien le brindó la ocasión de verla. Max Aab era un eminente biólogo que mataba su tiempo fabricando enfermedades que en la Tierra hacía ya mucho tiempo se habían extinguido. Después de destilar el virus lo inyectaba en cobayas y otros animales de laboratorio y se horrorizaba de que los hombres hubiesen muerto, antiguamente, de la misma forma.

Max Aab, sin embargo, se aburría. No era la biología quien le daría la fama que él buscaba... O sí.

Los millones que la familia Max Aab poseía pesaron bastante a la hora de plantear la cuestión y no fue demasiado difícil que el Estado Terrestre autorizase el viaje de un colono, tomando las máximas precauciones, para que el joven Max Aab pudiese emplear sus momentos de ocio en investigar el *bacillum marti*... Aunque el Estado Terrestre dudaba seriamente que obtuviera resultados positivos.

José fue el elegido para hacer el viaje, después de echarlo a suertes entre todos los pilotos en activo de la Colonia. José llegó a la Tierra y vivió un sueño que duró menos de veinticuatro horas; no pudo desprenderse del traje y contempló el amanecer a través de las rejas de un laboratorio, pero el recuerdo de aquellos momentos nunca sería olvidado.

Max Aab, cuando tuvo la ocasión de contemplar al *bacillum marti* de cerca, se llenó de miedo y José fue devuelto a la Colonia...

En la Asamblea hubo de repetir cómo era aquel amanecer, cuáles los colores de la Tierra, los ríos, mares, bosques y nubes que vio... Hubo de repetirlo todo. Y esta segunda vez, muy despacio, con voz clara, repetir todo lo que la muchacha le había

contado. Les describió el paraíso que se vivía en la Tierra, les habló de sus hombres, de sus ciudades, del luminoso cromatismo y de los infinitos contrastes.

—¿No te dijo *cómo* era el azul?

—¿Y el verde?

—¿Y el rosa pálido?

—¿Y el Arco-Iris?

—¿No te contó nada más?

Esta última pregunta se repetía y se repetía y en todas las ocasiones José encontró «algo más» en lo que no había reparado y que se apresuraba a relatar.

Habló durante los tres días que duró la Asamblea: mientras lo hacía, los hombres y las mujeres y los niños soñaban en aquel fantástico mundo de ensueño.

El incomprensible mensaje que llegó de las estrellas se hizo más claro cuando aparecieron las primeras señales en el cielo. Fueron descubiertas casualmente por Wanda, la mujer de Isaac, uno de los más viejos, y nadie, ni siquiera José, a quien en último término iba dirigido el mensaje, pudo saber de qué se trataba.

—Lo vi claramente —dijo Wanda en el almacén—: la estrella brilló con mucha fuerza, mucho más que un parpadeo. Brilló más y se puso dorada... Nunca había visto una estrella con ese color. Después, nada: ni blanca ni dorada. Eso fue lo que vi. Y si alguien dice que veo visiones o que me falla la memoria, no dice verdad.

Isaac, que conocía hasta qué punto tenía en estima su memoria, la interrogó cautamente.

—¿Podrías decimos esta noche la parte del cielo donde viste esa estrella?

—Claro que podría. Y lo voy a decir. No la parte del cielo, sino el lugar exacto.

—Pareces muy segura de poder recordarlo —intervino Davis.

—*Estoy* muy segura, ya os lo he dicho. Creí que era una nova... pero hube de rechazar mis suposiciones; una nova no se pone dorada, que yo sepa, ¿o puede ponerse dorada?

La pregunta iba dirigida a Antón, el más versado en astronomía.

—No creo que pueda ponerse dorada —tenía la voz profunda y resonante; la nuez de Adán le recorría furiosamente la garganta a cada sílaba—. Realmente es algo sobre lo que no me informé... Es muy difícil saber demasiadas cosas del cielo sin contar con libros donde estudiar, y lo que a mí me transmitieron debe hallarse, por fuerza, incompleto... Bien, de todas formas es bastante raro eso del color dorado.

—¿Entonces?... —preguntó nuevamente Davis.

—Entonces —continuó Antón—, hemos de esperar. Puede tener importancia, aunque no lo creo. Esta noche, cuando Wanda nos diga dónde brilló la estrella, miraremos al cielo. Y miraremos todos en todas las ocasiones que podamos. Si alguien descubriera algo, que avise con la campana.

La cuestión dejó de discutirse. No era necesario insistir en otros pormenores hasta que Wanda no indicase el lugar y, de todas formas, el descubrimiento no interesó

demasiado.

Faltaban cinco horas para que el sol se ocultara y procedieron a la distribución del último envío de la Tierra. En la Colonia no se esperaba ningún cohete hasta el invierno (mandaban cinco o seis cada año marciano) y la llegada de éste, unos días antes, fue una sorpresa para todos. Había caído lejos de la Colonia, cien kilómetros en dirección Nordeste, por lo que hubieron de utilizar la Nave. George fue el encargado de transportarlo y tuvo la buena idea de remontarse hasta doscientos kilómetros. Cuando llegó a esta altura los detectores le avisaron de que algo más habían dejado en órbita. Se trataba, naturalmente, de combustible para la Nave: llenó los depósitos hasta el tope y aún pudo dejar un residuo en la cisterna-satélite que sería utilizado más tarde.

El cajón metálico descendía sobre Marte frenado por pequeños retrocohetes y el equilibrio en la caída era mantenido gracias a un giróscopo de simple diseño, con forma de disco, colocado sobre la parte superior del cajón. Los primeros días, cuando la Colonia tenía aún esperanzas en el rescate, le llamaron «la sombrilla»; ahora el nombre había sido olvidado.

Ya había sido abierto y desembalado. El contenido no era muy diferente al de otras veces: alimentos concentrados, telas plastificadas, cigarrillos, café y pintura antioxidante; incluía también un pequeño paquete, envuelto en papel marrón, y una carta en la que podía leerse:

José
LIMPIACIELOS
Colonia de Marte
Marte

Cuando le fue entregado, y mientras José abría el sobre con dedos torpes, formaron un corro en torno a él. La carta y el paquete eran de la muchacha y en las cuartillas sólo había escritas, a máquina, unas cuantas líneas:

«Limpiacielos, no me apestaste. Eres un tío listo.
Ahí te va ese regalo.
Son BOMBONES (me he enterado que en la Colonia no los conocéis).
Son “golosinas”, cosas que se toman porque saben bien y están dulces.
Tómatelos arriba, uno cada vez que subas.
Allí saben mejor.
¡Al infierno, limpiacielos!».

La carta no llevaba firma; estaba mejor así: la muchacha, transformada en un nuevo símbolo, pasaría al futuro sin nombre.

—Se acordó de ti, José. ¿No es maravilloso? —dijo alguien en el corro.

—Te está agradecida.

—¿Por qué no le mandas una *tarjeta*? Tal vez pueda recibirla...

—Debes sentirte feliz.

—¿No vas a tomar uno?

—No... no —contestó José aturdido por la avalancha de preguntas—. La *tarjeta* no la recibiría... Y lo abriré arriba, como ella dice. Aquí puede perder todo su sabor.

Hubo algunos murmullos de protestas que él no quiso escuchar.

El anciano Isaac comenzó en seguida la división del envío y dos horas después cada uno guardaba en los cobertizos o en las casas las mercancías correspondientes, según sus necesidades. A la hora de repartir nunca se habían presentado discusiones: más que de un reparto interesado se trataba de una distribución para el almacenaje, y en cualquier momento todos podían contar con las existencias de todos.

En el almacén sólo quedaron Isaac, Davis, José, Antón y Wanda, sentados sobre el cajón metálico, ahora vacío, o en el suelo. Allí siempre hacía una temperatura agradable: por medio de las células se calentaba el recinto durante la noche y era refrigerado por el día, en un proceso automático.

—He pensado en tu estrella, Wanda —dijo Isaac—. Me gustaría haberla visto.

—¿Por qué lo dices?

—Por el color. Nunca lo he visto en el cielo, sólo en el metal... a veces en el chorro de los cohetes.

—A mí me hubiese gustado más *verde*. Yo nunca he visto el *verde* del mar que dice José. El mar es *verde*, ¿eh, José?

—Eternamente verde. Y azul también, y blanco si sopla viento y levanta olas, y negro por la noche. Pero es verde más que otra cosa.

—Pero si el agua no tiene color, ¿cómo puede ser verde? —Antón había repetido la pregunta muchas veces y siempre recibió la misma respuesta de José; su memoria estaba tan perdida que creyó hacerla por vez primera—. Anda, contesta.

—¿Por qué ves el cielo rojo? ¿Por el desierto? No. No es por eso nada más. El cielo no tiene color y sin embargo todo el mundo lo ve rojo. Con el agua pasa igual.

Davis sacó tabaco y ofreció a los demás. Sólo José le aceptó uno.

—Bueno —dijo Wanda echándose hacia atrás su cabello lacio y blanquecino—, me parece que aún no creéis lo de mi estrella... sobre todo tú, *viejo*, eres incrédulo.

—No; pero ya sabes qué te pasó unos días antes del *assiúm*...

—¡Fue un despiste tonto!... Ya está —contestó enfadada.

Unos días antes del *assiúm*, Wanda estaba segura de ser la mujer de Antón. «Marido por afinidad, le dijo Isaac, los dos competís en mala memoria».

—Falta menos de una hora para que podamos verlas estrellas —dijo José—. Si Wanda recuerda el *hij*.ar*, aunque no haya nada raro, ninguno podrá decir ¡*¡*! ha sido una fantasía.

—Gracias, José.

—Bien —Isaac se levantó del cajón—. Wanda y yo vamos a llevar lo nuestro a casa... Por cierto —le dijo a su mujer—, mañana habrás de hacerme otra túnica; ésta

ya puede ser jubilada.

Efectivamente: la túnica plastificada, de color blanco, como todas, estaba llena de agujeros que mostraban generosamente los huesudos contornos de Isaac.

—Está bien, está bien... —murmuró Wanda.

—Continúa muy despierto el viejo —comentó Davis cuando hubieron salido—. Sería feliz si pudiese subir una sola vez.

—Subir, subir —exclamó Antón—. ¡También me gustaría subir a mí! Pero sólo tenemos el Traje; ¿cómo podría subir en esas condiciones?, ¿con quién va a ir?. Y solamente a él no vamos a dejarlo.

—Sí, Antón, nadie habló de dejarle subir; está viejo para eso. Dije que le gustaría, simplemente.

—¡Claro que le gustaría! ¡Y a mí también! Pero no hay más que un traje —como solía ocurrir los pensamientos de Antón llegaron a un círculo cerrado del que nadie lograría sacarle.

Davis miró significativamente a José—. Y a cualquiera le gustaría... Pero ¿con quién va a ir? ¿Con quién? —añadió en voz muy alta.

—Antón —Davis se acercó a él confidencialmente—, ¿por qué no tratas de pensar si una nova puede ser dorada? Esta noche tal vez sea necesario que estés *totalmente* seguro.

—¡Sí!

Los ojos de Antón se abrieron mucho y mostraron su completo acuerdo con Davis. Se retiró a un rincón y se sentó en cuclillas, mirando a la pared.

—No se moverá hasta que se haga de noche —dijo Davis sonriendo—; es un buen chico.

—Por eso hemos de pasar todos...

—Davis cacheteó a José en la espalda.

—Mashia tiene razón: ¡estás hecho un pesimista! Desde que hablaste con la muchacha tu conversación ha dejado de ser... agradable.

—Me he dado cuenta... y lo siento; sobre todo por ella. No tengo derecho a atormentarla día y noche... No sé qué hacer.

—¿Por qué no piensas en algo alegre? Por ejemplo... cualquier cosa... la Tierra que tú pudiste ver... o los *bombones*, algo que solamente tienes tú.

—No me causa alegría. Prefiero leer, aunque me sé todo de memoria.

—¿Has pensado pedir más libros?

—No valdría de nada, ya lo sabes. Nuestras peticiones nunca han sido atendidas... a no ser que se trate de alguna pieza indispensable para la Nave, o algo así. No iban a atenderme *a mí* —apagó el pitillo aplastándolo contra el metal del cajón—. Arriba estuve hablando como un tonto y oyendo como ella me hablaba. Pude haber hecho algo más provechoso.

—¿Qué?

—Decirle que me enviase libros, en lugar de estos... *bombones*.

—En una situación como aquélla nadie puede pensar con claridad; le salvaste la vida, eso es lo más importante.

—No le valdrá de nada...

—¿Cómo dices?

—Oh, poca cosa. Pensaba en alto, no me hagas caso —José sonrió—. Veo que sigues preocupándote por mí.

Los ojos de Davis hicieron un torpe guiño.

—No tiene importancia. No me cuesta trabajo.

—Te lo agradezco de todas maneras —se apretó un ibas sienes, con las manos abiertas—. Lo curioso es que, por nuestra edad, casi puedes ser hijo mío.

Los dos hombres callaron y establecieron una comparación entre la tragedia de cada uno, casi paralelas: Davis no pudo casarse; al nacer él no existía en la Colonia ni una sola hembra soltera y la primera nació al cumplir los treinta años; José no había podido tener hijos...

La voz de Antón hizo que los dos mirasen hacia él. Se estaba levantando, al tiempo que murmuraba con gran convencimiento:

—Definitivamente: no y no. Una nova *jamás* puede ser dorada... Ni una supernova ni una supergigante. No existen estrellas doradas. Lo que Wanda dice haber visto no era una estrella, ¿habéis oído? —concluyó al lado de los dos hombres —: Definitivamente, no era una estrella.

—¿Qué era entonces? —le preguntó José.

—Cualquier cosa... *Todo*, menos una estrella.

La puerta se abrió y George, desde fuera, les dijo que saliesen; el desierto estaba en sombras.

—¡El tiempo ha volado! —exclamó Davis.

Fuera del almacén varias personas rodeaban a Wanda e Isaac.

—¡Antón —llamaron—, ven de una vez!

—Ya voy... —Anduvo más deprisa, cojeando y arrastrando los pies—. ¡Ya estoy aquí!

—Aquél era el sitio —dijo Wanda.

Apoyó una barra de metal sobre un hombro de Isaac y la mantuvo firme con las manos. Antón se agachó y miró a lo largo del listón.

Sin dudar, emitió su juicio.

—Es *Hydra*, estoy seguro. Debe tener diecisiete estrellas, aunque yo sólo puedo ver las cinco más brillantes... Pero es *Hydra*.

—Bien, yo lo sabéis —dijo Isaac—: si alguien ve alguna cosa extraña en ese lugar del cielo, que toque la campana. Y tú, Antón, no vayas a olvidarlo: *Hydra*, nova dorada o lo que sea... Dinos cualquier cosa que recuerdes.

—Una nova no puede ser dorada, definitivamente... Ni una supernova ni una supergigante. No hay estrellas doradas: lo que Wanda vio no era una estrella... ¿Habéis oído?; no era una estrella.

—¿Y no recuerdas nada más?

—No era una estrella —contestó Antón—. Pero pensaré en otra cosa... Tal vez recuerde...

—Tal vez —repitió alguien.

Se fueron a casa. El frío comenzaba a ser desagradable y pronto sería peligroso.

—Hasta mañana —se dijeron.

José y Mashia tomaron para cenar las dosis correspondientes de alimentos concentrados, y dos bulbos de *fissen* que Davis les regaló; de postre bebieron dos tazas de café caliente.

—Nunca me gustó el *fissen*, pero hasta tiene buen sabor cuando no se dispone de otra cosa.

—No sé qué le pasa al huerto: todo lo que he trasplantado se seca. Debe ser la arena. Esta mañana anduve un par de kilómetros y traje un saco, cavándola a más de un metro del suelo, pero es tan estéril como la que más.

—No debes alejarte para traer arena. Puedes verte en apuros.

—Era poco más de un kilómetro... Además, me acompañó Pedro.

—De poca ayuda iba a servirte; es un niño.

—Como quieras, José —suspiró—. No volveré a salir por arena.

José la miró molesto.

—Ya sabes que lo digo por ti.

Mashia no contestó y los dos bebieron café. Después Mashia lavó los platos y las tazas; José, una vez secos, los fue guardando en la alacena.

—Voy a leer un poco.

—¿Kuprin?

—No. Cervantes.

—Te lo traeré.

Mashia salió y regresó con el libro, que dejó sobre la mesa.

—Hace mucho que no lees en voz alta.

—Es cierto; me canso ahora: cuesta trabajo hacerlo, nunca lo había notado.

—Me he dado cuenta que sufres cada vez que coges un libro, ¿lo sabías tú?

—Sí, es cierto. A pesar de todo me gusta. Fabrico mis propias fantasías y puedo soñar con los ojos abiertos... ¿Nunca has probado tú?

—No sabría... Además creo que es peor. Prefiero ver las cosas como son, pero no me atormento si la realidad es mala.

—En eso nunca estaremos de acuerdo... Pero no importa, Mashia; siempre fuiste buena conmigo.

Mashia le miró, extrañada.

—¿Fuiste?

—No... Quise decir «eres».

—Continúas estando triste.

—Sí.

—Porque piensas en ella.

—Sí.

Dejó pasar unos momentos antes de hacer la pregunta.

—¿Por qué los engañaste?

—Lo había pensado durante las cuatro noches del *assiúm*... Hasta el último instante no me decidí. El cambio hubiera sido muy brusco y el engaño fue mejor para todos... Hasta me habrían tomado por mentiroso o por loco —pasó la mano por la superficie de la mesa, acariciándola—. Parece increíble que sea yo, en toda la Colonia, quien únicamente sepa cómo son *ellos*.

—Tienes más motivos que cualquiera.

—Sí. El haber estado en la Tierra, el haber hablado con ella... incluso el haber leído libros... bueno, sólo dos libros. Es suficiente. Y aquí, casi todos pueden leer... ¿Sabes por qué no lo hacen? —contestó él mismo a su pregunta—: es el subconsciente; tienen miedo a enterarse de cosas que jamás querrían saber, tienen miedo de admitir claramente cómo los hombres han cambiado... Hacen lo del avestruz.

—¿Qué es *avestruz*?

—Un animal inferior que vive... o vivía, en las selvas. Contaban que cuando se veían frente a algún peligro insuperable hacían un hoyo en el suelo y allí escondían la cabeza: el peligro se esfumaba acto seguido... Eso creían.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre. A él se lo contaría el suyo... y así. No puedo estar seguro ni de que el nombre fuese avestruz, pero la comparación puede servir.

—Y ellos son *avestruces*.

—Sí, es lo que pienso. ¿Te has fijado que nunca nos hemos preguntado qué pasará si se olvidasen de nosotros?... Ya lo sabemos: morir de hambre, pero todos creen que esta situación se prolongará eternamente.

—Dura quinientos años.

—Es nueva para los que van naciendo, completamente nueva; deberían pensarlo... alguna vez...

—Cada año se reciben más *tarjetas*, cada año hay más accidentes, ¿no crees que tus temores son vanos?

José repiqueteó los dedos sobre la mesa antes de Contestar.

—Eso sí es cierto. Estaremos en cuarentena hasta el fin del mundo. Nuestro trabajo les compensará de alguna forma, si no...

—Nos habrían abandonado.

—Puedes estar segura.

Mashia replicó con ardor:

—¡Ella se acordó de ti!

—¿Tú crees? —las palabras de José fueron ácidas—. Eres demasiado buena...

Supongo que te refieres a los bombones. Me decía en la carta que los tomase cuando estuviese arriba... Y podría haberlo hecho, desde luego: quizá la Nave reventara, pero yo *habría estado* en Betelgeuse... He quemado el paquete. Los *bombones* estaban saturados de *droga etérea*.

Mashia no supo contestar. Contempló como José abría el *Quijote* y leía en sus gastadas páginas.

Le pareció más viejo... más viejo que nunca. Por primera vez se dio cuenta que el mundo de él era *diferente*.

* * *

La Nave de Oro que penetró en la Vía Láctea por el extremo opuesto al lugar donde giraba el Sistema Solar, al segundo siguiente estaba a un millón de kilómetros de la Tierra, invisible, atravesando el espacio lentamente. Tenía más de trescientos metros de longitud y no podía ser comparada a ninguna de las que se fabricaban en la Tierra. No por su tamaño: las naves insignia que formaban parte de las expediciones a Júpiter y Saturno superaban también los trescientos metros y su contorno era sensiblemente mayor. El color dorado, sus admirables proporciones, el noble diseño de su estructura... un millón de pequeños detalles que hablaban por sí solos hacían ridículo cualquier intento de comparación.

Se materializó nuevamente a sólo mil kilómetros, y al punto fue captada por los ojos de vidrio y metal que existían en el planeta.

Acto seguido comenzaron los avisos por radio, llamadas y mensajes repetidos que no fueron contestados. Los hombres se llenaron de desconcierto y, muy pronto, de temor...

Cien mil proyectiles apuntaban al cielo desde que la Nave de Oro fue detectada; aguardaban su momento, que pronto llegaría.

Fue lanzado un ultimátum y, en seguida, otro muy urgente. De la nave no fue devuelto ningún acuse, ninguna señal que indicara haber captado los repetidos avisos.

Los cien mil proyectiles atronaron la atmósfera y la onda de sonido fue percibida claramente desde las ciudades subterráneas. Un billón de corazones parecieron detenerse a la par, durante tres segundos: esperaban que la Nave de Oro se volatizara, desapareciera cuanto antes; les molestaba tan próxima a la Tierra y todos coincidieron en ver algo en su estructura... algo extraño que les inquietaba.

Los cien mil proyectiles preñados de megatonas, de cabezas explosivas de muerte, reventaron en el punto previsto, exacto, idóneo. La luz de un nuevo sol brilló sobre el planeta y cuando las nubes atómicas se disiparon, la Nave de Oro continuaba allí, inmóvil, riéndose de los hombres.

* * *

Las semanas siguientes fueron de prueba para los limpiacielos; nunca se habían

recibido tal número de *tarjetas* y tan seguidas unas de otras. La Nave estuvo continuamente en el espacio y, después de dos meses, hubieron de pedir urgentemente el envío de combustible: muchos de los accidentes habían tenido lugar en puntos sensiblemente alejados, y era necesario someter a los cohetes a fuertes aceleraciones y frenados, con lo que se quemaba gran cantidad de propulsante.

En la Colonia presentían que algo anormal estaba ocurriendo en la Tierra, aunque no podían tener seguridad en ninguna de las posibles causas sobre las que hablaron; ni rechazaron la posibilidad de una guerra hasta que, más tarde, hubieron de admitir lo absurdo de esta situación: hacía más de mil años que había dejado de existir.

—Será una mala racha —dijeron.

Uno de estos días, cuando acababa de amanecer, los que estaban despiertos oyeron en el cielo el trueno de la Nave; los que aún dormían, o descansaban en la cama, se levantaron, y toda la Colonia salió al desierto.

Algo iba mal arriba: el sonido discontinuo hablaba claramente. Los pilotos, que habían conservado la Nave durante quinientos años como una preciosa reliquia y más por intuición que por conocimientos técnicos rigurosamente estudiados la habían mantenido siempre a punto, no dudaron en catalogar como «muy grave» la avería.

Arriba estaba Davis desde hacía una semana: dos pequeños cohetes se habían estrellado contra Icaro y el planetoide se encontraba, cuando se recibió la *tarjeta*, a más de veinte millones de kilómetros de i Marte.

Ahora estaba de vuelta. La Nave había entrado y salido repetidas veces de la atmósfera marciana, sin decidirse a bajar o sin poder hacerlo.

—¡Le fallan los cohetes! —chilló Isaac cuando vio a José—. Antes pude verla... Se encendían y se apagaban... Ahora debe de estar en órbita. ¡Y menos mal que pudo conseguir varias elipses de frenaje! Los motores han debido estropearse mucho antes...

Escrutaban el cielo con las miradas llenas de avidez, pero no pudieron ver a la Nave.

Mientras duraba el viaje de Davis habían llegado cinco avisos más, que serían resueltos de un solo viaje si descendía pronto; en la última *tarjeta* se anunciaba también el envío urgente de cien toneladas de combustible líquido.

—Ahora la Nave falla —comentó José—: cuando más trabajo tenemos.

—Si Davis no consigue arreglar la avería tendrán que enviarnos algo... un mecánico u otra nave.

—O en el cielo florecerán cadáveres... No es nada alegre.

—¡Allí... Allí!

Los dos hombres interrumpieron su conversación; alguien voceaba cerca de ellos, señalando hacia arriba con el brazo estirado, y preso de gran nerviosismo.

—¡Está allí! —repitió— ¡La he visto brillar!

A los pocos segundos les llegó el sonido. Descendía, por fin, con los cohetes rugiendo atronadoramente.

—¿No lo ves tú, José? —preguntó Isaac alarmado.

—¿Ver qué?...

—Humo... está saliendo humo. ¡La Nave está ardiendo!

—¿Por qué no habrá esperado?

Nadie contestó la pregunta de José.

Cuando la separaban cinco kilómetros del desierto el humo podía distinguirse sin dificultad en una estela blanca y resplandeciente.

—¡Desciende a demasiada velocidad! ¡Se va a estrellar! —gritó alguien.

A unos tres kilómetros la Nave coleteó: dos nudos de humo blanco rompieron la monotonía de la estela infinita... Un poco más abajo, con un estampido inútil, el fuego de los cohetes hizo decrecer la velocidad. Después se apagaron y la Nave se incendió. Las llamas lamieron furiosamente la pintura roja y cuando reventó al chocar contra el desierto era una inmensa hola ardiente que despidió en mil direcciones un incalculable número de partículas ígneas.

A esta explosión siguió otra más pequeña que puso punto final a la tragedia; el suelo dejó de temblar y los restos se apagaron entre débiles llamas y humo negro.

Davis y la Nave se habían perdido para siempre.

El calor disminuyó muy lentamente. Fue por la tarde cuando pudieron verlos de cerca, sentirlos bajo sus pies, buscar, inútilmente, algún despojo capaz de ser reconocido. Trozos de hierro fueron hallados a gran distancia del choque y fueron traídos y depositados sobre él gran circo de ennegrecida arena.

El irreparable accidente fue el primero que los colonos habían sufrido. Después de casi quinientos años llegaron a creer conscientemente, aunque nunca lo dijeran, en la vida eterna de la Nave. Era sin duda el mayor, el principal símbolo de cuantos habían forjado; no podían verse a sí mismos sin ver a la Nave, y era lo único que representaba el porvenir, la seguridad en el futuro. Con ella vivirían; sin ella no.

Sólo durante los primeros años de destierro se había pensado en la posibilidad de un accidente: si la Nave desaparecía, ¿qué iban a hacer?

El tiempo pasó y la Nave continuó existiendo. Ninguna cosa pudo ser tratada con más cariño en Marte; hasta que llegó a convertirse en parte integrante de ellos mismos, objeto mimado y cuidado por todas las generaciones que habían pasado por la Colonia. Lo único que pudo ser transmitido con absoluta fidelidad fue el conocimiento total de sus partes, de su interior sin vida que, cada vez que despegaba del desierto revivía. Cualquier limpiacielos era el técnico ideal del anticuado armatoste; y los viejos —los que ya nunca podrían salir al espacio—, y los niños —los que aún deberían ver muchos soles rojos hasta poder hacerlo—, recordaban con tristeza o aprendían con inquietud el complejo metabolismo de su enorme cuerpo vivo, sin vida.

La tarjeta fue enviada la misma noche de la tragedia y recibió una pronta e inesperada contestación a la mañana siguiente. Había llegado durante la noche v

reposaba tranquilamente en la cuadrada caja del receptor, instalado en el almacén.

Las noticias que llegaban desde la Tierra decían así:

«Lamentamos accidente. La expedición con destino a Saturno salida de la Tierra hace tres días, desviará su ruta y os hará entrega de un nuevo cohete con motor atómico, equipado con tres trajes de vacío y un transmisor de *tarjetas*.

»Este modelo de cohete es mucho más simple en su manejo que vuestra antigua nave. No obstante resolveremos desde aquí cualquier improbable duda que pueda surgir.

»También os enviamos pistolas con pintura rojo-luminosa. No salgáis al espacio sin que se os pueda distinguir desde lejos.

»El cohete descenderá en la cancha con piloto automático.

»Las últimas *tarjetas* enviadas deberán ser atendidas inmediatamente.

»El suministro de oxígeno está regulado debidamente y combinado con nitrógeno en la correcta proporción.

»Os enviaremos nuevas órdenes que cumpliréis punto por punto».

Isaac introdujo la *tarjeta* en la ranura del receptor, que borraría el mensaje, quedando así dispuesta para la recepción del siguiente.

—Algo les pasa. ¿Cómo si no han contestado tan deprisa?

—¿Qué habrán querido decir con lo de «nuevas órdenes»?

—Ahora podremos subir tres al tiempo. La ola de accidentes ha aumentado... De cualquier forma será más divertido.

—¿Cuándo llegará el cohete? ¿Sabremos manejarlo?

En el almacén todos hacían preguntas que nadie podía responder; en sus rostros se observaba claramente la falta de sueño... Algunos habían llorado toda la noche.

—Aunque sea una maravilla —, dijo Isaac—, no será *La Nave*...

Wanda, a su lado, le acarició la nuca.

—Calla. Los que suban tendrán compañía... Tú mismo podrás subir alguna vez. Y los viajes serán más cómodos.

—Pero no será la Nave —insistió—. *Ella* formaba parte de nosotros.

Antón, en cuclillas junto a la puerta, dio una gran voz:

—¡Nada será igual! ¡La Nave ha muerto!... ¡Marte entero morirá!

Le mandaron callar desde varios lugares.

—¡Toda la noche has repetido lo mismo, Antón! . ¿No te cansa?

Por toda respuesta, colocó las palmas abiertas en sus oídos y miró el reflejo que la luz despedía en las chapas metálicas del suelo.

No se dijeron muchas cosas más.

Durante el resto del día los hombres, las mujeres y los niños anduvieron por el desierto. Miraban al cielo, en silencio.

La Nave de Oro se mantuvo inmóvil durante varios días a cincuenta kilómetros de la Tierra. La acompañaba en su lenta traslación; pero no se movió ni un milímetro en torno a la órbita del planeta, y astrónomos, y técnicos terrestres malgastaron horas de sueño intentando resolver el problema.

El principal, sin embargo, no dejaba de ocupar su atención: no podía existir *nada* inexpugnable, era imposible que la coraza de la nave resistiese todo tipo de fuerza destructora... debería existir un punto débil que habrían de hallar a toda costa.

Estaba admitida su procedencia extraplanetaria y fueron consecuentes al pensar que «a extraña procedencia, extraños medios de ataque». No desesperaron al buscar un arma lo suficientemente potente, lo suficientemente ingeniosa que la haría saltar en pedazos: pólvora, dinamita, T.N.T., algodón pólvora, latas de *napalm*... Y un olvidado ingenio tras otro fueron como los sustitutos de inofensivos cohetes de verbena.

Las intenciones de los seres que tripulaban la nave eran oscuras, quizá siniestras, probablemente bélicas. Los hombres encontraron la prueba que necesitaban en la negativa a comunicarse con la Tierra, porque era de suponer que una nave interestelar no carecería de medios para captar sus llamadas y responder a las mismas. Por tal, debería ser destruida a toda costa, urgentemente. Y los apergaminados hombres de ciencia desempolvaron antiguos secretos, tácticas ancestrales, irrisorios métodos de ataque, en la seguridad de que alguno de ellos serviría.

Pasados treinta días, se rindieron. Nada podían hacer, porque lo habían hecho *todo*.

La nave seguía inmóvil, allá arriba.

Abajo, los hombres desesperaban.

Hubieron de utilizar para no enloquecer su único recurso disponible: aceptar la presencia de su nuevo acompañante.

Tardaron más de diez horas en inspeccionar el nuevo cohete. Para un limpiacielos aquello era un sueño. Más que un sueño, porque ninguno pudo haber soñado con tanta perfección.

Cuando se detuvo suavemente en el justo centro de la cancha, alguien dijo: «¡Es limpia!». Y lo era: *olía* a nada: el exterior dejaba ver un interior aséptico, una maravilla de calculada limpieza, un brillo en el metal que hablaba de los esfuerzos conjuntos de un billón de seres, de toda una raza de hombres.

Tardaron en acercarse a ella... Desde que la vieron y descendió fue *ella*; en la Tierra podía ser un cohete; para los limpiacielos sería su segunda Nave... Bajó con la escalerilla desplegada y, en su nacimiento, una pequeña puerta abierta que invitaba irresistiblemente. Ahora estaban dentro: Isaac, José, George, Wanda... toda la Colonia. Cabían holgadamente en el interior; y contemplaban los metales brillantes, las mil palanquitas de colores, las tres confortables colchonetas, los visores, pantallas, mamparos... todo un mundo mágico que les llegaba del cielo.

Más de uno pensó en la querida Nave desaparecida, pero el triste pensamiento fue

ocultado sin esfuerzo. Sólo se oían exclamaciones de incredulidad, una tras otra, a medida que iban descubriendo las diferentes partes del ingenio perfecto.

En el recinto destinado al transporte del equipo, un tercio más pequeño que el de la Nave, los limpiacielos verificaban el material, llenos de admiración.

—Vamos a trabajar muy a gusto —dijo George palmeando el «turbo»—. Fijaos en estos alambres: son como hilos de niebla... Y los reflectores... y las boyas... Todo es más pequeño y manejable.

—Y presumiblemente más perfecto —añadió Isaac.

El material que blindaba la pila atómica parecía de vidrio, pues era transparente; sus paredes tenían pocos centímetros de espesor y el peso habría de ser muy bajo.

—Lo habrán encontrado en Júpiter o Saturno —afirmó José—: en la Tierra no existe nada tan liviano que pueda servir de blindaje... La *mass ratio* ha de ser increíblemente alta.

—No habremos de repostar hasta dentro de mil años —contestó George, sonriendo—. ¡Es un alivio!

Los niños, quince en total, que jugaban en las mullidas colchonetas, terminaron sus juegos.

Todos bajaron al Desierto poco antes del anochecer. Al día siguiente la pintarían de rojo-luminoso y saldrían al espacio para atender los avisos que se habían acumulado en el receptor.

* * *

Apagó la luz del dormitorio y contestó a la pregunta de Mashia:

—No importa que se hayan desperdigado: el detector de objetos nos indicará el lugar... Además está el «turbo»; parece muy rápido. De todas formas los restos no deben de haberse alejado mucho.

—¿Qué es lo mejor para ti?

José tardó algunos segundos en responder:

—Creo que los trajes. Tendremos compañía cuando estemos arriba. El trabajo será más agradable.

—Todo esto dejará un recuerdo en nuestra historia, ¿verdad?

—No estoy seguro. Pienso que, incluso la Nave, se olvidará pronto. Los limpiacielos carecen de historia, y en Marte tampoco existe. Estamos solos y no sabemos nada.

—Tú dices que en la Tierra también están solos.

—Sí —José cogió la mano de Mashia—. Solos. Pero pueden hacerse la ilusión de que no lo están.

—¿Preferirías eso?

—Desde luego que no, nunca dije tal cosa... —iba a añadir algo más pero guardó silencio.

—Si no hubiera aparecido la peste, todo habría transcurrido de otra forma...

—No de otra forma, porque las cosas exteriores no cambian a los hombres, no tienen... fuerza. Son así porque ellos quieren, nada más.

—No lo entiendo, José.

—No importa... Anda, vamos a dormir.

—Por favor —exclamó— no sueltes mi mano.

—Bueno...

Inevitablemente, José tuvo pesadillas.

Esta vez soñó con Twe y con la vuelta a la vida de Mashia.

En la Tierra habrían creado una nueva especialidad: la cirugía cibernética. Pero Twe nació en la Colonia y durante los treinta años que vivió hubo de contentarse con pensar en las mil posibilidades que en la Tierra pudo haber encontrado; y aunque en la Colonia las enfermedades eran muy raras, remedió pequeñas heridas, huesos fracturados y dio forma mental a futuros proyectos que jamás pudo realizar.

El mismo año de su muerte encontró su única oportunidad. Tendría que aprovecharla bien... Solicitó el permiso de José y se encerró en su casa con el inerte cuerpo de Mashia, cuyo corazón había dejado de latir.

No salió al desierto hasta después de cuarenta y ocho horas, dos días de vigilia y de trabajo sin descanso.

Con andar inseguro llegó hasta José y le dijo: «Tu mujer está viva».

Después se alejó de la Colonia, muy despacio, hasta perderse en el desierto.

Por la noche no regresó. Todos sabían que ya no regresaría...

Sus instrumentos fueron guardados en un cajón y recogidos en el almacén: esperarían allí hasta que alguien los reclamase para trabajar con ellos, o para estudiarlos: alambres espirales, diminutas pinzas, trocitos de goma, agujas que parecían invisibles, cuchillas, baterías, tornillos y tuercas y un sinnúmero de accesorios inexplicables.

... Mashia, de pie, miraba al desierto: al lugar por donde Twe se había marchado. Cuando José entró en la rasa, Mashia se volvió muy lentamente.

Le sonrió; una sonrisa que José no conocía.

—Tú eres José.

Tampoco era su voz.

Le mostró en la palma de la mano un trocito de metal brillante.

—Estaba en la cabeza. La del pecho descansa en algún lugar del desierto. Ellos me lo hicieron, ¿te acuerdas? Ellos me mataron. Pero Twe pudo más que la muerte.

—Tu voz, Mashia... tu voz... ¿Qué le pasa?

—Nada. Él me dijo que cambiaría. Él ha cambiado muchas cosas en mí. Ya no necesito comer: no tengo estómago... Y mi cabeza tampoco es igual. Pero estoy viva; él me dijo que no te asustaras inútilmente. Sólo debes cuidar de cambiar mis baterías, porque duran poco más de un mes. Las tengo aquí, en la espalda ¿sabes?

Son mi alimento. Por las noches has de mover los botones..., también están aquí, en la espalda... Llegará menos energía al cerebro y podré descansar por la noche.

Tenía la espalda apoyada junto a la ventana. Hablaba muy despacio, casi con cuidado, y no parecía reparar en el horror con que José la miraba.

—Mashia... deja de sonreír... ¡Mashia!

Se acercó a ella y pasó los dedos por su cara. Tan poco Mashia pudo notar el temblor que estremecía los dedos de José, ni las lágrimas en sus ojos, ni el sudor que formaba gotitas en la frente, ni otras muchas cosas, que sólo más tarde podría distinguir.

—Estoy contenta porque he vuelto. Tú también, ¿no es cierto?

El rostro de José pareció avejentarse cien años, coloreado por el sol eternamente rojo.

Torpemente condujo a Mashia, del brazo, hasta su casa.

... Fueron muchos, muchos, muchos días y noches intentando comprender algo... sin saber...

—¿Eres tú, Mashia?

Y todo estaba cada vez más oscuro.

¡Si Tve no hubiese muerto!

—Soy yo, José, ¿no me reconoces? Estoy viva... ¡he vuelto!

—No Mashia, no puedo saber si eres tú... no podré saberlo nunca...

... Pero, al pasar los días, todo pareció menos extraño. José no investigó más, dejó de atormentarse... estuvo a un paso de quitarse la vida cuando ella le dijo...

—Es lo que de verdad siento. Somos jóvenes... y no podré darte ningún hijo. Tve me lo dijo también, lo recuerdo ahora. Es muy triste.

Una voz sin sombras intervino en sus sueños:

—¿Te acuerdas, José? Tenías veintinueve años y Mashia tenía dieciocho... ibais a ser felices, ibais a llmicr hijos... hijos... hijos... Pero ella, ¿qué fue desde entonces? ... Una muerta viva... una muerta viva... ¿Por qué no la mataste?

José dio un grito y despertó. Tenía todo el cuerpo mojado por ríos de sudor, que empapaban las revueltas sábanas.

Ella dormía tranquilamente, en silencio.

Se levantó y fue hasta la cocina tanteando las paredes, por miedo a despertarla si encendía alguna luz.

Faltaban dos horas para el amanecer. Hacía tiempo que no contemplaba uno. Hoy lo vería. Y decidió esperar, después, a sentir el «temblor».

Llenó un cacharro de agua y lo puso a calentar para hacer café.

** * **

Nave Dos abandonó la débil atmósfera marciana e inició la ruta parabólica que la pondría en contacto con los restos de seis colisiones; los limpiacielos hacinarían los

cadáveres, amontonarían los restos y conducirían todo al punto indicado. Allí, más tarde, sería icogido desde la Tierra.

El despegue había sido poco estruendoso y nada espectacular. Nave Dos era silenciosa, por fuera y por dentro, funcional, perfecta. Al pasar cien años tendría una historia; ahora no era más que un instrumento despersonalizado, digno de ser admirado únicamente por sus adelantos.

Enseguida estuvo a doscientos kilómetros del planeta, con la mitad de su cuerpo rojo-brillante expuestdl a la luz del sol, y con la otra mitad perfectamente invisible en el negro espacio. Cerca de ella se destacó durante unos segundos la inútil cisterna-satélite cargada con cien toneladas de combustible líquido que quizá alguna vez recogerían los de la Tierra.

La cisterna se perdió detrás de Marte y Nave Dos se convirtió en un punto rojo que muy pronto desapareció.

José, Isaac y George, después de abandonar la literas colocadas a ras del suelo —ocuparon sus puestos junto a los mandos, aunque Nave Dos podía ser conducida perfectamente por una sola persona. Pero frente a los paneles e instrumentos de gobierno había instalados tres sillones, confortables y sólidos, con vistas a una posible distribución de funciones.

Ni antes, en la Colonia, ni ahora en el espacio, pensaron en nombrar un jefe. Desconocían la palabra y qué representaba. Por eso cada cual se encargó, porcionalmente, de un trabajo distinto: George del rumbo, velocidad y posición; José tomó a su cargo las tres pantallas detectoras y verificadoras de refrigeración y control de oxígeno. Los ochenta años de Isaac solamente podían hacerle responsable del trabajo más fácil, por concesión más que por necesidad: si la pila se recalentaba por avería sonaría una alarma perceptible en toda la nave y se encendería un piloto de control; Isaac debería pulsar entonces un botón rojo para incrementar la refrigeración y regular automáticamente el funcionamiento de la pila. Un trabajo improbable por el que Isaac veía satisfecha su responsabilidad.

—Doce días de viaje y cubriremos tres veces la distancia que en el mismo tiempo habríamos recorrido con la Nave —afirmó George después de comprobar el rumbo y conectar el sistema automático de dirección—. En la Tierra son un poco tontos: de contar antes con este material les habríamos ahorrado un trabajo inmenso.

—No hace ni calor —Isaac estaba arrellanado en una de las colchonetas—; ¡y hasta apetece fumar! —José lanzó un cigarrillo que él atrapó al vuelo—. Gracias... Estuvo bien que nos mandasen un cajón a la Colonia.

—Cuando no tengas otra cosa podrás comer cigarrillos.

—Buena idea, George, pero saben amargos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y tosió varias veces.

—La... la falta de costumbre —explicó restregándose los ojos—. No me gusta fumar, ya lo sabéis; pero ahora tenía ganas... Ahora somos los reyes del espacio.

George y José también se levantaron. Miraron afuera por la redonda escotilla.

—¿No vienes? —le preguntaron a Isaac.

—Sí. Estaba preparándome. La ocasión es demasiado grande.

El viejo se acercó al amplio redondel y miró al espacio. George se dio cuenta que el cigarrillo le temblaba en la boca. Fuera, las estrellas infinitas se reflejaron en los ojos. Habían pasado más de veinte años desde que los contemplara bajo esta perspectiva.

—Es mi segundo bautismo de vacío —murmuró emocionado—. Gracias a *ellos*.

George y José se sonrieron imaginándose qué sentiría Isaac.

¡Bien, muchachos! —dijo al poco tiempo, dando un suspiro —No hay que emocionarse. Dentro de una hora llegaremos al primer punto.

—Y hay que estar descansado, *viejo*.

—¡Qué tonterías dices!... José, ¿has oído? Tú, *pequeño*, eres todavía un aprendiz de limpiacielos; José y yo somos los verdaderos fuertes.

—¿Sí?

—Sí. Y junto con Antón los que hemos realizado las tareas más penosas.

—Ta, ta, ta...

—Búrlate; demuestras tu ignorancia, jovencito Cuando tengas treinta años más y nosotros estemos muertos, sabrás qué es sentirse veterano... Aunque con Nave Dos habrá pocas cosas que tengan mérito...

—Es un consuelo.

—Y que no deberías olvidar —añadió José.

Los tres hombres gozaron, según pasaba el tiempo de las comodidades que su nuevo instrumento de trabajo poseía: era una casa volante que transformar los viajes en rutas de descanso; el porvenir, con el cielo al alcance de la mano, podía suponerse cuajado de salidas y por tanto asegurado. Tal vez de la Tierra les mandarían más cosas, tal vez se construirían nuevas viviendas, germinarían nuevos cultivos, dispondrían de agua abundante; tal vez...

El detector les avisó con su alarma acústica de proximidad de algún objeto, con lo que su conversación y sus pensamientos dieron fin. El cuerpo —una nave en el espacio o los restos de un accidente—, se hallaba a cinco mil kilómetros, distancia oportuna para cambiar de posición e iniciar el frenaje.

Los tres hombres ocuparon sus puestos, el motor atómico puso en funcionamiento los cohetes y Nave Dos comenzó a perder velocidad.

* * *

Los aviones que patrullaban en la región del espacio donde se hallaba detenida la Nave de Oro, dieron la alarma: estaba moviéndose. Desde la Tierra, los tubos de metal y vidrio apuntaron hacia ella, y los espectrógrafos, y los radiotelescopios; los dedos especializados se detuvieron a un milímetro de los botones, acariciando a veces su diminuta superficie, esperando, nerviosos, recibir la orden de fuego.

Pero la nave defraudó las esperanzas de tan prestos artilleros. La nave, en su movimiento, no fue nada espectacular: enfocó hacia la Tierra lo que debería ser su cola y, muy lentamente, comenzó a alejarse sin que ni los Hombres ni los instrumentos de los Hombres advirtiesen cualquier señal por la que deducir el tipo de propulsión empleada. No poseía toberas, ni expulsores iónicos, ni resquicios de escape.

Algunos cazas espaciales, pequeños y rápidos, remoloneaban a su alrededor pero manteniendo una prudente distancia. Dos o tres de ellos dispararon proyectiles vacío-vacío que se estrellaron anémicamente contra la dorada coraza, comprobándose una vez más que la nave estelar no se rodeaba con barreras protectoras: fue el propio metal dorado quien recibió siempre todos los impactos.

Su morro brillante eligió una determinada región del espacio. Sin dudar, un poco más de prisa, majestosamente, se dirigió a ese punto que los Hombres desconocían. Los cazas recibieron órdenes de continuar pegados a ella y mantener a la Tierra informada de las Variaciones en su rumbo. Detrás de este cortejo, a cien mil kilómetros, una potente flota terrestre los seguía y estaba prevenida; cada cinco horas partirían pilotos que se reemplazarían puntualmente en el cometido de informadores directos.

Y a quince millones de kilómetros, José, Isaac y George, los tres limpiacielos, habían terminado de juntar los restos del primer accidente, enviando aviso a la Tierra por medio del Emisor de *tarjetas*. Dentro de Nave Dos iniciaron de nuevo la ruta parabólica que los pondría en contacto con el segundo punto. Esta ruta, aunque ellos por ahora no lo sabían, coincidía en un punto determinado con el rumbo elegido por la Nave de Oro.

* * *

Se sintieron más amparados al poder comunicarse en el espacio; desde la Colonia les llegaban *tarjetas*, que ellos contestaban desde Nave Dos. Pero el procedimiento era frío, faltaba algo: el contacto directo de sus voces.

Habían recorrido sólo unos miles de kilómetros cuando aparecieron las anomalías. La primera consistió en una vibración muy leve, continua, que recorrió toda la nave. Los tres hombres dejaron de hablar.

—¿Qué es...?

Aumentó de intensidad por espacio de unos segundos para volver a su primitiva cadencia. José e Isaac se habían afianzado a los brazos de los sillones temiendo un vaivén capaz de lanzarlos al suelo; George atento, rígido, analizaba la vibración.

—Es como un hormigueo, como el suelo cuando tiembla por el *assíum* —murmuró—. Pero no sé...

Cada uno ocupaba su puesto frente a los mandos, con las correas de seguridad abrochadas.

La vibración fluctuó nuevamente, se hizo más molesta. De repente, desapareció.

—Todo normal —afirmó José comprobando las pantallas—. ¿Y vosotros?

—Lo mismo —contestaron.

—Parece que hemos entrado y salido de alguna especie de campo gravitatorio —dijo George—. ¿Qué pudo ser?

—¡No existe nada de eso!

—Es cierto, Isaac. Pero los efectos eran los mismos. En la Nave me ocurrió una vez algo parecido: mientras dormía coincidí con la órbita de un planetoide... No sé cuál sería, pero pasé muy cerca de él. Tanto que cuando desperté la Nave orbitaba plácidamente a su alrededor. Tampoco sé cuántas vueltas habría dado, pero el sistema automático funcionó a las mil maravillas: el pedrusco continuó su camino, separándose diagonalmente, y yo el mío. Bien..., lo que te decía es que el efecto es muy parecido.

—Pero no hay ningún planetoide...

—Eso es lo raro —intervino José :—. Y los controles de alarma no han funcionado.

—¡Es evidente que no pueden detectar la causa...!

—No te alarmes, *viejo* —bromeó George—. Si no avisaron es que carecía de peligro para Nave Dos y para nosotros... Tal vez nos llegó un suspiro del Universo.

—Un suspiro del Universo —refunfuñó Isaac—. ¡Qué tontería!

Iban a dar el asunto por terminado cuando la voz de George les sobresaltó:

—¡La velocidad aumenta! ¡Nos desviamos de las coordenadas!

—¡Pues corrígelo! —chilló Isaac.

—Es que no puedo... ¡Los cohetes delanteros responden! —George pulsaba los frenos frenéticamente—. Se han estropeado...

—Prueba con los laterales —le indicó José con tranquilidad—. Haz una inversión y con los de atrás será más fácil.

El ruido característico les indicó que el peque-cohete lateral había funcionado debidamente.

—Ya estamos.

Nave Dos había invertido el sentido de su posición. Los cohetes impulsores entrarían en funcionamiento frenándola rápidamente y en menos de media hora a velocidad sería cero. Pero los cohetes no funcionaron.

José pensó en una broma. Inmediatamente rechazó sus pensamientos: en la Tierra no bromeaban, y mentí con los limpiacielos.

—La pila atómica ha dejado de funcionar —las palabras de Isaac no extrañaron a nadie. Parecía inevitable—... pero nuestra velocidad aumenta, ¿no, George?

—Sí... Y no lo entiendo.

Hizo que los instrumentos calcularan la posición el rumbo; pulsó los botones que remitían la declinación y la ascensión recta, tomando como centro a Nave Dos, y en la pantalla verde aparecieron los ángulos. Una vez traducidos mostraron la respuesta.

Y aunque José e Isaac, pendientes de la pantalla, también lo habían visto, George lo expresó en voz alta:

—Hacia la Tierra. Vamos derechos a la Tierra. ¿Qué fuerza nos impulsa?

—¿Cómo podemos saberlo? No existe nada...

—¡Sí! —exclamó José—. Puede que haya *algo* que nos atraiga...

La Nave de Oro había aumentado ligeramente su velocidad. Los cazas, sin embargo, podían seguirla sin forzarse demasiado, transmitiendo continuamente a la Tierra, y la flota, a cien mil kilómetros, no perdía contacto ni con sus cazas ni con las estaciones de la Tierra.

Los pequeños aparatos de combate fueron, por su proximidad, los primeros en detectar el objeto que parecía dirigirse en línea recta hacia ellos; y fueron los primeros en distinguir, cuando estuvo a menos de veinticinco kilómetros, la nave roja de los limpiacielos.

Con gran sorpresa comunicaron a la Tierra su descubrimiento y, desde allí, como era de esperar, enviaron la tajante orden: destruir la nave.

Los proyectiles reventaron contra el casco cuando Nave Dos se hallaba pegada a la Nave de Oro estrechamente, como la rémora al tiburón. Estallaron más y más proyectiles. Los pequeños e inútiles cazas se retiraron, y desde la Nave Insignia se ordenó: granadas atómicas, missiles vacío-vacío, obuses espaciales... Todos juntos convirtieron el tranquilo negro perla del espacio en una muda y brillante luminaria en una verbena llena de contrastes, silenciosa, imponente.

La luz y las explosiones se calmaron. Todo volvió a descansar.

Los Hombres miraron el resultado de su ataque: las dos naves habían desaparecido.

III

FINAL

Faltaba muy poco para el amanecer. José y Mashia, despiertos desde hacía rato, estaban silenciosos. De vez en cuando, uno u otro, se removía entre las sábanas o suspiraba o carraspeaba en tono bajo. Por dentro, los dos sonreían. Toda la Colonia sonreía y vivía feliz, más que nunca, desde que Ellos llegaron y transformaron las cosas, de la más pequeña a la mayor. La Nave de Oro se había detenido a unos diez kilómetros del desierto... no, del bosque, y allí permaneció durante diez días. Hoy, el onceavo, continuaría en el mismo lugar, quieta, silenciosa. Todos en la Colonia (que ya no lo era) esperaban algo, un mensaje, un aviso, instrucciones... cualquier cosa. Porque estaban seguros que Ellos se comunicarían.

José oyó el canto de un gallo muy cerca de la casa. La ventana de la habitación estaba abierta y por el rectángulo se distinguían las estrellas, que pronto comenzarían a desaparecer una a una.

—¿Vamos, Mashia?

—Sí.

Ella se incorporó y José reguló los botones en su espalda, aumentando la fuerza de las baterías.

Se vistieron rápidamente, sin hablar, y salieron al exterior.

Era un amanecer de verano. El cielo estaba limpio,

sin una nube; encima de ellos era de color azul y en el horizonte, junto a los Montes de Pinos, amarillo. Por aquel lugar saldría el sol antes de un minuto. Ya no estaban las dispersas construcciones metálicas que componían la Colonia; en el mismo lugar existía un conjunto de viviendas multicolores que formaban un pequeño y alegre pueblo: casas de dos o tres pisos con corrales y graneros, calles limpias con sus lados cubiertos por las vallas de los jardines, árboles llenos de hojas, árboles pequeños, grandes y medianos, flores de colores creciendo en todas partes... El aire estaba cuajado de vidar los pájaros que habían despertado y con su canto parecían llamar al Sol urgiéndolo insistentemente a que inundase de luz todas las cosas.

—Va a amanecer en el Paraíso —murmuró José al oído de Mashia.

Habían llegado hasta una plaza redonda, con jardines de romero a los lados; desde ella se veían las montañas en el horizonte, a contraluz sobre el fondo amarillo del cielo. José rodeaba la cintura de Mashia y los dos, muy juntos, esperaban el momento del orto.

Un insecto pasó zumbando al lado de sus cabezas y, por un momento, los distrajo. En seguida se perdió entre los árboles.

—Es un moscardón.

—¿Por qué lo sabes?

—Los he visto de día —explicó Mashia—: son negros y llevan música en sus

alas.

—Recuerdo algo..., de pequeño mi padre cantaba una canción que le habían enseñado. Era... no sé... La he olvidado. Pero tienes razón: llevan música en sus alas.

Mashia levantó la cabeza al cielo.

—¿Así?

El cielo estaba azul, infinito.

—Así.

—No podías explicármelo, José, *nadie* puede explicar cómo es el cielo en un amanecer de verano. Ahora lo sé... lo he visto más de diez veces. Y mañana volveré a mirarlo, y mañana, y mañana... Habrán pasado mil mañanas y yo saldré a mirar y nunca me cansaré.

—Tienes en los ojos un poco de ese cielo.

—No pueden ser tan bellos.

—Para mí sí.

—Gracias, José. Eres bueno.

—Mashia...

—¿Qué?

—Te quiero...

Apretó contra el suyo el cuerpo mutilado de su mujer, el cuerpo que él *quería* por encima de todo. En este mismo punto el sol apareció a lo lejos: lo que les rodeaba volvió definitivamente a la vida, los pájaros volaron, los árboles, las calles y las casas tuvieron su color.

Y todo el pueblo, hasta los niños, estaban fuera, mirando al cielo, mirando al sol, mirando a la Nave de Oro que los contemplaba desde lo alto.

Ellos habían cambiado Marte.

Ellos...

Cuando Nave Dos aterrizó en la cancha de cemento y la Nave de Oro se quedó en el cielo, los tres limpiacielos vieron un mundo eternamente verde. Y azul, y blanco..., un mundo imposible. Pero habían sido Ellos. Les pareció extraño aceptar este cambio de la forma que lo habían hecho, casi con naturalidad; les pareció extraño conocer en el espacio de tiempo que va de un segundo a otro segundo, palabras que nunca habían aprendido, que nadie les había enseñado; palabras que tozaban lo mágico y lo dichoso: tierras para cultivar, ganado, ríos, colores... y que podían reunir en un vocablo cuyo significado hasta ahora no conocían: *vida*.

En los tres primeros días nadie durmió. Iban descubriendo maravilla tras maravilla, formando una lista de cosas nuevas que no terminaba; y la ilusión rompía mis corazones a cada descubrimiento, siempre más importante que el anterior.

Seguramente Ellos, desde la Nave de Oro, les sonreían.

Aquí, en el planeta-mas-verde-que-la-Tierra, el mundo se había convertido en un lugar de ensueño.

—¡Tenéis que despertarme! —chillaba Antón, llorando—. ¡Por favor, no quiero

soñar más...! ¡No con estas cosas!

Y Wanda, la mujer de Isaac, llorando también, le repetía que no era un sueño.

También George lloró, y hasta los niños lloraron ilo alegría.

Después vino la risa entre lágrimas, dando saltos de Contento.

Las despensas de la casa estaban llenas de comida, en los graneros no cabía una semilla más, y hasta los miiinales parecían nutridos en exceso. Todos supieron, «lu preguntar a nadie, cómo deberían cuidar el ganado, de qué forma hacer la siembra, cómo recolectar los frutos y abonar el campo... Supieron todas las cosas que deberían hacer para seguir adelante.

—José, José, ¿es como la Tierra?

—Es mil veces más bello que la Tierra —le confíalo—. Mil veces...

En el centro del pueblo estaba el enorme edificio lleno de libros.

—Ésta es la clave —dijo Isaac—. Aquí hemos de investigar para saber; aquí está todo lo que aún no| conocemos...

—Ya sabemos todo lo que acabas de decir —le contestó alguien—. *Todos lo sabemos.*

—¿Por qué? —preguntó Mashia.

—Es la Independencia: un mundo nuevo para unos Hombres nuevos.

—Pero nosotros somos viejos.

—Nosotros, sí... Los niños. Nacerán muchos más, y sabrán más cosas que nosotros, y los que vayan naciendo después sabrán más cosas aún. Es el ciclo de lal vida, un ciclo que empieza ahora. La Tierra ya está olvidada, lo mismo que el bacilo: han desaparecido.

—No seremos como ellos...

—¡No! —José tuvo un acceso de tos—. Nunca seremos como ellos... es la muerte. En Marte acabamos de nacer para la vida y tenemos que saber cuidar de este regalo.

José dejó de hablar. Su respiración era agitada, sonora.

—Nadie se ha preguntado de dónde vienen ni quiénes son.

—No tiene importancia eso —contestó José—; hafl venido y eso es todo. Wanda vio la primera señal de su presencia, ¿recuerdas? Y yo... Bueno, yo también la había presentido.

—No me dijiste nada.

José acarició la frente de Mashia. Afuera cantó ufl búho. En seguida otro, y otro, y otro... El canto monocorde era agradable.

—En la Tierra hablarían de matar todos los búhos. Aquí nos gustan.

Una lechuza silbó al cruzar por encima de la casa y, más cerca, se oyó un grillo.

—¿Por qué no me hablaste?

—No fue por nada, Mashia, de verdad; no quise ocultarte lo que pensé. Ahora creo que ni yo mismo supe de qué se trataba.

—Has hablado de un presentimiento.

—Pero tampoco lo sé... Quizá sea una tontería: cuando estaba arriba me parecía que las estrellas querían decirme algo y que yo no las comprendía, pero me preguntaba: «¿Cómo van a fijarse en un limpiacielos?».

—Ya ves que se han fijado.

—Sí. Y eran ellos quienes me hablaron... Porque Ellos vienen de las estrellas.

Oyeron las hojas de los árboles que murmuraban al viento.

—Los hombres de la Tierra nos han lanzado bombas y han chocado en la barrera con que Ellos nos protegen. ¿Qué pensarán los hombres?

—Los hombres ya no existen.

—Es verdad. Marte y la Tierra serán dos mundos muy próximos y tan lejanos como las estrellas. Nosotros, aquí; *ellos* en la Tierra... Todo es demasiado grande, José, hay cosas que no puedo entender.

—Ya las entenderás. Poco a poco. Tú también ayudarás a crear nuestro mundo, nuestra comunidad, en la que seremos todos iguales, como hasta ahora. Con los libros progresaremos rápidamente, pero nuestros corazones han de ser limpios, si no, se habrán equivocado.

—Ellos no se equivocarán, estoy segura.

—Y yo..., ¿sabes? Los he querido antes de ser conocerlos.

«Están ahí arriba», pensó José, esperando algo. «¿Es posible que...? No, sería demasiado hermoso...».

Pero durante la hora siguiente le dio vueltas y más vueltas.

Después se durmió. Soñó durante tres horas con el país donde Ellos vivían y, claramente, aparecieron en sus sueños una larga serie de imágenes que se superponían y se mezclaban.

—Quiero morir con vosotros. Ya no me queda mucho. Quiero veros... He sufrido en Marte toda una vida y ahora deseo otra cosa...

* * *

Cuando despertó estaba decidido. Lo haría hoy mismo, ahora mismo. Y se dio cuenta, sin dudarlo un momento, que el deseo existía antes de que la Nave de Oro apareciera, antes de conocerlos. Lo había deseado desde el mismo día que nació.

* * *

—Mashia —murmuró un poco antes de abandonar la casa—, a ti no te importará. Estás muerta desde que *ellos* te mataron... Y nunca, desde entonces, supe si realmente habías vuelto a la vida o era una ilusión. Ni supe qué eras... ¿mujer?, ¿máquina?, ¿una muerta viva? Es mejor para los dos. No sentirás que yo muera lejos, al contrario: te alegrarás porque sabes adonde voy... al mejor lugar del Universo. Aquí, ya estoy de más.

* * *

Nave Dos abandonó la atmósfera del Mundo Nuevo.

La noche era limpia, cálida, iluminada de estrellas.

Abajo, Mashia estaba muriéndose.

Me ha costado un esfuerzo infinito, José, pero lo he conseguido. Tve me dijo que podría hacerlo, poco a poco al principio, y que después se convertiría en algo habitual.

Yo no quise. Me parecía inmoral y cobarde y ni siquiera te lo conté. Ahora he visto que Tve también acertó en esto... Sugestión telepática, así se llama. Por eso te costó tan poco el decidirte; yo sabía que no podrías hacerlo; me quieres..., me querías a pesar de todo lo que me falta para ser mujer, para ser persona.

Y te ayudé: ya me has olvidado.

Antes fuiste José, el limpiacielos. Y ahora..., no, siempre..., José Quijano, El Bueno, como tu héroe imposible...

Ya te has ido, José. Con Ellos serás feliz...

Mashia dio una gran voz. El esfuerzo anterior había agotado las baterías de su espalda.

Mashia estaba muerta.

Nave Dos se había detenido muy cerca de la Nave de Oro. José, con el traje blanco brillando bajo la luz de los dos satélites, salió al espacio. Conectó hábilmente un cable magnético con el casco de la nave estelar, lo arrojó con fuerza y el cable se fijó.

—¡Ya estoy aquí, ya estoy aquí, amigos! —dijo en voz alta, aunque estaba seguro que Ellos lo sabían—. Podemos partir.

Hubo un chispazo de luz amarilla.

Una puerta circular empezó a abrirse en el casco, y José se sintió atraído hacia el interior.

Cuando penetraba, la Nave de Oro se hallaba muy cerca de las estrellas.

FIN

ASFALTO

ASFALTO fue galardonado en Montecarlos con dos premios: la «Ninfa de Oro», máximo galardón del certamen, y la «Paloma de Plata», premio especial de la U.N.D.A., cuyo Presidente, el conde de Zorzi, declaró al entregar dicho trofeo que había sido concedido por «su tesis de reivindicación de valor, fundamentalmente humano, del amor al prójimo, representado en este caso por una cruel alegoría de un mundo en el cual la solidaridad y la ayuda mutua entre los hombres parecen haber sido sustituidas por la indiferencia y el egocentrismo».

El intenso brillo del sol reverberaba en las calles y en las blancas fachadas de las casas; el hombre deambulaba, sudando, bajo el calor del verano.

—¡Dios, debe de hacer mil grados!

Debía andar, sin embargo; el médico le había dicho que cinco o seis kilómetros diarios, por lo menos. Era, quizá, la primera vez que lamentara la corta distancia entre su casa y el trabajo. Veía de vez en cuando algunas personas apresuradas que huían del calor de la calle, visiones fugaces que desaparecían por cualquier esquina. La goma del bastón y la guarda metálica de su pierna derecha, escayolada, establecían un ritmo de percusión, lleno también de calor y abotargamiento. El sombrero de esterilla le protegía, pero hacía bajar por su frente gotas de sudor que él enjugaba de vez en cuando, deteniéndose.

«Es un día agobiante..., un día de infierno», pensaba el hombre.

Después de haber recorrido algunas manzanas procurando mantenerse siempre al resguardo de la sombra, emprendió, como todos los días, el regreso a su casa.

Un perro sin collar, vulgar y feo, le asustó al salir inesperadamente de una esquina. Alargó el bastón para ahuyentarlo, y el perro cambió de dirección, cruzando la calle. A su vez, el hombre se dispuso a cruzarla. Miró a ambos lados, inútilmente, pues no pasaba ningún vehículo. Apoyó el bastón en el caliente asfalto y adelantó una pierna; pero el bastón permaneció rígido en el mismo punto y casi le hizo perder el equilibrio. El hombre juró entre dientes. Tiró de él. Estaba bien fijo en el reblandecido alquitrán. Bajó de la acera, sintiendo cómo la guarda metálica de la pierna se hundía también en la pastosa mezcla.

—¡Maldita sea, debo de ser imbécil! —dijo en voz alta.

Apoyándose en su pierna sana hizo presión con el pie. Pero el hierro se había clavado rígidamente y parecía no querer salir de allí. Se ayudó con las manos, tirando de la escayola y, a cada intento, la cara se le ponía más colorada; después se dio cuenta de que el zapato también se había hundido un poco, privando a la pierna sana de movimiento.

Comprendió que se había clavado en el asfalto, sin posibilidad de salir, a no ser que recibiese ayuda.

Miró a ambos lados de la calle, pero no pasaba nadie.

—Tendré que esperar...

* * *

Había transcurrido una hora y el hombre continuaba en su prisión.

La calle seguía solitaria. En una ocasión creyó ver a alguien; después comprobó que se trataba del fierro que él mismo había espantado momentos antes.

Había hecho algunos intentos para desasirse de la negra pasta, sin resultado. Ahora esperaba, simplemente. «Esto me pasa por estúpido —pensaba—; ¿quién me

manda pasear a *estas* horas?... Aunque la culpa no es mía..., el alquitrán no debería derretirse por mucho calor que haga. Por lo menos, no de esta forma». Pero, fuera como fuese, estaba allí encerrado y terna que salir.

Miró hacia sus pies. La guarda de hierro se había hundido más y la escayola rozaba el asfalto. La otra pierna también había descendido; el zapato comenzaba a desaparecer. El calor continuaba siendo insoportable y el sol brillaba con una intensidad aterradora. El hombre miraba de vez en cuando hacia las ventanas situadas a su alrededor, intentando ver a alguien que pudiera ayudarle. Pero las ventanas estaban cerradas. Descubrió nuevamente al perro, no muy lejos de él. El hombre silbó y el perro se detuvo, interesado; el hombre fijó sus ojos en los almendrados del animal, que le observaban atentos.

—Hola...

El perro, inesperadamente, dejó de prestarle atención y emprendiendo un trote corto desapareció, definitivamente, detrás de una esquina.

* * *

Eran las cuatro de la tarde. El asfalto pasaba seguramente por el momento de mayor recalentamiento. Los pies del hombre se habían hundido más y estaban casi enterrados. Por fin, después de otra media hora, vio a un hombre que se dirigía hacia él. Al descubrirlo, le llamó con todas sus fuerzas.

—¡Venga, por favor, venga! —le hizo señas con la mano—; ¡estoy prisionero en el asfalto; ayúdeme a salir, por favor!...

El otro se acercó despacio, mirando extrañado, como si no entendiese lo que le decían. Cuando estuvo más cerca, el hombre comprobó que se trataba de un viejo de unos setenta años, con el pelo gris y una barbita del mismo color. Sus ropas eran blancas y estaban muy usadas.

—¡Mire, mire lo que me ha pasado! ¡Me he quedado pegado en el alquitrán y no puedo moverme!... ¿Sería tan amable de echarme una mano?

—¿Una mano? Sí..., por supuesto. Pero no sé si podré. Estoy bastante débil, ¿sabe?... Pero ¿porqué no?

Se acercó a él y se colocó a su lado.

—¡Cuidado, no haga eso!... ¡Se pegará también!

—¿Pegarme? —contestó el viejo—; oh, no, no se preocupe, yo peso muy poco.

Debía de pesar muy poco, efectivamente; los huesos de la espalda se le clavaban en la chaqueta y sus pómulos sobresalían, rodeados de tirante pellejo.

—Vamos a ver... ¡Ah!, tiene una pierna escayolada. ¿Qué le parece si intento tirar de ella? Me parece que será la mejor forma.

Los dos tiraron del yeso. El cuerpo del anciano temblaba por el esfuerzo y la cara del hombre volvió a ponerse roja, pero la pierna no se elevó ni un milímetro.

—No..., no me parece que sea la mejor forma... —el viejo jadeaba—. ¿Sabe qué

voy a hacer?... Voy a ir a mi casa, y con la ayuda de mi nieto y una cuerda, probaremos de nuevo. Yo..., ya soy viejo... ¡Vivo aquí al lado y no tardaré ni cinco minutos!

El viejo se alejó con pasos apresurados.

«Qué tonto he sido en dejarle partir —pensó el hombre—, he debido decirle que avisase a casa».

Pasó el tiempo y el viejo no aparecía. El hombre pensó si se habría olvidado o si viviría más lejos. Desconfiaba que volviese cuando, a lo lejos, creyó verlo. Sí, debería ser él... Pero mucho antes de llegar, se dio cuenta de que el viejo había marchado en dirección contraria.

Las piernas, ahora, se le habían dormido y las plantas de los pies estaban llenas de hormigas.

—¡Es horrible estar aquí... esperando a alguien que no pasa!... —Fue en este momento cuando vio lo absurdo de su situación. ¡Clavado en el asfalto!... Era ridículo, una ridícula tontería—. Muy bien pudiera llamarme Mickey, Goofy o Tom...

* * *

El guardia apareció inopinadamente y el hombre lo vio, alto y fornido. Cuando estuvo a su lado comprobó que era bajo y no muy gallardo, con la cara en forma de pera y cicatrices de alguna enfermedad antigua. Le contó su caso atropelladamente y su necesidad de salir.

—A lo mejor si llamamos a los bomberos, lo sacarán en seguida —le dijo el guardia—. Está demasiado hundido en el asfalto para tirar de usted... Se rompería, ¿comprende? Creo que deberán cortar a su alrededor y extraerlo con todo el bloque y después quitárselo poco a poco..., o algo así. ¡Sí, señor!, voy a por los bomberos, ¿le parece?

—¡Sí..., sí! ¡Es una estupenda idea! Pero por favor, dese prisa... listo y molido...

—No se preocupe, no se preocupe. Estaré de vuelta en cinco minutos.

¡Cinco minutos! El mismo tiempo que el viejo... Claro, que un guardia no es un viejo cualquiera y los bomberos no se andan con chiquitas cuando se trata de salvar a alguien.

Pronto sonarían las sirenas...

* * *

Vio a los niños. Mantenía los ojos cerrados, agobiado por tanto calor y tanta espera. Al enterrarse los tobillos, los pantalones habían descubierto parte de la pierna y parte de la escayola. Los niños le miraban. Eran tres y se escondían; volvían a aparecer; le miraban fijamente, parados. Cuchicheaban entre ellos.

—¡Niños, venid!...

La niña desapareció para volver al momento con tres niñas más. El hombre oyó risitas contenidas y una exclamación de silencio. ¿Qué estarían haciendo? Ciertamente, el espectáculo de un hombre clavado en el asfalto, al lado de un bastón como una antena, no se veía todos los días. Pero los niños parecían mantener cierta precaución.

Uno de ellos, una niña de cinco o seis años, vestía sólo unas braguitas azules y la piel de todo su cuerpo estaba morena de sol. Era como un pequeño insecto marrón, con un lunar azul.

Por fin se paró. Todos se pararon. Habían llegado a un acuerdo con respecto al hombre.

En fila india se le acercaron, pegados a las casas, y se detuvieron a cierta distancia. Las palabras no le hicieron daño. En realidad no sintió rabia por su impotencia, ni odio contra los niños. Fue un desgarró interior que nunca había conocido.

—¡Estás-ahí-pegado-por-cabrón!

—¡Estás-ahí-pegado-por-cabrón!

—¡Estás-ahí-pegado...!

El hombre chilló:

—¡Fuera! ¡Fueraaaaa...!

El grito le salió sin proponérselo. Fue una especie de alarido con el que se produjo una catarsis liberadora que le tranquilizó. Incluso el sol ya no calentaba tanto y tampoco se dio cuenta de que se había hundido varios centímetros más.

* * *

Eran dos jóvenes de unos veinte años. Uno con una guitarra, el otro con unos libros.

El hombre los vio llegar hacia él. A unos quince metros lo descubrieron y se le acercaron.

—Señores, por favor... Vienen oportunamente. ¡Miren, miren qué me ha pasado! ¡Ayúdenme..., no puedo salir por mis propios medios! Podrían... ¿Podrían ayudarme?

Los dos jóvenes se miraron y volvieron a mirar al hombre.

—¿Queda muy lejos el circo? —dijo el de la guitarra.

El otro rió la broma, como una rata.

—No..., no me han entendido: estoy prisionero, ¡prisionero del asfalto! Se ha reblandecido por el calor y no puedo salir. ¿Querrían ayudarme?... Por favor, señores...

—Seguramente a Louis Armstrong o Duke Ellington se les ocurriría algo. ¿Por qué no pruebas?

—¡Sí!..., ¿porqué no?

—No se trata de ningún circo, de ninguna prueba; es la verdad. ¡No puedo moverme!... Dejen la guitarra, amigos, y ayúdenme...

—Deja los libros, tú.

El otro dejó los libros sobre el asfalto. El hombre, mecánicamente, leyó los títulos: *El Hombre ilustrado*, *El Jardín de Epicuro*, *Pensamientos de Pascal*, *Un Mundo Feliz*.

El de la guitarra apoyó un pie en el libro de arriba y rasgó las cuerdas. Un acorde en tono menor y, después, una séptima disminuida, que puso el contrapunto. La mano derecha estableció el ritmo. Un ritmo sincopado, duro. La mano izquierda recorría el mástil de la guitarra lentamente, con seguridad, introduciendo un prólogo machacante y repetido.

—No..., no me han entendido...

—Cállate, imbécil; ¿no ves que está tocando?

Los acordes eran ahora declamatorios, iniciadores de la improvisación. El joven cantó con voz de barítono:

*En el mundo no hay justicia:
este hombre se pegó...
... oh, oh, oh,
y se quedará pegado.
Si alguien pasa por su lado
de su facha se reirá
... ah, ah, ah,
y en asfalto morirá...
... ah, ah, ah.
¡Pobre hombre desgraciado!...*

—¡Pero, pero...!

—¡Calla, estúpido!

*¿Por qué no se acerca nadie?,
¿por qué nadie le hace caso?,
¿no veis su cara implorante?...*

La melodía crecía en ritmo, insistente, pesada. El joven tocaba y cantaba, con los ojos cerrados. Su compañero sonreía, admirado, sin mirar al hombre, como en éxtasis.

*... Se está muriendo.
Sólo reclama una ayuda...;
pero su color es negro.*

—¡Bravo, bravo..., bravo!

La música terminó con un gorgoteo agónico. Los jóvenes respiraron hondo. Recogieron los libros. El compositor recibió las felicitaciones del otro.

—¡Eres fenomenal!... Termínala y preséntala a un concurso. ¡Qué jazz, qué registro, qué patetismo!

Se alejaban.

El hombre les chilló:

—¡No..., no; no se vayan! ¡Esperen un momento!...

* * *

—Señor..., señor... ¿está bien?

Era una vieja, pero el hombre no podía oírla ni verla: se había quedado dormido. La vieja se acercó y le tocó en un brazo.

—¿Está bien, señor?

El hombre dio un respingo, despertando bruscamente. Miró fijamente a la vieja, sin un gesto en el sudoroso rostro, quieto. La vieja retrocedió, tropezando con el bordillo de la acera y estuvo a punto de caer. Huyó asustada.

No sabía cuánto tiempo había pasado antes que se durmiera, ni tampoco le interesaba. El asfalto le llegaba hasta las rodillas. En esta posición soportaba mucho mejor el peso de su propio cuerpo. Su lecho no estaba caliente, como era de esperar; el asfalto envolvía sus piernas suavemente, como una manta.

* * *

El gran coche negro se paró a su lado. El sol se estrellaba en la brillante carrocería y una polícroma bandera se alzaba orgullosamente en la aleta derecha. Dentro iba un ministro, el cual preguntó al hombre y al cual el hombre contestó.

—¡No puede ser! ¡Es increíble! El presupuesto para vías municipales fue suficientemente holgado como para que... como para que ocurran estas cosas... ¡Insólito, es insólito! Qué materiales... ¡Qué materiales habrán empleado!... ¡La Ley, señor mío, es la Ley!... Pero me van a oír, sí. ¡Me van a oír!

—¡Sí, excelentísimo señor!

—¡Desde luego que sí! ¡Vámonos!... Y usted no se preocupe. En seguida lo sacarán... lo sacará alguien... no se preocupe. Adiós.

Y el ministro, su coche y su chófer, se alejaron a gran velocidad.

* * *

—¡Pero cómo quiere que lo saque si está enterrado hasta la cintura! ¡Ni que fuese una levantadora de pesos!

—¡Pero puede llamar a alguien, avisar a alguien!... Tal vez a su marido.

—A mi marido... ¡ja! No digas gansadas, hombre; ¿es que tengo pinta de tener marido? ¡Y no pongas esa cara!, ni que te fueses a morir... Esto..., ¿quieres que te encienda un pitillo?

—No, gracias, es muy amable.

—Bueno, pichón, como quieras. Tú te lo pierdes. Adiós.

* * *

El hombre estaba llorando. Mantenía la barbilla hundida en el pecho y las lágrimas abrían limpios surcos en su rostro ennegrecido por el sudor y el polvo. Lloraba mansamente, casi en silencio. Su cuerpo se movía como el de un monigote. Los cabellos le caían hacia delante y estaban pegados a la frente.

Cuando advirtió las sombras y alzó los ojos, un chico y una chica le miraban, algo asustados. Ella tendría dieciséis años, el pelo rubio, los ojos inocentes; él no le llevaría mucha edad. Iban de la mano.

Los ojos del hombre pasaban de uno a otro, silenciosamente.

Los chicos miraban esos ojos tristes, sin comprenderlos bien, y se interrogaban a su vez. Pero no ignoraban la angustia del hombre, su imagen era bien expresiva.

—¿Podemos?... Tenemos prisa...

—Sí, podéis. Sólo..., solamente quiero salir de aquí. Llevo más de seis horas enterrado y nadie... Quiero salir, ¿entendéis? ¡Salir!

El chico miró a su acompañante. Ésta afirmó con la cabeza.

Extendió un brazo al hombre. El hombre aproximó su mano. Cuando las dos manos iban a encontrarse, la muchacha le hizo retroceder y cuchicheó a su oído:

—No le toques... Tiene las manos sucias... todo él está sucio. Te manchará.

—Pero...

—No, que vamos a llegar tarde.

El muchacho miró nuevamente al hombre, que mantenía aún su brazo extendido. Su expresión era desolada, increíble.

Ella tiraba de él y él no dejaba de mirar al hombre.

—Tenemos prisa, ¿sabe? Vamos a un guateque y...

El hombre bajó los ojos y hundió nuevamente la barbilla en el pecho. Pero ya no lloraba. Ya no esperaba nada.

* * *

La calle estaba cada vez más transitada. La tarde había refrescado y se llevó el calor del día. El hombre estaba hundido hasta las axilas. Casi todos le miraban al pasar por su lado, con mayor o menor intensidad, desde la rápida mirada hasta el gesto cómico de la risa contenida. El hombre no los veía, no veía a nadie; eran visiones caleidoscópicas. Sólo sentía el asfalto, el asfalto que estaba terminando de engullirle. Estaba dentro de un pequeño cerco formado por sillas de madera de un bar

vecino; un agente de circulación las había puesto preventivamente.

—Pasarán muchos coches después, ¿sabe? —le había dicho—; y algunos van sin ver. Podrían... Bueno, usted ya me entiende.

El mutismo del hombre no se vio roto para responder las preguntas que le dirigían algunos transeúntes:

—¿Qué le ha pasado? ¿Es una apuesta? ¿Se va a estar muchas horas? ¿Por qué está ahí? ¿Eres un enano? ¿Me deja que le haga una foto? ¡Talidomídico! ¡Estos pobres ya no saben qué hacer para inspirar lástima! ¿Es alguna protesta política? ¡Qué tío imbécil! ¿Le hace gracia llamar la atención? ¿Quiere agua? ¿Quiere vino? ¡Mira, un gamberro!

Una vez murmuró:

—¡Me encuentro solo... solo!... ¡Sáquenme, por favor!...

Pero nadie pudo comprenderle, nadie se le acercaba.

Y al día siguiente unos hombres quitaron las sillas y repararon el suelo, poniendo una nueva capa de asfalto.

VIAJE DE ESTUDIOS

Vifgh y su nave se posaron muy cerca de la casa donde se celebraba la fiesta. El aparato aterrizó mansamente, suavemente, sin un crujido. Estaba en un pequeño bosque de pinos que le mantendría oculto, mimetizado, invisible a miradas curiosas. No levantó una pajita del suelo, no sopló ni aspiró. Esto no decía nada en favor de la pericia de Vifgh: él se había limitado a mover una palanca un millón de años luz de distancia antes y ella volvió a su posición, en un segundo, un millón de años luz de distancia después. Nada más sencillo.

Era un alumno aventajado. Por eso le dejaban ir solo. Estaba bastante experimentado en todas las disciplinas que, hoy por hoy, constituían su trabajo y este viaje de estudios era un buen premio. Viaje de estudio y de «obras buenas» que debería realizar, si había ocasión, para hacerse más acreedor a la confianza que sus instructores habían depositado en él. Tenía tantas de trabajar y quería quedar bien. El planeta elegido era tan bueno como cualquiera de los millares señalados por la computadora; lo prefirió sin ninguna razón, señalándolo con el dedo, al azar. Ahora ya estaba en él.

Se levantó y salió de la nave.

* * *

—No, no. Bajo ese disfraz de terrible *gun-man* no encontrarás a ningún malvado. Al contrario: es Jesse lames, Corazón Puro.

Eran cinco los ocupantes del gran salón: el hombre disfrazado de Baco, con su corona de laurel y sus kilon de grasa colgándole del pecho y del abdomen, Jesse, la bailarina y una pareja de libélulas que oían música en el extremo opuesto.

—Es un angelito: nunca ha matado una mosca —Baco reía sus propios chistes, y la papada del cuello y la papada del abdomen subía y bajaba a cada contracción—. Bien, ya estáis presentados.

—Hola —dijo la bailarina.

—Hola —contestó Jesse.

—Seguid hablando mientras podáis —dijo Baco yéndose hacia una de las puertas del salón—. En seguida comenzarán a llegar los demás y entonces será más difícil.

Las libélulas continuaban con su música; Jesse y la bailarina quedaron solos.

—Esta fiesta promete ser de las buenas, mejor incluso que la última, ¿estuviste en ella? No... desde luego que no. No te me habrías escapado.

—No fui; no me gustan mucho las fiestas. No soy un aburrido, pero el trabajo...

—¡El trabajo! —cortó ella—. ¡A la porra el trabajo! Ahora es tiempo de pasarlo en grande: bailar, beber, cantar... ¿O no te gusta?

A la bailarina le brillaban los ojos; Jesse pensó si los tendría siempre así o si sería por la proximidad de la fiesta.

—Bueno, supongo que al menos sabrás por qué estás aquí, por qué da Baco la fiesta. Tú colaboraste y todo. Realmente nuestro amigo sólo busca excusas para sus

fiestas. Con ésta celebra el ingreso en sus arcas de dos o tres millones más. Poca cosa.

—No la entiendo...

—Marg... No, mejor bailarina. Hoy no tenemos nombres. Y déjate de usted. No lo entiendes, ¿eh? Pues es sencillo: cuando «El Tigre» ganó la carrera, casi inmediatamente después, Baco firmó los papeles i|ue traspasaban la patente de explotación. Un proyecto como «El Tigre» no me dirás que vale cuatro perras; de ahora en adelante todos los «Grandes Premios» van a conocerle junto a Ferrari, Lotus, Ford... A Baco le gustan los motores, sí, y los coches de carreras, pero prefiere el dinerito crujiente.

Jesse la miró atentamente: el traje era una escasa malla blanca y azul apretada a su cuerpo, sin pretensiones de cubrirlo; un trozo de espuma de mar prendido milagrosamente. El cuerpo de ella lo desplazaba a un lado y a otro, arriba y abajo, y con sus movimientos descubría nueva carne morena, tornasolada, la cobertura de un esqueleto casi perfecto. Y Jesse, tan acostumbrado al trabajo con las máquinas, se hallaba turbado ante esta belleza medio desnuda.

Ella fue por bebidas a la mesa más cercana. Trajo whisky sin agua y con hielo y se sentó nuevamente a su lado.

—¿Por qué no le habrá interesado seguir adelante? Quiero decir, perfeccionarlo y explotarlo.

Al darle el vaso la mano de ella le rozó. La piel era muy suave y estaba cálida. Se fijó en sus uñas cuidadas y perfectas. Brillaba la plata del esmalte. La apoyó en su muslo desnudo, muy arriba; allí resaltaron como cinco luces blancas.

—¿Interesado? —Jesse se turbó y desvió rápidamente la mirada sin darse cuenta que no se refería a él—. No, Baco sabe muy bien qué le interesa, le conozco. Tal vez no le resultaría rentable, a pesar de que el motor sea excelente. Además —hizo un gesto vago —un proyecto de dos o tres millones no merece mucho su atención y su tiempo... pero si puede ganar los no deja pasar la ocasión, eso está claro.

El rostro de la bailarina era muy suave, como todo su cuerpo. No iba con ella hablar de proyectos de negocios, pero parecía conocer bien a Baco. Cuando reía los ojos parecían reducir su tamaño, pero aun así tan pequeños, reflejaban todas las luces de la sala. El cabello rubio, muy corto, también brillaba; parecía la cabeza de un muchacho si Jesse la miraba por detrás y era como un sueño si la miraba de frente. Delgada no demasiado, y parecía muy joven. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinte? Sí, Jesse pensaba, diecisiete también podía tenerlos. ¿Qué relación la uniría con Baco?

—Le admiro sólo por eso... —pareció responder su última pregunta—. ¡Oh, no creas que su oro influye sobre mí... demasiado! Él lo sabe y dice que es otra virtud mía que le gusta.

Hablaba con naturalidad, moviendo las manos con precisión asombrosa. Siempre tenía dispuesto el gesto idóneo para acompañar las palabras y miraban d frente sus ojos claros, grandes, increíbles.

—¿Hace mucho que trabajas para él?

—No. Desde que empezó «El Tigre», unos cinco meses. No sé cómo y por qué pudo localizarme. Hacía sólo tres meses que ejercía mi profesión y no tengo gran experiencia aún. Éste fue mi primer trabajo serio trabajo duro pero que mereció la pena. A más de uno se le quemaron las pestañas haciendo horas extra robando tiempo y tiempo al sueño. Fue emocionante sin embargo. Fue... como un bebé, eso es: una criatura que se gestó en diez meses y nació con quinientos caballos de fuerza —bebió un poco y chasqueó los labios—. Y ahora se lo llevan... No sé, pero piénsalo en la madre que le roban al hijo delante de sus narices y sabe que nunca más lo verá...

La bailarina levantó su vaso.

—¡A la salud del sensible ingeniero y a la salud del «Tigre»!, para que nunca muera y para que nunca esté lejos —lo vació de un trago, sin un gesto; continuó hablando—: ¿Me dejas que te haga preguntas?... No, no te alarmes, nada de psicoanálisis; no hace falta que te tumbes ni que te concentres demasiado. Por otra parte esto está muy tranquilo: sólo dos insectos y nosotros, ¿qué te parece? Ah, pero no durará... A las preguntas: ¿te gusta mi traje?

—¿Traje? Bien, si eso es un traje, sí. Es...

—¡Pero no! Más rápido, con menos palabras; una o dos son suficientes. A ver, ¿te gusta?

Jesse no esperaba estas preguntas; se intimidó aunque contestó con la mayor naturalidad de que pudo echar mano.

—Sí.

—¿Y qué parte de mi cuerpo te gusta más?

«Las piernas», pensó; pero dijo en voz alta:

—Es difícil decirlo en dos palabras... creo que todo, porque se ve entero, ¿no? Es fuerte, parece resistente, de estética está inmejorable, tratado con... helio anticorrosivo y el motor —señaló la cabeza— funciona a todo gas.

—Un punto para ti, ingeniero... ¿Qué te parece todo esto?

Él no contestó.

—Sencillamente: me gusta ser indiscreta, picante; y soez... de vez en cuando. Así conozco más a mis *amigos*, *aunque a ti no te incluyo entre ellos, con lo que sales ganando. Y si sólo te veré esta noche, debo darme prisa en conocerte.*

—No sé —dijo Jesse un tanto desconcertado—. ¿Por qué sólo esta noche?

—Porque lo sé, aunque te parezca tonto.

Continuaron hablando. Los invitados comenzaban a llegar.

* * *

Vifgh salió de la nave y miró a su alrededor; no para averiguar si podían verle —sabía que no había nadie cerca—, sino por ese acto, reflejo en su naturaleza, que sigue a la toma de contacto con un mundo nuevo. Había diferentes formas: mirar al

suelo, al espacio, al frente, hacia la derecha o izquierda... Con este acto, que nunca era condicionado, podía sacars conclusiones muy precisas sobre el carácter; la forma más notable era como él lo había hecho: mirar a su alrededor describiendo con la cabeza un círculo completo y volverlo a describir en sentido contrario. Previsión, inteligencia, confianza en sí mismo... eso decían los sicólogos de su mundo.

Vifgh tenía una cabeza dominante, como todo su cuerpo; llena de confianza, inquisidora, con muchos, inteligentes y preocupados pliegues. Dio un *salto* y cayó al lado del árbol más cercano. Lo tocó. En un *segund* comprendió qué era y qué función desempeñaba en el planeta. Supo su edad; vio las raíces cavando la tierra, el oxígeno que los apéndices aéreos desprendieran durante las horas de sol y el anhídrido carbónico que se separaba de ellos durante la noche; supo calcular cuán tos años viviría, cuántos había vivido y su forma de reproducirse. Separó el brazo después de la inspección. El brazo se replegó en sí mismo y quedó de nuevo oculto. Dio otro *salto* y salió del bosque, justo al lado del último pino.

Vio a lo lejos una sombra llena de luces y más lejos una gran superficie de agua. Cerca de él el suelo era artificial, duro, con huellas de máquinas. A la izquierda de esta vía dos luces se aproximaban muy rápidas hacia donde se encontraba. Cuando pasaron a su lado Vifgh estaba en el aire, suspendido a diez metros del suelo, junto a las últimas ramas del pino. Observó desde allí que no se trataba de una máquina dirigida a distancia ni automática; estaba tripulada. Descendió. La máquina se dirigía hacia la sombra llena de puntos brillantes. Supo entonces que era una vivienda. Con otro *salto estuvo a veinte metros de la casa, junto a los árboles pertenecientes al jardín.*

* * *

En el gran salón había mucha gente. El aire estaba lleno de luces y colores, de risas y música. El cristal sonaba y los pechos subían y bajaban, con aire, sin él, con aire... Había antifaces, plumas, joyas, lentejuelas, tintineo de campanillas, brillo y rumor de conversaciones.

Baco se movía con una rapidez asombrosa dentro de toda su grasa. Estaba aquí y ya no estaba. Estaba en todos los lados. Eran mil *bacos* que se repartían por todo el salón, riendo, saludando, hablando y besando; era la *vedette*. Los hombres le miraban con envidia y celos; las mujeres con risas, admiración o deseo.

—¡Que nadie se aburra, que nadie se aburra! —estaba en el grupo de Arlequín, Drake, Napoleón, Caperucita y una reina de Saba gorda, gorda—. ¡Es mi gran preocupación de esta noche! ¡Caperucita, estás encantadora!, pero ¿no es demasiado caluroso?

El grupo rió entusiasmado. Caperucita guiñó un ojo y abrió ligeramente la capa. Dentro no había nada, sólo un retal de gasa encima de las piernas.

—¡Eres estupenda, querida! —exclamó Baco riendo también—. Y tu marido dice

que vistes con lujo...

Desapareció de nuevo dejando a su espalda una estela de risas que se confundieron con otras risas. Salió por una de las puertas que daban a la terraza y dobló a la derecha, hacia unas escaleras exteriores.

—No, no sé exactamente qué pensar de Baco y tampoco sé qué quieres saber tú. La primera vez que le vi fue cuando firmé el contrato para «El Tigre»; una o dos veces por la fábrica y ahora. Todavía me pregunto por qué me habrá invitado. Soy el único de los que intervinieron en el proyecto que está aquí. En fin, la invitación de un pez gordo no conviene ser rechazada.

—Sí, es un pez de los más gordos, no lo sabes bien; sus brazos son como tentáculos que llegan hasta donde quieren. Fíjate solamente en los invitados: altos políticos, gobernadores, magnates... y la serie consabida de gorriones de alta sociedad. Aparte de un ingeniero despistado y una bailarina que siempre tuvo que hacer de monigote...

Después de sus últimas palabras miró al suelo; Jesse iba a decir algo pero ella volvió la cabeza. Se levantó y de una mesa cercana trajo otros dos vasos de whisky.

Cada vez había más gente. Los invitados se distribuían por toda la casa, por los salones, en el jardín. Jesse no conocía a nadie, sólo a Bal —comenzó a llamarla así— y a Baco.

—¿Por qué monigote?

—Es igual —respondió ella—. No importa. Vamos a bailar, ¿quieres?

Dejaron los vasos en el suelo al lado del sofá. El cuerpo de ella se apretó contra el de Jesse y descansó la cabeza en su hombro. Estaban al lado de una ventana que daba al jardín y lejos se oía el mar. Pensó en ella. Abrazaba su cuerpo medio desnudo, que a pesar de su juventud él adivinó desgraciado: estaba temblando y seguramente sufriendo interiormente. Jesse quiso hacerse partícipe de su dolor, pero suponía que poco iba a conseguir. ¿Qué podría hacer? Su mundo se encontraba muy lejos fiel de ella, tanto que dudaba seriamente llegaran a encontrarse.

Después, confusamente, entrevió una oscura relación con Baco que no supo cómo resolver... ¿Corrupción?, ¿soborno?... estaba dispuesto a creer cualquier cosa.

Se sentaron de nuevo. Bal fue otra vez la de siempre.

—¿Quieres traerme algo de beber? Lo dejo a tu elección.

Jesse sonrió.

—¿De qué te ríes?

—De tus ojos. Cuando sonrías, ¿dónde los metes?

—Está bien, hombre observador; voy a decírtelo: no los escondo. Cuando río también ellos ríen, desaparecen. Suben al cielo y están allí un segundo. Después bajan con tanta rapidez que nadie puede verlos, y... ¡jop!, aquí están de nuevo.

—Es una solución de cuento de hadas, sí, puedes llamarte Alicia^[3], no lo sé, pero puedes llamarte así.

—Ya te dije antes que mi nombre poco importa —respondió con una brusquedad que él no esperaba—. Confórmate con Bal si quieres. No me importa decirte que soy mujer de una noche. Desde que me conozco he sido así y no quiero cambiar. Ante esto, ¿un nombre puede tener importancia?

Se dio cuenta que Jesse había acusado el golpe.

—... Bueno —añadió dulcemente—; también sé que tú no eres como ellos y que por eso no tengo derecho a tratarse así. No sé por qué te trajeron pero es un... ¿crimen?... más, y el culpable... No sé, me estoy haciendo un lío, perdona. No quiero hablar.

Los dos callaron, oyendo —sin darse cuenta— el rumor que había en la sala.

—Esto —dijo Jesse después de unos minutos— podría ser sinceridad... o una especie de sinceridad. Me parece que en cierta manera te has abierto. No creo que vayas pregonando cosas así.

—¿Abrirme? Qué tontería. No es eso, puesto que no me importa reconocer cómo soy. Es si acaso una simple ausencia. Mira —se volvió hacia él y le puso una mano en el pecho—: siento tu corazón, lo oigo; está sin estropear. Pero mira el mío —llevó la mano de Jesse hasta su propio pecho—, ¿notas algo?, ¿sientes algo?, sólo carne, ¿eh? Tengo el corazón muy oculto y esto no es bueno para ti. Por eso soy mejor para una noche, sólo para una noche...

Jesse vio las luces de colores que cambiaban; vio bailar a los invitados y de repente la enorme sala le pareció un desierto. Oyó risas, percibió animación... pero todo estaba oscuro y vacío. No pudo responder.

Pensó en Bal y pensó en una noche única. Sintió algo más que fue incapaz de localizar. ¿Sería la evidencia de su propio corazón? ¿La proximidad de algo bueno que él podría hacer? ¿La grasa en el estómago de Baco y su relación con Bal? Quizá fuese solamente su propio ser, ridículo dentro de unas ropas de otra época frente a la provocativa desnudez de la muchacha. No lo sabía, pero se prometió averiguarlo esta misma noche.

Sin hablar, salió con Bal hacia el jardín.

—¡No te muevas, Baco!

Sintió en su espalda un leve contacto con algo frío y duro. Reconoció la voz muy cerca de él. Un brazo le rodeó el cuello y le apretó sin brusquedades. También la otra mano pasó delante de él y vio el puñal. Le apretaron. Notó en su espalda aplastarse los dos senos de la mujer.

—¡Ah, d'Artagnan, me cogiste! Pero ¿por qué me das la espalda? ¿No te atreves o eres tan fea que?...

La mujer se plantó delante de él con las piernas abiertas y las manos en las caderas; Baco aprobó su único vestido: unas ajustadas calzas negras y un cinturón de cuero con una funda para el puñal. Otras listas de cuero subían hasta los hombros y se cruzaban en la espalda.

—Gracias, rey, gracias. Tú también me gustas. Eres feo y gordo pero me gustas locamente. ¡Bésame!

—¡Por mi padre Zeus, Júpiter o el que sea! ¡Qué rapidez! Pero ahora tengo que...

—¡Baco! —exclamó la mujer, desilusionada—. Sabes que deseo que me ames.

—Ahora no. He de llamar por teléfono... ¡Sí, sí, no protestes, tienes razón! Vulgar, prosaico y todo lo que quieras, pero he de llamar. Espérame sin enfadarte. Después...

Le dio un beso rápido y se separó de ella sin darle tiempo a replicar. Subió por las escaleras exteriores mientras d'Artagnan entraba, sonriendo, en la casa.

* * *

La fiesta se desarrollaba según lo previsto por Baco: todos se olvidaban de todos y cada uno era nadie. No había nombres, sólo personas: Pirata, Dulcinea, Cowboy, Hada, Eva... La promiscuidad era deliciosa. Todos lo pasaban bien, todos bebían, todos cometían atrevimientos cada vez mayores en una manifestación de creciente originalidad. Pero faltaba mucho para que la fiesta acabase y no convenía agotar todos los recursos. Lo mejor vendría después. Ahora sólo era necesario no enmohecerse, no estar desentrenado.

Un ingenioso sistema de luces hacía más agradable el ambiente; luces que se apagaban y encendían, luces que corrían por el techo y por las paredes: era de día y era de noche, atardecer y mañana, luces irreales de un fantástico mundo desconocido. En algún grupo se especuló con el precio de la fiesta y no se llegó a ninguna conclusión porque el dinero, ahora, era lo menos importante.

También se oía música. Estaba entre risas, entre el sonido del cristal, procedente de indeterminados altavoces. Ciertamente era una fiesta para quienes supiesen apreciarla.

Un fauno en el extremo de una habitación bailaba una danza ritual, secretamente erótica, y había un coro de ojos a su alrededor; en un apartado, diván de encaje dos amorosas libélulas se amaban ardientemente; sentado en el suelo y coreado por un estrépito de palmas, un hombre de las cavernas bebía una enorme jarra llena de cerveza; tenía el cuerpo cubierto de frescas pieles de seda y una tosca hacha descansaba entre sus piernas. Cuando la vació, las palmas abandonaron su rítmica cadencia y se convirtieron en alborozados aplausos.

Otros habían salido al jardín, a la apetecible noche estival. Cerca de una de las puertas de la casa había un grupo donde se tocaba la guitarra. Era una música en desacorde con todo, suave, sencilla; no cantaba nadie ninguna melodía: era sólo la guitarra derramando notas por sus cuerdas de nylon.

Más lejos, donde las voces y los ruidos de la casa eran sólo rumores, existían unas cómodas hamacas suspendidas de su armazón metálico por brillantes cadenas, y se movían lentamente. Algunas estaban paradas y de vez en cuando una risa de

muchacha, de hombre o de mujer, dejaba oír alegres notas, un beso o un *ay amoroso; una palmada entre dos carnes desnudas, una frase henchida de frenesí que subía hasta los árboles y se perdía en la distancia.*

Más lejos aún unos órganos visuales, no exactamente ojos, miraban todo e intentaban comprender. Clasificaba, borraba, volvía a clasificar. Había bastantes lugares en blanco, llenos de interrogantes, de puntos suspensivos. Un cerebro no humano, pero mucho más perfecto, comparaba, analizaba y aprendía; cada sensación, cada sonido, cualquier intenso deseo no manifestado, era captado y registrado. Sus conocimientos aumentaban. La línea de conducta iba trazándose poco a poco.

Hubo un momento de tranquilidad que no fue notado por todos. No, el deseo no se había consumido: estaba tomándose un descanso para surgir después con renovados bríos. Había pasado la primera parte de la fiesta, la de las primeras locuras, la menos importante. El climax llegaría más tarde. Siempre ocurría en las fiestas que Baco organizaba. Puede decirse que en todas pasaba *algo*. Los grupos estaban bastante definidos. Nadie se encontraba solo.

Baco prefería lo que él llamaba «conglomerados». Era de la opinión que en estos casos, todos muy juntos, sin nada en secreto, la enemistad y el odio no tardarían en aparecer. Amaba el odio entré muchos, que él sabía provocar; sentir el desenfreno entre muchos; ser muchos a su alrededor y él, el rey.

Ahora estaba en una habitación del primer piso, tendido sobre la alfombra, acompañado por un d'Artagnan pletórico de sexo y belleza.

—Estás bebiendo demasiado, Ana.

—«Estás bebiendo demasiado, Ana» —remedó ella—. Eres terrible; eres frío o quieres parecer frío. ¿De verdad te gusta? ¿Crees que no merezco más caso del que me haces? Sabes que puedo darte todo lo que quieras, incluso cosas que jamás me pedirás... ¡A tu salud, dios! —terminó un nuevo vaso y lo colocó en el suelo cuidadosamente, junto a una hilera de cinco o seis—. ¿Qué sientes cuando me miras? ¿Qué sientes cuando me besas o me muerdes? No debes sentir como yo... No. No sientes nada. *Yo sí siento, cerdo. Siento asco de ti, de tu cara, de tu tripa, de tu grasa. Eres un cerdo con cerebro. Eso tienes: grasa, cerebro y millones. Y admiro tu cerebro pero me repugna tu grasa... Tus millones hacen que te quiera y hacen que me acueste contigo, y por disfrutar tu lujo estoy otra vez medio borracha y llena de asco. Pero tengo que seguir, quiero seguir...*

—... Eres una calamidad. Y no dejas de sonreír nunca. Me crispa, te lo he dicho muchas veces. ¿Quién sabrá lo que piensas? Me das miedo. A veces tengo la impresión que ya conoces qué cosas voy a decir... Y no dejas de sonreír... ¡Mírame! —exclamó poniéndose en pie—: ¿Crees que sólo valgo tu sonrisa?

—Te tambaleas, Ana. No estás firme sobre tus pies. Has bebido muy de prisa. —Baco hablaba lentamente—. ¿Por qué no vas abajo, con los demás?

Iba a incorporarse pero ella le retuvo poniéndole un pie sobre el hombro.

—¡No! Antes mírame. Mira mi cuerpo. ¿Qué falla ves en él? ¿Por qué no te apetece?

—Y tu marido, ¿qué tal lo encuentra?

—¡Mi marido! —se asombró cínicamente—. ¡Dice mi marido! ¿Desde cuándo te preocupa él? ¿O piensas respetarme... esta vez? —se puso seria, pero en seguida volvió a reír—. Un arlequín, un payaso, eso es lo que es. ¿Viste el disfraz tan expresivo que lleva?: de bufón . *Un bufón al que mueven muchos hilos, una marioneta como yo, aunque su caso es más bajo. Él es hombre; yo, solamente la hembra. Él trabaja en tus fábricas; yo, contigo... ¡y no supone el imbécil cómo logra sus ascensos! Se creará muy listo. Y si lo supone se lo calla, ¡qué más da!*

Con una rapidez que Baco no hubiera previsto se echó al suelo. Después, arrastrándose sobre el vientre llegó a su lado y se acercó a él.

—¡Quiéreme, Baco, ámame! ¿Crees que no lo deseo? No puedes ser de esta manera.

... Y más hilos que tiran y tiran, que nos llevan donde no queremos porque ellos quieren que vayamos. Hilos finos de media, invisibles, pero que existen; hilos descosidos de un trapo sucio... Hilos gruesos, bastos, potentes. Más hilos... Y dinero y placer y admiración. Siempre el último modelo de coche deportivo, siempre lo mejor. Palmadas en la espalda, envidias, ¡yo lo más importante! Y estamos sumergidos en un mar de hilos nadando entre ellos... ¡Si desaparecieran! ¡Maldita sea, no pueden desaparecer nunca! No lo harán porque no los dejaremos...

—¡Abrázame, sólo eso! El resto puedo hacerlo yo...

Con un pie golpeó la lámpara; cayó al suelo y la bombilla explotó. Ya era la nada... Oía muy lejos a Baco; oía la tela de su túnica correrse y rasgarse... Oía... *Chiquita, ¿qué vas a hacer por mí?*

Pero no importaba. No había luz. No importaba. Era un trozo de nada dentro de ella. Un trozo de nada entre su cuerpo y el suelo.

* * *

Había tres cosas seguras: nada hostil exterior, mucho odio reprimido y una tercera sensación, desconocida para Vifgh, pero muy intensa y diferenciada. Todo ello se hallaba envuelto en una agradable forma nada transparente en general, aunque atractiva. ¿Estaría seguro cuando estableciese contacto? Creía que sí. Naturalmente buscaría a alguien aislado, a alguien en quien pudiese confiar. Mientras, seguiría observando, procurando entender más, más...

Desde fuera del jardín se oía claramente el mar. La noche era limpia, sin una nube. Lejos sonaba un búho y le contestaba otro y otro y muchos más. Estaban ajenos a todo, como las estrellas o como las ramas de los árboles, pensando tal vez en aquello que hacían, en oír su propio canto y el de sus más lejanos compañeros. Reconfortados por no estar solos repetían la misma nota, a veces dos muy juntas, y

otra vez a esperar. Y otra vez a empezar. Si en alguna ocasión su monótono canto no hallase respuesta, ¿qué haría? ¿Esperar a que terminara la noche para repetir su llamada la noche siguiente? ¿Conseguiría reconfortarse con su propia presencia? ¿Moriría?

Allá, en aquella parte del jardín donde se oía claramente el mar y el canto de los búhos, estaban tumbados sobre el césped Bal y Jesse. Estaban muy juntos, mirando las estrellas, sintiendo la vida en sus propios cuerpos.

También repetían una llamada silenciosa.

Apenas habían hablado desde que salieran de la casa: anduvieron hasta donde estaban ahora y allí se tumbaron, cada uno en sus pensamientos. Jesse no sabía cómo empezar. Ensayó mentalmente varias fórmulas que se quedaron dentro de él.

Pregúntale si quiere hablar. Nada más sencillo.

Abrió mucho los ojos, asombrado. La voz sonó dentro de él.

«El subconsciente», pensó.

Y, en efecto, parecía muy sencillo.

—¿Quieres que hablemos?

Ella no contestó en seguida. Después se incorporó un poco y le besó.

—Quería hacerlo. Tenía que besarte. No sé por qué... quizá fue tu voz... Me sonó de otra manera.

—Yo también quise hacerlo antes —confesó Jesse— pero...

—¿Pero?

La besó varias veces. Notó muy junto al suyo el cuerpo de Bal, sintió su corazón-que-no-palpita, la vio estremecerse. Se mantuvo unido a ella. Los búhos no cantaban y el mar dejó de oírse. En este punto también la brisa se paró. Si Jesse abría los ojos veía la curva de un párpado cerrado, como un arco en tensión capaz de arrojar la más pesada flecha. El pelo de Bal era suave entre sus dedos; era paja que pedía «córtame, córtame...». La otra mano de Jesse apretaba su espalda: notaba el relieve de los huesos, no muy marcados, como el armazón que sostiene un edificio único.

Y volvió a sentir como antes, sin saber qué era. Y apretaba su cuerpo también para saber que no se desvanecería, que no iba a despertar solo. Pero igualmente estaba seguro que si demoraba el abrazo un segundo más todo cambiaría. Por eso lo aflojó bruscamente y pensó ver la ilusión disuelta, desvanecida como humo entre las manos. Pero no ocurrió nada en el primer segundo de separación, ni en el tercero ni en el diez. No ocurrió nada. Sólo que los búhos, el mar y la brisa comenzaron a oírse de nuevo.

Hablaron largo rato sin saber de qué. Se llenaron de palabras, se saturaron de colores; dibujaron una campiña solitaria y un rayo que explotó entre luces rojas. Las palabras trascendían a su interior y su interior se desbordaba en miles de palabras...

De los ojos de Bal nacieron dos lágrimas transparentes, dos gotitas de cristal, líquido por algún milagro que Jesse no advirtió; bajaron por sus mejillas dejando un

rastros blancos como de estrella que corre. En la barbilla carecían de cuerpo pero el último rastro, en un postrer destello, consiguió doblarla y se extinguió en el cuello. Otras dos estuvieron a punto de nacer, pero se consumieron, sin fuerzas, en un pensamiento.

En el pecho de Bal se formó una ola de furia. No supo su procedencia y tampoco la pudo encauzar, al igual que el mar que se oía; pero como aquél llegó a una playa, a un dique interior donde se separó en un billón de partes, y cada parte de ese billón de partes fueron trazos juguetones, salpicaduras inofensivas de un cohete de verbena.

—Y ahora, amigos, ya va siendo hora de que comencemos a jugar en serio — Baco hablaba a grandes voces desde un balcón interior—. Ante todo debemos reunirnos aquí, en este salón. Que alguien toque la campana.

Una regocijada princesita se acercó a ella y comenzó a tañerla con timidez.

—¡Más fuerte, más fuerte! —le gritó Baco.

—¡Más fuerte! —dijo una voz en un rincón.

—¡Más fuerte! —dijeron mil voces.

El sonido de la campana llegó hasta el mar. Jesse y Bal la oyeron claramente; los búhos la oyeron; Vifgh la oyó más claramente aún y, sorprendido, *saltó cincuenta metros hacia atrás*.

—Jesse, Baco nos llama, ¿vamos?

—¿Ir... ahora? No, nos quedaremos aquí.

Ella dudó. Se mordía el labio inferior sin decidirse. Al levantarse, la malla cayó a sus pies y la miraba sin decir nada. Después, haciendo un esfuerzo que pasó desapercibido para Jesse, la recogió.

—Voy con Baco, tengo que hacerlo... ¡compréndelo!

—¡No puedo comprenderlo! —chilló él y se volvió hacia el mar.

Bal le miró unos segundos y en seguida, corriendo, desapareció en dirección a la casa.

¡Más fuerte, más fuerte!

Ya estaban todos reunidos.

¡Más fuerte!

Todos reunidos en el gran salón. A una señal de Baco la princesita dejó la campana.

Callaron.

—¡Sí! —gritó Baco—. ¡Vamos a jugar en serio!

Suspiros, aprobaciones, risas... Una voz llena de alcohol gritó desde alguna parte:

—¡Yo quiero jugar con la mujer de...!

Se oyeron carcajadas que no lograron ocultar el nombre.

—¡No seáis pesimistas! Cada una podrá jugar con quien quiera... si es listo. Alguno podrá pensar que el juego es tonto pero veréis qué bueno es...

—¡Qué bueno es qué bueno es!

El juego bueno es la ginebra buena es...

¡Yo quiero gin para bebeeerrrr!...

—¡Juguetones! Callad un momento... Este primer juego servirá... ¿cómo diría? ... Sí: para entrar un poco en materia. ¡No, que nadie se alarme! Porque después vendrán los mejores, los francamente buenos. Éste consistirá en lo siguiente —y atención que no volveré a repetir—: dentro de diez segundos sonará la música; dentro de veinte se apagarán las luces... Ahora que cada cual mire a su pareja para bailar a ver si después la encuentra y...

La música estaba ya sonando. Se oyeron exclamaciones de aprobación. Todos permanecían quietos, mirándose mutuamente. Las luces comenzaron a apagarse poco a poco. Más gritos, más risas. Sonido de ropa. Un agudo grito. Sonido de ropa que se rasga. Una mesa llena de botellas que cae al suelo. Penumbra. Risas más tenues. Jadeos. Oscuridad.

Se quedó solo en la hierba mirando hacia donde desapareció Bal, como si esperase verla regresar. Ciertamente no creyó que ella le abandonara para acudir a la llamada de Baco. Había dicho que su dinero no le importaba... pero acudió de prisa cuando él tiró de la cuerda.

No se negó que se sentía atraído por ella. ¿Se habría dado cuenta? Sin embargo, lo que más atormentaba a Jesse era el conocimiento de las situaciones por las que Bal habría atravesado; no era una virgen cándida, por supuesto, y habría vivido momentos de amor, de pasión y de placer... ¿por qué con él iba a ser diferente? Al principio fue franca y explícita, cortando cualquier disignio por su parte. Después... ¿cambió la conducta de Bal respecto a él o fue todo un malentendido? No lo sabía; y por eso estaba desconcertado, triste, lleno de brotes de odio y sin saber a quién dirigirse.

¿Dirigirse? A nadie, por supuesto, sólo a sí mismo. En la casa estarían todos medio borrachos, gozando, divirtiéndose. Allí también estaría Bal. Iría a por ella y la sacaría de allí. Había hecho mal en dejarla marchar.

Diez minutos más tarde el curso de sus pensamientos había cambiado; tal vez tuvo él la culpa por no levantarse en seguida e ir a la casa, como pensó. Ahora veía en Bal un corazón vacío, una ramera de lujo, la concubina de un multimillonario. No tuvo que haberse fijado en ella.

Oyó una voz dentro de él, como antes. No había bebido mucho y tenía la cabeza despejada. Pensaba huir, o matar a Baco, o matar a Bal (aunque sabía que no eran pensamientos serios) y la voz le dijo *tranquilidad. No, realmente no oyó las sílabas; oyó la palabra sin sílabas.*

Se tranquilizó. Miró a todas partes. Nada.

Algo.

«No, no hay nada..., no es nada».

Yo. Soy yo.

«No, tú no eres nadie. O soy yo mismo».

No. Tú eres ¿ingeniero? de motores de explosión; yo soy Vifgh, de muy lejos de la Tierra.

Jesse se asustó. ¿Qué le estaba pasando?

No tengas miedo ya. Ahora me verás, me comprenderás. No tengas miedo... ¿Es miedo?

«Miedo».

Gracias, no es lo mío el lenguaje. Yo soy..., en fin, soy algo parecido a un ingeniero. Pero no sigas mirando a tu alrededor; no sabes dónde estoy, aunque estoy muy cerca de ti. Es necesario que sepas que no voy a hacerte daño. Ni tú a mí, ¿verdad? Sólo ayudamos.

«¿De dónde vienes?».

Ya te lo dije antes: de muy lejos.

«¿En dónde?».

En una nave.

«Entonces, ¿eres un marciano?».

<

En general sí; pero no procedo de Marte... Observo tu mente llena de prejuicios contra todo lo que no conoces, contra lo extraño, contra los marcianos. Por otra parte veo tu mente suficientemente evolucionada.

Jesse pensó que alguien le estaba gastando una broma de mal gusto.

Nadie, nadie se está riendo de ti.

¿...?

Sí, eso es: deformación. Ahora veo claro los nombres que te equivocaron: Wells, Brown, Wyndham, Dick... Pero veo otros que intentaron salvarte... o salvarnos: Bradbury, Aldiss... Escoge estos últimos, son los mejores.

«¡Es extraordinario!».

Sí, para ti, es la primera vez. Pero ya no tienes miedo, ¿verdad?

«No; es curioso. Incluso empiezo a considerarlo normal. ¿En dónde viniste?».

En una nave.

«¿Qué energía utiliza?».

Subfotónica o algo parecido. No lo entenderías.

«¿Viniste solo?».

Sí.

«¿Para qué?».

Para nada demasiado importante. Me dejaron. Viaje de estudios. Vine aquí como podría haber ido a otro sitio, o a otro, o a otro. También he de hacer alguna obra buena. Soy ¿alumno?

«¿Cuál es tu nombre?».

Vifgh.

¿...?

V-i-f-g-h.

«Gracias, no es lo mío el lenguaje».

Río.

«Mar».

No, río. De reír.

«Ya lo sabía».

¿Me estás probando?

«Bueno, intento conocerte. ¿Puedo preguntar?» .

Todo lo que quieras.

«¿m?».

= *f/a. Referencia terrestre, naturalmente.*

«¿V?».

= *s/t.*

«¿V?».

= *-Ve + at. Es fácil.*

«Sí, tienes razón. Es para los niños».

No para los niños: para los fetos.

¿Cómo?

Educación prenatal. No habéis llegado a eso.

«Bueno: ¿e?».

= mc^2 . *En un examen como éste no lograrás cogerme.*

«¿2 + 2?».

= 4.

«No ríes. Careces de humor».

Estás equivocado. Es porque lo tengo. Es una broma vulgar.

Jesse se había sentado y estaba de cara al mar.

«Solamente el hecho de que estés aquí... Tu país debe de ser antiquísimo o estar muy desarrollado».

Sí, las dos cosas. Mi mundo, no mi país. Allí no hay países. Todo sería tan fantástico que apenas podrías crearlo.

Vifgh... o como fuese, contestó a su pregunta antes de que él la hubiese terminado de formar:

El motor de explosión está en los museos.

«¿Cómo terminó? ¿Fue la energía atómica o de otro tipo lo que acabó con él?».

No. Coexistió con el nuevo tipo de energía y se desarrolló totalmente.

«¿Totalmente? Llegaría así a Carnot..., a Carnot o a un ciclo ideal».

Si fuera ideal no sería nada. Fue un proyecto-ideal-práctico-no-ideal; una fantasía tangible si quieres llamarlo así.

«¿Conoces “El Tigre”?».

Me lo acabas de enseñar desde tu interior. Tiene muchos defectos, aunque tú no puedes verlos. ¿Quieres que te los diga?

«¡Sí!».

Lo haré ahora. Puedo hacerlo, no está prohibido: son obras buenas, ¿sabes? Lo haré con gusto, no como quien da algo a un ¿pobre? Ahora lo haré. Primero me verás, no te asustes: soy muy diferente a ti. Estaré a diez metros, hacia el mar.

En este momento la campana marcó el final del primer juego. Jesse no lo sabía, ni siquiera la oyó. Continuó esperando y mirando hacia el mar, a diez metros de él, sin ver nada. Detrás oyó un ruido. Se volvió rápidamente. Bal llegaba, despacio, hacia él.

—¡Bal, Bal!... ¡Es increíble! ¡No..., no sé por dónde empezar, vas a decir que estoy loco! —se acercó a ella antes de que llegara; la sujetó por los hombros y la zarandeó, lleno de nervios. Con la emoción no se dio cuenta que estaba borracha—. ¡Ha estado aquí, conmigo, no sé dónde, pero muy cerca! ¡Oh, Bal!, ¿por qué habrás llegado en este momento?

La miró a los ojos, que ella mantenía cerrados.

—Y... Bal, tengo que decirte otras cosas...

—¿Qué cosas dices? Yo... yo no quiero oír nada... ¡nada!

Jesse advirtió su boca hinchada y un cardenal en la mejilla.

—Baco me ha pegado... Como otras veces. Le gusta, ¿sabes? Me besa y me pega..., y vuelve a besarme y vuelve a pegarme. ¿Sabes por qué lo hizo ahora? Por... por irme contigo, eso me dijo; porque quería que tú estuvieses *junto a él*. Y me dio un *re... recado... Me dijo: «Dile a ese piojoso que se presente en seguida»*; ¿oyes? Te llamó *piojoso... Parece que le gustas... ¡Oh, no te asustes!, aún no le conoces bien. Yo... ya hice todo. Adiós.*

Bal se fue, tambaleándose entre los árboles. Jesse no reaccionó. Se quedó donde estaba, quieto.

Después de varios minutos corrió detrás de ella, llamándola sin obtener respuesta. No había tenido tiempo de pensar serenamente en todo lo que había *hablado con Vifgh, y su interior luchaba con un montón de contrarias sensaciones.*

—¡Vuelve! —gritó.

Bal no le contestó y él siguió corriendo, corriendo, en dirección a la casa.

Se perdió.

Estaba oscuro entre los árboles; por el sonido del mar volvió a orientarse. Ahora iba deprisa, en línea recta.

La piedra estaba allí desde hacía un millón de años; una piedra granítica y recta. Sobresalía del suelo más de metro y medio pero Jesse no la vio. El encontronazo fue terrible. Después del choque salió despedido varios metros hacia la derecha, rodó sobre sí mismo y cayó por una zanja llena de cascotes. Perdió el conocimiento oyendo todavía cómo sus huesos se quebraban.

* * *

Vifgh ni quiso bajar porque le habían interrumpido. No le gustaba. Descubrió a

Bal cuando estaba al lado de ellos. Esto hirió su orgullo. Enfadado, llegó de un solo salto hasta la casa cuando la campana terminaba de sonar por tercera vez. Después vería de nuevo a su amigo para hacer con él obras buenas.

Dentro de la casa había rumores pero no había *peligro*. Entró por una de las puertas del jardín.

Oía: *diversión, reír, ¿amarbeso?* Contaba los ocupantes de la casa y los que había por la otra parte del jardín: treinta... cuarenta y dos...

Algo le agarró por la espalda, unos brazos fuertes y pesados, un cuerpo más voluminoso que el suyo. Se había descuidado otra vez; le habían sorprendido de nuevo. El peso del otro cuerpo le impedía *saltar*. Podía hacerlo muy alto, desde luego, pero el otro ser moriría. Se contuvo. Afortunadamente no advertía peligro.

—¡Ah, ah, chiquitín! ¿Qué haces tan solo?

¿Qué deseo sentía el otro ser?

—Sal, sal de la funda tonto... Es... está vestidito. ¿No es maravilloso tanta inocencia? ¿Quieres hacerme sufrir? Nadie..., nadie hará sufrir a la reina de Saba, ¿verdad?

Daban pasos inseguros; la reina no soltaba su presa, aplastada contra Vifgh que, muy tranquilo, intentaba comprender sin casi conseguirlo. Tropezaron con una mesa.

—Vamos..., vamos a tomar una copita, ¿quieres?

¿Copita?

Le soltó. Vifgh se quedó junto a ella, mirándola, interesado. La mujer tomó dos vasos medio llenos de líquido y los vació en el suelo; cogió una botella y los volvió a llenar dándole uno a Vifgh.

—¡Anda, bebamos a nuestra salud!

¿Beber? Boca, bueno.

Era un líquido ámbar de olor picante.

CH₃-CH₂OH, referencia terrestre. Bueno. Nutritivo. Lo probó. Fuerte. Aquello quemaba. La botella cayó al suelo sin romperse. Comenzó a vaciarse gorgoteando.

«¡Qué tonta! ¿Dónde estará la mesa? Es ig... igual —los pensamientos de la mujer eran captados por Vifgh en una superposición sin transparencias— ya la veré después... ¡Qué calor! Y éste sin quitarse el disfraz... ¡Vaya pesado! ¿Quién será? Parece un enano. Beberé el úl... último, ya casi no me... me tengo. Jorge no me hizo ni caso... ¡Maldita sea! ¡Después dirá que por qué estoy borracha! Imbécil... Pero éste..., ¿se habrá ido?».

No, estoy aquí ¿bebiendo?

—¿Bebiendo? Claro que estás bebiendo... Pero habla más alto... ¡No, es mejor así, picaro, que nadie nos oiga!... ¿Me quieres? Aquí... sin luz, no importa quien sea... Tócame, tócame, ve... verás qué grande soy... ex... exuberante..., ¿nos acostamos en algún sitio?

¿Acostamos?

—Pareces tonto haciendo esas preguntas... ¿Dónde hay... uh... hay más biri...

biri... ¡briskv!? ¡Oh, perdí el vaso! ¡Ah, la mesa, está encima de ella! ¡Mira!, una botella de ginebra sin abrir; dame tu vaso...

Beber. Vaso. Es bueno.

—¡Y tanto que es bueno!

Vifgh probó un líquido incoloro, denso, fuerte. Y también quemaba.

Después otro caoba.

Y otro azul.

Y otro rojo.

Vio oscuridad y oyó una voz que sonaba. Sintió dolor en mil sitios, dolor que subía y bajaba. Y la voz: *¿qué te pasó, amigo?; tu mente está confusa. Vio un pozo sin final por el que caía y caía...*

¿Dónde te has ido?

«Eres Vifgh... ¿dónde estás?».

Aquí, en la casa. ¿Ámbar? ¿Verde? Yo no veo los colores..., no veo los colores... Y sé que existen.

«Vifgh, ¿qué me pasa? Sólo oigo tu voz... nada más. Todo está negro, todo negro... No sé dónde estoy. ¿Qué me ha pasado, Dios?».

¿Dios? ¿Jardín? Estás en el jardín, en el jardín del bosque, del mar... Estoy riendo, tengo ganas de reír. La reina de Saba, ¿quién es? Su mente está dormida, negra... ¿Qué es deseo?, dormida... ¿Deseo?, no está dormida para mí, ni tu mente ni la de ella. Puedes hablar porque lo quiero yo, amigo.

«Te veo mal, Vifgh...».

Te veo mal, te veo mal. Tienes rotos tus ¿huesos? ¿Tengo ganas de reír?; rotos de la caída... CHyCHr OH... Es bueno.

«Vifgh, no puedo oírte bien..., te vas y vienes, ¿dónde estás? ¿Con quién?».

No hubo respuesta.

«Vifgh...».

Silencio.

«¡Vifgh!».

¿Qué es deseo de reina? Ahora duerme... no se despertará. Tiene la mente más negra que la tuya... Pero yo puedo hacer que despierte. Estoy en la casa y no sé qué ¿desean? todos...

«¡Escapa... sai de la casa! ¡No estes ahí ni un segundo más!...».

No te veo bien, amigo, tendré que despertarte.

«¿Puedes hacerlo? ¿Puedes?... Di que llamen a un médico».

¿Médico?

«Sí, para que cure mis heridas, mis huesos. ¡Un médico, Vifgh!».

Rojo... Yo puedo curar, ¿para qué médico? Ahora lo veo: es también una obra buena. Tomaré nota... La primera, la primera que hago...

«¡Deprisa, Vifgh, deprisa!».

¿Ves tus huesos? ¿Ves cómo se juntan?... Nada, no ha pasado nada...

El fémur derecho, la clavícula derecha separadas, se movieron acercándose y se encontraron. No quedó ni una arruga, ni una costura. Nunca estuvieron rotos. Jesse vio la operación con claridad.

«Vifgh, la tibia ¡Me está creciendo!... ¡me rompe la carne!».

Silencio.

«¡Mis huesos están creciendo!».

Yo los paro..., ya está. ¿Quieres saber cómo es mi cohete subfotónico? ¿Y el acelerador de antigravedad? ¿O prefieres saber cómo se viaja de una estrella a otra? Lo sabrás: son Obras Prohibidas... pero no me importa. Ahora no me importa nada, no sé por qué... quiero decirlo todo..., me ¿apetece? Ahora tu cabeza... está bien rota... la veo mal; sí CH₃... Pero no importa... Yo la curaré... Sois muy pobres...

Jesse vio sangre sobrante, negra, coagulada; vasos rotos; un corte. Una succión. Una sutura.

De nuevo era él. Él por completo.

* * *

Las luces se encendieron nuevamente. Muchos invitados estaban allí o llegaban poco a poco. Fuera, en el jardín, en cualquier esquina o debajo de cualquier árbol, había otros durmiendo profundamente el sueño pesado de la borrachera. Vifgh estaba en el salón con un vaso en la mano. Nadie se fijaba en él porque en esta ocasión no destacaba demasiado: era un invitado más con un disfraz de monstruo perfectamente acoplado a su menudo cuerpo.

Unos hombres de blanco se afanaban en mantener limpio el suelo: quitaban vidrios y cristales rotos, levantaban mesas tumbadas, enderezaban divanes y con unas aspiradoras aseaban todo diestramente.

Rojo, azul, verde... Las luces seguían cambiando en su eterno arco-iris y la piel de Vifgh cambiaba de tono y encuadre.

Bal no estaba en el salón. La reina de Saba dormitaba en un sofá, sola, como una ballena en eupépticu digestión. En otra parte un confuso montón de hombres y mujeres con voces roncadas y desafinadas berreaban un intento de canción.

Hacía calor y se respiraba mal. La noche estaba pesada y en el jardín el aire no movía una sola hoja.

Le hace falta aire.

Supo hacerlo: una ráfaga huracanada entró por puertas y ventanas. Se produjeron ruidosos portazos y hubo gritos de sorpresa y desconcierto.

¿Sustotemor?

Vifgh hizo que todo volviese a la calma anterior.

A su lado pasó un hombre que le miró fijamente con un gesto de extrañeza en los

ojos. No había demasiada luz y el hombre se encogió de hombros y subió por unas escaleras hasta un balcón interior. Desde allí gritó:

—¡Ahora, amigos, el último juego de esta noche!
Llenos de esperanza, cien aburridos iris se fijaron en él.

* * *

Jesse entró como una tromba, con la camisa hecha girones y sucio de tierra. Se paró en la mitad del salón respirando agitadamente por la carrera. En el techo brillaba una incierta luz roja.

Lo demás era todo oscuridad.

—¡Vifgh!, ¿dónde estás?

Su voz era clara y fuerte. Desde alguna parte le mandaron callar.

—¡Vifgh!

—¡Silencio! —le chilló alguien.

Anduvo medio a ciegas. Tropezó con una silla que arrojó al suelo con rabia. Encendió una cerilla y el resplandor le cegó los ojos. Levantando el brazo miró a su alrededor y se acercó a un diván.

—¿Es que no has encontrado a nadie? —dijo el hombre.

—Puedo esperarte, pero ponte a la cola, mono —dijo la mujer.

La cerilla le quemó los dedos. Encendió otra.

Vio las escaleras que conducían al balcón desde donde hablara Baco y corrió hacia ellas. Arriba encendió una nueva cerilla.

Allí hacía una puerta. Mientras la empujaba se preguntó si estaría abierta.

La puerta, al abrirse, dejó escapar un sonido apagado.

—¡Maldita sea! —era la voz de Baco—. ¿Quién?... ¡Vaya, si es nuestro joven y desastrado pistolero, el que se va de *mi* fiesta! Mira, niña, mira...

Al incorporarse Baco y volverse hacia él, Jesse vio en el diván una cabeza de muchacho con el pelo muy corto. Sintió que una ola de furia se adueñaba de él.

—¡No!

Sin decir nada más agarró a Baco por el cuello con las dos manos y lo levantó en el aire. Baco gritó medio ahogado.

Por una puerta detrás de Jesse entraron dos hombres de blanco. Uno de ellos le dio un golpe en la nuca y el otro un puñetazo en los riñones; sin darle tiempo a reponerse le agarraron por el pelo y le golpearon a patadas el estómago.

—Esperad un momento, a ver qué dice el ingrato —Baco resopló medio asfixiado.

—¡Vifgh! ¿Dónde estás? Es un tesoro... y un peligro.

Jesse, de rodillas en el suelo, se rodeaba el estómago con ambos brazos, sin darse cuenta que ya no le golpeaba nadie; las palabras le salieron entrecortadas. Quiso decir algo más, pero no pudo.

—¡Así es cómo me lo agradece este hijo de perra!

—¡Vifgh! —llamó, mirando a Baco.

—¿Qué dices estúpido? —Se había agachado y estaba con su enorme cara al lado de la de Jesse—. Ahora vas a recibir la mayor paliza de tu vida... Pero si después no lo recuerdas entérate ahora que estás en la calle, que has acabado. No vas a encontrar una pocilga buena donde estar...

—¡No, por favor, déjale!

Baco se volvió al oír la débil llamada de Bal.

—¿Y tú lo defiendes? —la arrojó de golpe contra el diván—. Recuerda que tú *me lo trajiste... ¡Duro con él, muchachos! Y que olvide que estuvo aquí.*

Eran dos hombres muy fuertes que levantaron a Jesse como un muñeco de trapo.

—Van a hacer un buen trabajo —oyó que decía Baco.

«¿Dónde estás, Vifgh? ¿Dónde?».

Oyó el pensamiento... la voz... lo que fuera, muy lejano, apenas reconocible:

Vifgh... Vifgh... sí... Yo soy Vifgh...

«¡Vifgh, por fin!».

No... no puedo localizarte. ¿Dónde estás tú, amigo mío?

«En unas escaleras... ¡No, en un balcón!... ¡En la cocina, Vifgh, estoy en la cocina, por la parte de atrás! Me llevan dos hombres de blanco. Haz un esfuerzo Vifgh... Defiende a tu amigo... ¡Defiende-a-tu-amigo!».

¿Defiende-a-tu-amigo? Sigue pensando, así... así me orientas...

«¡Deprisa! Aún no te ha pasado nada, aún no... Pero estás... Estás —Jesse no supo decirlo a la primera; le pareció ridículo—; estás borracho».

Sigue así, amigo, sigue...

Los dos hombres de blanco, con Jesse en medio, acababan de salir por la puerta de la cocina. Vieron un pequeño bulto a unos metros de donde estaban y se pararon.

—¡Mira, tú!

—¡Ah..., hola! —dijo el otro—. Eh... éste, que ha bebido demasiado... ¿Te has fijado? —murmuró al oído de su compañero—, parece un marcianito.

«¡Aquí, Vifgh, aquí! ¡Son estos dos!».

El cuerpo de Jesse cayó al suelo cuando los dos hombres desaparecieron en las alturas.

—¡Vifgh!, ¿dónde están?

Al fin, delante de él, a menos de cinco metros, vio a Vifgh; vio su cuerpo lleno de arrugas desdibujado por la oscuridad. Vio su cabeza que respondiendo a su pregunta señalaba al cielo.

Después, Vifgh saltó.

—¡Y ahora, amigos, la playa es nuestra!

La voz de Baco fue como la espoleta que activara un proyectil. En un momento

sobrevino la confusión, las carreras, los gritos... Todos se precipitaron hacia todos los sitios entre tropezones y voces.

—¡A los coches!

Salieron por las puertas, por las ventanas, y todo quedó vacío.

Una reina de Saba gorda, gorda, despierta por el estrépito, se arrastraba hacia cualquier parte.

—¿Adónde vais, adónde vais? —preguntó, a nadie, en el jardín.

* * *

Jesse subió de tres zancadas las escaleras del balcón interior. Abrió la puerta de una patada y entró: allí no había nadie. Bajó nuevamente. Desde el jardín oyó el ruido de los coches.

Cuando llegó a las verjas el último partía como una exhalación. Una nube de polvo entre rugidos de motores castigados marcaba el rumbo. Fue hasta su coche, el único que quedaba, y sentada en el suelo junto a él, llorando al parecer, estaba Bal. Se agachó y la zarandó con brusquedad.

Al verle, Bal lanzó un grito y lo abrazó. Después otro grito, y otro más seguido.

—¡Calla, Bal! Le han emborrachado. ¡Tenemos que encontrarle!

—¿Encontrar? ¿A quién?

Bal estaba confusa. El nerviosismo de Jesse y sus palabras, rápidas como látigos, parecían llegarle de otra dimensión.

—¡A Vifgh! —el hombre se pasó la mano por el pelo—. ¡A... a un hombre vestido de marciano! Un hombre pequeño con el disfraz verde.

Ella se había separado y estaba ahora más tranquila; su labio superior —Jesse lo advirtió ahora— estaba partido en dos y ribeteado por sangre seca.

—Sí... creo que lo vi montar en el coche de Baco. Va el primero.

—¿Sabes adónde van?

—Sí. A la playa. Pondrán punto final cuando amanezca. Será una orgía naturista o algo así...

—¿Conoces tú el camino? —cortó Jesse.

—Sí, pero... ¿qué ocurre?

Jesse abrió la puerta del coche y se metió dentro tirando de ella.

—¡Vamos, sube!

El motor ya estaba en marcha. Arrancó: del salto, las dos puertas se cerraron de golpe.

—¡Dios, que lleguemos!

—Pero Jesse... ¿qué es lo que pasa?

—Vifgh... el marciano... *¡Es un marciano! y está lleno de alcohol. Ahora es un peligro, ya ha matado a dos hombres...; por eso debemos encontrarle.*

Bal le miró como a un extraño.

Él lo advirtió. Volvió la cara hacia ella e intentó sonreír.

—No pongas esa cara, no es lo que piensas. Estoy más cuerdo que nunca.

Habían llegado a la verja del jardín y doblaron a la derecha.

Poco después el camino se metía entre árboles; Jesse puso los focos de carretera. Pasó entre ellos a una velocidad doble de lo prudente, pero sus manos se ceñían con firmeza al volante. Salieron al otro lado de los árboles como una aparición y allí Jesse aumentó la velocidad.

Vieron al último de los coches a unos doscientos metros; después de apretar el pedal del acelerador hasta el fondo el motor rugió como una fiera hostigada y el coche saltó de nuevo, aumentando su velocidad: 160 señalaba la aguja. Jesse, ni una sola vez, apartó la mirada de la carretera.

—¿De veras que sabes a dónde vamos?

—No lo dudes. Ya te lo explicaré después... si llegamos a tiempo.

Ella observó cómo contraía los músculos de la cara al hablar; vio decisión en su mirada y sintió miedo, sin saber por qué.

—¿Sabes?... —comenzó a decir.

—Di, Bal.

—Cuando te llevaron los matones te seguí. Baco me llamó, rojo de ira y terminé con él... así como suena —la voz de Bal demostraba la tensión a la que había estado sometida—. Toda mi vida estuve buscando este momento. Ayer sin ir más lejos estaba convencida... resignada más bien..., a no encontrarlo nunca. Pero hoy lo hallé... gracias a ti. ¿Te parecerá melodramático si te digo que he nacido de nuevo?

Jesse no dijo nada; continuó escuchando.

—Me vine aquí. Conocía tu coche. Me senté a esperarte. Más tarde, cuando Baco me vio, también comprendió que sería la última vez que lo haría... me dio una patada en la boca, casi sin ganas, como si espantara un chuchó. Bien, ha sido la última... Gracias de nuevo, Jesse.

Tampoco él habló esta vez: sin mirarla le entregó un puño de su desgarrada camisa. Sabía que estaba llorando. Bal se limpió los ojos y también miró adelante.

—Dentro de tres kilómetros —dijo inesperadamente—, el suelo es arenoso. Si quieres coger a Baco tendrá que ser antes de llegar allí.

¡Arena! Tendría que ser antes... las ruedas levantarían nubes de polvo y no se vería nada.

En este momento rebasó al último de la fila, tocando el claxon, y vio toda la hilera: los rastros luminosos de los potentes últimos modelos.

Pasó a otros dos.

Ahora, un deportivo cabeceaba peligrosamente. Se apartó a la izquierda y el otro hizo lo mismo. Volvió al centro del camino y el deportivo le imitó.

—¡No va a dejarte pasar!

—¡Ahora lo veremos! —dijo él con rabia.

Apretó de nuevo el acelerador hasta el fondo. La distancia disminuyó. Se fue a la

izquierda; el otro también. A la derecha; a la derecha.

—¡Ten cuidado, Jesse!

Quitó gas. Bruscamente hizo un viraje a la izquierda y provocó un nuevo salto del coche. El otro fue burlado: medio motor del coche de Jesse le adelantó y pronto se vio rebasado.

Quedaba sólo un kilómetro para que se presentase la arena.

Adelantó a tres más, sin problemas, y de repente:

Todos me han gustado... y... quiero más...

—¡Vifgh!

¿Qué?

—¡Vifgh, al fin, pequeño amigo! ¿Estás bien?

Sí, bien... es bueno CH₃-CH₂OH...

—¿Qué tienes, Jesse? —preguntó Bal alarmada—. Estás hablando solo...

—¡Estoy a tu lado, muy cerca de ti! Voy en otro coche. Escucha con atención: ¿sabes qué es una llave de contacto?

—Oh, Jesse, ¿qué te pasa?

—¡Calla, Bal!

Llave... ¿qué dices, amigo, qué dices?, ¿qué es llave?

—Una llave pequeña... la llave de contacto... para cortar los gases, para que el coche se detenga... ¡Detén el coche, Vifgh!

¿Cortar gases? No, amigo, vamos a la playa, allí me darán más... Baco me lo ha dicho... Baco conduce el coche... ¿Cortar gases?

—¡Vifgh, por Dios, escúchame! Soy tu amigo y quiero ayudarte. Necesitas ayuda porque estás en peligro... ¡PELIGRO! Detén el coche... ¡Corta los gases!

—¡Jesse, estás loco!

—El alcohol, Vifgh, CH₃-CH₂ OH, te ha hecho daño... tal vez tu organismo no lo asimile bien. ¿Verdad que no te encuentras bien? ¡Piensa en tu viaje de estudios y en tus obras buenas! Tú me salvaste la vida, pequeño y sabio amigo... me ayudaste, y ahora puedo devolverte el favor... ¡y voy a hacerlo! ¿Me oyes, Vifgh? ¡Quiero salvarte!

Sí... amigo mío, sí... ¿Favor? Estoy enfermo, me doy cuenta... ¡Mi viaje de estudios!... ¿Qué debo hacer?

Iban más despacio ante la proximidad de la arena; tan sólo cincuenta metros les separaban de Baco.

—¡Cortar los gases! ¡La llave de contacto, junto a las rodillas de Baco! ¡Gírala y apaga el encendido!

Sí, sí, es necesario. Déjame cortar... girar... ¡Baco!

Hubo un silencio.

—¡Vifgh!

Baco, ¡déjame que haga una obra buena!

Otro silencio.

—¡Vifgh! ¿Qué pasa?

¡Déjame! ¿Imbécil?

De súbito el coche que iba en cabeza dio un salto hacia las nubes; un salto de veinte metros o más. Allí quedó parado durante una fracción de segundo y se precipitó de nuevo al suelo, dando vueltas sobre sí mismo.

¿Sabes, amigo mío? Todo esto me... ¡me gusta!

El coche explotó al chocar contra la arena. O tal vez un poco antes.

Muy lejos los búhos repetían su llamada.

FIN

Notas

[1] Organización de las Naciones Unidas. <<

[2] Famosa novela corta de Alexander Ivanovich Kuprin. <<

[3] Alusión al personaje de Louis Carroll. <<